



U A N

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

Los Angeles  
Los Angeles  
Los Angeles

Los Angeles

Los Angeles  
Los Angeles  
Los Angeles

PQ654  
A3  
1903

Los Angeles  
Los Angeles  
Los Angeles



1020018308



PQ6541

A3

1903

BIBLIOTECA SELECTA

LXXXV

De venta en la  
"Librería General"  
Morelos 104 y 107 -- Tel. 789.  
Monterrey, N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCIÓN

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS  
NACIONALES Y EXTRANJEROS

TOMO CXLVIII

ANDRÉ FERNÁNDEZ DE MORATÍN

LA DERROTA DE LOS PEDANTES  
POESÍAS SUELTAS

ACERVO DE LITERATURA

114241

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO INJES"

MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

AÑO: 1625 MONTERREY, MEXICO

Arriado, Páez y C.<sup>a</sup>, Suc. de Hernando

Arenal, 11.

1903

31942



BIBLIOTECA

Núm. Clase.  
Núm. Autor  
Núm. Adq.  
Procedencia  
Precio  
Fecha  
Clasificación

31942  
E-31942  
8684

861

F.



PQ 6541

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1903

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imp. de los Suc. de Hernando, Quintana. 33.

## LA DERROTA DE LOS PEDANTES

*Esta obra no necesita prólogo, por eso no le tiene. Necesitaba notas; pero el autor no ha querido ponerlas.*

Estábase Apolo durmiendo la siesta á más y mejor en un mullido catre de pluma; un mosquitero verde le defendía de pelusa y moscas; la alcoba tenebrosa y fresca; el palacio en profundo silencio, y el dios bien comido, mejor bebido y nada cuidadoso. Roncaba, pues, su reluciente majestad haciendo retumbar las bóvedas; y Mercurio, que se había quedado traspuesto en un chiribitil cercano, dábase á Plutón; por no darse al diablo, viendo que los bufidos de su hermano no le dejaban pegar los ojos.

En esto se ocupaban las dos referidas deidades, cuando de repente se levantó tal estruendo en los patios, corredores y portales del palacio, que parecía hundirse aquella soberbia máquina. Alteróse Mercurio, dió un salto de la cama al suelo, y hubo de perder el juicio hallándose á pie, esto es, sin talares, porque madama Terpsicore, la más juguetona y revoltosa de todas las nueve, había ido

31942

poco antes á la cama pasito á pasito, y se lo habia quitado por hacerle rabiar. Alligióse sobremanera, y á tientas se puso los greñescos, la chupa y la camisa; porque es fama que el tal dios no puedé dormir en verano, si no deponé todos los trastos, quedándose á la ligera como su madre le parió.

Ya que se halló decente el correveidite de los dioses, salió en pernetas con su caduceo en la mano y en la cabeza el acostumbrado sombrerillo. Iba corriendo á averiguar la causa del alboroto; y al atravesar un corredor vió venir un burujón de gente que luego conoció ser de los de casa. Bernardo de Valbuena y el buen Ereilla conducían á Clio desmayada y casi moribunda, el peinado desecho, el brial roto, y las narices hinchadas y sangrientas. «¿Qué es esto, dijo el dios al ver aquel lastimoso espectáculo; qué es esto? — ¿Qué ha de ser? respondió Juan de la Cueva, que venía haciendo aire á la desmayada con un cuaderno de minuets; ¡qué ha de ser? sino que toda la comarca está en arma, el palacio lleno de enemigos, las musas cuál mas cuál menos estropeadas, y Apolo, nuestro señor, muy á pique de quedar por puertas si duerme cuatro minutos más. — ¿Pero no sabremos... — No hay mas que saber, añadió Ereilla, sino buscar á Apolo, darle parte de lo que pasa, y acudir todos á la defensa, sin andarse en aquí me la puse, ni en tú te la tienes, Pedro. — ¡Caspita, dijo Mercurio, y en qué lindo día me ha venido á comer á esta mala' dita casa! Bien hacia yo en no querer admitir el convite, por más

que mi hermano me molía á recados todos los domingos: mi padre come mucho mejor que él, y más me gustan dos tragos de néctar que tres pucheros de agua fresca de Aganipe; no, si yo no fuera tanto, no me sucedería esto. ¡Mojadero de mí, que podría estar ahora en el Olimpo, mientras mi madrastra duerme la siesta, jugando con Hebe á la pizpirigaña y al salta tú, y no que ahora el diantre sabe lo que me aguarda! ¡Voto va mi fortuna!»

Esto decía Mercurio, lleno de indignación; y mientras unos llevaban á acostar á la triste Clio, y otros buscaban á Esculapio, que estaba herborizando en un tejado húmedo, y otros corrían desatinados, de una parte á otra, él marchó en diligencia á la alcoba de Apolo, que muy ajeno de lo que pasaba, roncaba todavía como un provincial.

Dióle un pellizeo, y otro, y otro, y ni por esas podía despertarle; de manera, que irritado de la poltronería, alzó el palitroque de las serpientes, y le dió con él tan desmesurado masculillo, que á darle otro, no lo hubiera contado por gracia el Sr. Timbreo. Desenvolvióse de las colchas medio aturrido, y á pocas razones que entre los dos pasaron, los interrumpieron Erato y Polimnia, que entraron en el dormitorio dando alaridos y remesándose los pelos como unas desesperadas.

«¿Qué haces hermano? le decían á Apolo: aprisa, corre, vuela, véte por la puerta de la bodega, que ya las Horas han ensillado y enfrenado á Flegón para que montes en él y

escapes. Corro, y avisa á nuestro padre Júpiter para que, á fuerza de rayos, centellas y tempestades de azufre, alquitrán y ruedas de molino, ataje, si puede, nuestra desgracia. ¡Ay! y dírasle que no se descuide, que no es ésta como la de antaño; que no son gigantillos de por ahí los que tiene que despachurrar y hacer jigole, sino un ejército el más formidable que se habrá visto desde que, para oprobio de la humanidad, se estilan ejércitos en el mundo.

— Vamos, dijo Apolo, vamos á ver qué es ello, que ni yo os entiendo, ni puedo adivinar á qué viene toda esta bulla, y á buena cuenta ya estoy medio descalabrado, y cuanto he comido se me ha revuelto en el estómago con el susto. — Ay, hijo mío, ¿descalabrado estás? dijo Erato; pues qué, ¿te has hallado ya en la refriega? ¿Te ha herido alguno de aquellos poetas descomunales? — No sé quién me ha herido, dijo Apolo; pero ¿qué dices de poetas? ¿qué? Los que asisten en palacio, y son mis cortesanos y amigos, ¿han podido mover alguna sedición? — No son esos, replicó Polimnia, ni cómo era posible haber en ellos tal iniquidad? Ni son los que conocemos, ni son poetas, ni sabios, ni cosa que lo valga: son unas cuantas docenas de docenas de pedantones, copleros ridículos, literatos presumidos, críticos ignorantes, autores de tanta traducción galeada, tanto compendio superficial, tantos versucillos infelices que ni hemos inspirado ni hemos visto. Son de aquellos que de todo tratan y todo lo embrollan, para quienes no hay co-

nocimiento ni facultad peregrina; unos, que hacen tráfico del talento ajeno, y le machacan, y le filtran, y le revuelven, y le venden al público dividido en tomas; otros que no habiendo saludado jamás los preceptos de las artes, y careciendo de aquella sensibilidad, don del cielo, que es sola capaz de dar el gusto fino y exacto que se necesita para juzgarlas, se atreven á decidir con aire magistral de todo lo que no es suyo; persiguen y ahogan los mejores ingenios con sátiras tan mordaces como desatinadas, y aspiran por medios viles á levantar su gloria sobre la ruina de los demás. Otros, y estos, estos son los mas en número y los mas insolentes; que pasan la vida atando en insufribles versos una polilla asquerosa, que embadurnan y apestan el teatro con unas cosas que llaman comedias, compuestas de retazos mal arrancados de aquí y de allá, atestadas de más defectos que los originales que copian, y sin ninguna de aquellas perfecciones que disculpan ó hacen olvidar los errores de las antiguas. Estos son los que por tanto tiempo han tenido y tienen tiranizado el teatro español; éstos los que empuercan diariamente los papeles públicos, y éstos, en fin, los que haciéndose intérpretes de la nación que los tolera, se han atrevido al son de zambombas, chillatos y cencerros, á llorar las desgracias de la patria en la pérdida de sus amados príncipes, y á interrumpir con desapacibles graznidos el común quebranto, cuando la muerte arrebató al más piadoso de sus reyes, para levantar sobre el tro-

UNIVERSIDAD  
 UN  
 ÓNOM  
 ERAL D  
 BIBLIOTECA  
 "ALFONSO REYES"  
 No. 1625 MONTERREY, MEXICO

no español al más grande de todos ellos. Estos son los que acaudillan y dan atrevimiento á los demás. Pero ¿qué me detengo? Miserable! Corre, y verás por tí mismo lo que es ocioso referir: el riesgo es inminente; y si tu presencia no le aparta, se perdió el Parnaso; tu soberanía y el esplendor de las musas castellanias se perdieron para siempre.

En efecto, Apolo echó á correr como un gamo, y Mercurio jadeando detrás de él se despepitaba por la pérdida de sus talares. De esta manera iban que volaban á puto el postre, y el estruendo militar crecía por instantes. Abrió Apolo una ventana que daba al patio del alcázar, y vió el mas tremendo espectáculo que pudiera creerse. Dos ejércitos (porque según su número no parecían otra cosa) se combatían furiosamente al pie de la escalera principal; el uno defendiendo el paso de ella, y el otro, que ocupaba todo el portalón y gran parte de las galerías bajas, obstinado en abrirse camino y ganar los puestos que se le defendían. El ejército amigo se componía de las guardias y dependientes del palacio y de los poetas comensales de Apolo, que capitaneaban las tropas y resistían con vigor los ataques del enemigo, en tanto que las musas, esto es, siete de las nueve, porque Caliope y Clío estaban ya á componer, acompañadas de varias niñas subalternas y de las criadas, se ocupaban en conducir al puesto armas y pertrechos para los que combatían en defensa de su titubeante honor. El ejército contrario era

una turba confusa de diversas gentes que había unido por casualidad el furor, y peleaban sin orden ni disciplina, ni jefes que los gobernasen; pero con tal ímpetu y desesperado arrojo, que entrambos dioses recelaron mucho del éxito que podría tener aquella tremenda pelea.

Apolo se rebujó en una capa astrosa que al paso le prestó un proyectista, y se caló hasta las cejas un bonete de doctor para no ser de nadie conocido. Echó á andar siguiéndole su hermano, y á breve rato se hallaron en lo alto de la escalera. Mercurio quiso informarse del estado de las cosas, y volvió diciendo que por parte de los suyos se hacían prodigios de valor; pero que era tal la fuerza contraria, que tenían verse precisados á retirarse á las eminencias para desde allí ofender con más ventaja, aunque en menos terreno, á los sitiadores.

Malas nuevas fueron estas para el dios de los tabardillos: tanto, que al escucharlas comenzó á temblar de pie y de mano, como los que tienen mucho miedo; el cual miedo se le aumentó sobremanera viendo subir á Terpsicore muy llorosa y cariacontecida con un diente en la mano, y apretándose con toda su fuerza un chichón que llevaba en la frente, tamaño como un huevo; y entre suspiros y sollozos y gemidos tristísimos. «¡Ay hermanos! dijo, que esto va de mal en peor; los nuestros ya desfallecen: Quevedo y Cervantes ¡mi querido Cervantes! están heridos, y se han retirado de los puestos que guardan; los enemigos se aumentan sucesiva-

mente; no hay remedio, cedamos á tanta desventura.

— ¿Y mis zapatos? dijo Mercurio; ¿qué hiciste de ellos? ¿en dónde me los has puesto, picarona? — Ahí los tienes, respondió la Musa sacándolos de la faltriquera, pónelos á prisa, que para escaparte son que ni pintados. — ¿Qué es eso de escapar? replicó Mercurio puesto ya en cucullas y atándose á toda prisa las correchuelas de los escares aljefros: ¿yo escapar? no en mis días; ahora sí, escapar: dejadme á mí, y veréis quién es Calleja.

Dicho esto, se disparó por los aires adelante como un cohete, y encaramándose á las bobedillas sobre el campo de batalla, empezó á gritar con voz de trueno ó estampido de cañonazo á aquellos desesperados combatientes: «¡Ah de abajo! decía, ¿qué tremolina es ésta? ¿Qué locura se os ha metido en los cascos? ¿Así se profana el alcázar de mi hermano? ¿Estamos en algún bodegón? Canalla soez, ¿qué es esto?

Oyendo tan halagüeñas razones, paró algún tanto la pelea; alzaron todos la vista, y viendo en el aire aquel espantajo voceador, no pudieron menos de maravillarse; y él, valiéndose de la turbación que su presencia les habia causado, prosiguió diciendo: «Mi hermano Apolo quiere que dejéis las armas por una y otra parte; y á vosotros, quien quiera que seáis, hombres desconocidos y revoltosos, os ordena que si alguna pretensión tuvieréis, me la digáis al instante sin andaros en ambages ni tranquilas; que

como ella sea justa, desde luego quedaréis servidos; porque de no hacerlo así, por el alma de mi madre os juro que yo os daré á conocer del modo con que se debe tratar á los dioses».

Separáronse en efecto las dos cuadrillas: los de casa volvieron á ocupar su escalera, y los intrusos, recogiendo algunos heridos, se hicieron un pelotón. Mercurio entonces volvió á preguntar la causa de aquella barahunda; pero como no habia entre los contrarios caudillo alguno que llevara la voz, fueron tantas las que dieron por querer responderle todos á la par, que aunque se desgañaba diciéndoles que callasen y uno solo hablara por ellos, no lo pudo conseguir en manera alguna.

Irritado, pues, de ver que nada podia lograrse de bien á bien con aquella gente vocejera y atolondrada, bajó los talones, echóse encima de la turba, y agarrando del pescuezo al primero que le vino á la mano, voló con él otra vez al techo, y desde allí les dijo: «Puesto que no es posible haya unión en vosotros para que un comisionado vaya á dar cuenta á mi hermano de lo que solicitáis, he pillado á éste para que hable por todos, y nos informe de lo que hasta ahora no habéis querido decir; pero entretanto que le llevo y os le traigo, haya un armisticio general para que no pasen los estragos adelante, y se componga todo á pedir de boca. Los nuestros no saldrán un solo dedo del último escalón de esa escalera, ni vosotros pasaréis tampoco de la línea de estos arcos;

nadie se atreva á insultar á otro; no hagan gestos ni se tiren chinarrillos, ni se escupan, ni se oiga una pulla ni mala razón, y cuenta con ella; porque si hasta ahora he usado de medios suaves para conteneros, si llegáis á enfadarme, vibraré contra vosotros los rayos de mi padre Júpiter, que los tenemos apilados en la armería, muchos en número, recién buidos, y todos ellos sin estrenar. Esto decía el dios del babeo únicamente para atemorizarlos; porque, según se supo después, no había en toda la casa más instrumentos bélicos que un puñal sin punta y mohoso de la señora Melpómene.

Lo cierto es que con esta diligencia cesó el combate; las tropas se retiraron á los parajes señalados; y el dios, satisfecho de aquella obediencia, marchó con el perillán que había pescado, asiéndole fuertemente de las agallas, que no le dejaba ganar.

Quiso ante todas cosas dar cuenta á Apolo de lo ocurrido; y abriendo un camaranchón sucio que había servido muchos años de carbonera, metió en él su presa; torció la llave, colgósela del dedo meñique, y en un santiamén buscó á su hermano, que estaba hojeando á toda prisa *El Arte de la guerra del filósofo de Sans-Souci*, y disponiendo un plan de fortificación y defensa, le dió buenas esperanzas, y le contó ni más ni menos cuanto se acaba de referir.

Holgóse en extremo el dios intonso con las noticias que le dió Mercurio; tratóse de lo que en el caso convenía, y resolvieron que Apolo recibiese la embajada con toda cere-

monia para dar á la pompa y aparato un remusguillo de amenaza; que se oyese con benignidad al enviado, ó por mejor decir al traído, y que aunque fuese necesario ceder un poco á las circunstancias, se procurase no exasperar á unas gentes demasiado dispuestas á cometer cualquier exceso; y en fin, que mientras durase la grave escocía, Mercurio desgastara los talones en ir y venir, y volver y tornar para lo que ocurriese en una y otra parte.

Hecho esto, mientras Apolo se fué á vestir de gala y alheñarse la cabellera, su hermano marchó á buscar el preso; asomóse de camino á un agujero que caía al portalón, y vió que estaban todos quietecitos como unos muertos, sin chistar ni mistar, ni decirse los unos á los otros una mala desvergüenza. Alegróse mucho de ver aquella tranquilidad, y se fué en derechura á la carbonera donde estaba su hombre; escuchó un poco por la cerradura, y parecióle que estaba recitando versos, y así era la verdad, porque en menos de un cuarto de hora que llevaba de encierro había compuesto dos ovilletes, un madrigal y tres sonetos caudatos queándose de su mala suerte, y llorando su prisión como pudiera el mismo Macías.

«¡Cuerpo de tal conmigo, dijo Mercurio, y que pájaro tenemos en la jaula! Para mis barbas si no es éste el peor de su rebaño. ¡haya picaruelo! ¡No ha nada que entró en el cisquero, y ya tenemos coplillas de pie quebrado, y estrambotes, y mariposilla incauta, y arroyuelo murmurador? Por mi vida,

que el tal improvisante debe de tener manejo y venaa.

En esto le abrió la puerta del cochitril, diciéndole muy halagüeño: «Salga acá afuera, señor galán, salga acá fuera, que ya he llegado á entender su habilidad; salga y véngase conmigo, que mi hermano Apolo está deseoso de conocerle.

— ¡Oh favor! exclamó el de los ovillejos, ¡oh favor! y tendiéndose en el suelo cuan largo era, agarró de las piernas á Mercurio y le besó los pies una y muchas veces. El dios se resistía, pero no lo pudo evitar; levantóle con mucho agasajo, y el poeta, sin curarse de limpiar el cisco y telarañas que tenía en el rostro, manos y vestido, siguió á Mercurio haciéndole mil reverencias, quitándole con ridícula officiosidad las pelusitas que llevaba en la ropa, y adelantándose á espantar con un pañuelo asqueroso las moscas para que no ofendiesen á la deidad, que al ver aquellos obsequios apenas podía contener la risa.

«¡Qué, es posible, decía arqueando las cejas y dándose palmadas en la frente, qué, es posible que Apolo, el rubicundo Delfo, el claro Cinto, el Patáreo númen desea verme, solicita conocerme y tratarme! ¡Oh favor! Pero, ¿es cierto, soberano Alpede, es verdad ó ilusión dulce de mi deseo? ¿Es realidad física ó extravío de la imaginación férvida? ¿Es soporoso nocturno raptó, que en la atezada caligine... — No es caligine, ni raptó atezado, ni cosa alguna de las que habéis dicho, replicó Mercurio; mi hermano os

quiera ver, y á eso vamos allá; pero os advierto en caridad que tratéis de no hablarle en culto, ni le juguéis del vocablo, ni le digáis quisicosas ni garambainas, porque os mandará tirar de un balcón y le obedecerán al punto.

— ¿Qué decís, inclito nuncio del Tonante? replicó el del cisco: ¿tanta cólera podrá caber en los celestes númenes? No, facundo nieto de Atlante, no lo hallo posible. — Si es posible ó no, añadió Mercurio, veréislo después, y vuelvo á avisaros que si no dejáis esas gallardías de estilo, lo habréis de pasar muy mal, señor repentista. — *Sileo libenter*, dijo el poeta, y en ésas y otras razones se hallaron en una pieza inmediata al salon de audiencia, Asomóse Mercurio, y vió que aun no había venido Apolo; y no hallando á quien poder confiar la guardia del coplero, tuvo que detenerse con él, mal de su grado.

El otro se paseaba por la sala á grandes trancos, haciendo una reverencia profundísima siempre que atravesaba delante de Mercurio, y esto lo repetía tantas veces, que el dios le encargó que no lo hiciera, porque no gustaba de cumplimientos.

«¡Qué variedad! ¡qué diferencia! ¡qué opuestos polos! exclamó entonces con voz recalcada y nasal: aquí desprecia un dios lo que en el mundo, en las cortes, en los palacios exigen los hombres de los otros hombres: ¡qué variedad! Y si fuera decir que por esto se consigue alguna cosa, vaya con mil demonios, *transeat*, todo pudiera tolerarse; pero ¿quién dirá que un hombre como

yo, de tan exquisito mérito, de tan gigantes prendas, se ve menospreciado, burlado, desamparado, hambriento y obscurecido entre el vulgo *profanum vulgus*, sin que un *Mæcenas atavis*, ni guánimo y liberal le haga surgir del abismo de miserias en que desgraciadamente yace? Yo he tratado con próceres, potentados, ministros y magnates de primera magnitud; ¿y qué he conseguido? ¡Animas benditas! ¿qué he conseguido? Liganlo tantos preciosos opúsculos que existen arratónados en mi guardilla, que jamás verán la luz pública; ¿y por qué? por la pobreza de su autor. ¡Oh pobreza! *Pauperiem pati*, que dijo el anónimo; esto es, *pauperiem* la pobreza, *pati* sea para ti, que yo no la quiero. Tan odiosa es la pobreza, que aun de los varones más doctos es aborrecida. ¿Y qué obras son éstas que conservo? ¿qué felices partos? ¡Ahí es nada! ¡ahí es un grano de anís lo que tengo escrito! Figúrese vuestra serenidad: de primera entrada veinte y tres comedias, nueve fallas, cinco tragedias, dos loas, cincuenta y dos sonetos tabernarios... ¿Qué tal? digo, *quid tibi videtur?* Y esto únicamente por lo que toca al género bucólico: vamos ahora por lo lírico, épico, dramático, elegiaco, satírico, epigramático, didascálico y mixto. Primeramente tres epopeyas concluidas y puestas en limpio, con su dedicatoria hecha á prevención, de á veinte y cuatro cantos por barba; esto es, las epopeyas, no las dedicatorias, que juro por el nombre que tengo, que cada una, esto es, no las dedicatorias, sino las epopeyas, se pue-

de reputar por una enciclopedia metódica, porque de todo tratan *usque ad salutatem*, y nada dejan al lector amantísimo que desear. ¿Y qué diré de mis piezas fugitivas? ¿Qué diré, sino que pasan de cuatrocientos mis sonetos, sin contar algunos que se me han escabullido por mor de no estar siempre mis faltriqueras bien acondicionadas, ni incluir tampoco los que acabo de hacer alusivos á mi prisión, á la obscuridad de la carbonera, y á los cendales aráchueos que me cubrían? Pero, ¿qué sonetos! ¿qué madrigales! ¿qué romances! ¿qué estrambotes! ¿qué enigmas amorosos! Todos ellos ó la mayor parte, ya se ve, era preciso, son alabanzas, quejas, favores, de mi Nise; y esta Nise, bendígala Dios, es una dama ideal, compuesta de retazos, en la cual he querido epilogar y unir cuantas perfecciones reparó en las demás la Naturaleza... ¡Ay, mi dulce Nise! ¡ay, idolatrada señora mía! Esta, pues, Nise predilecta (de la cual ya tengo sucesión según consta en el madrigal doscientos y cuatro de mi colección manuscrita), ésta es la que encendió mi ánimo tímido, la que me ha inspirado, la que ha dictado modulaciones á mi ebúrnea cítara por espacio de cuarenta y cinco años; porque yo tendría diez y ocho y la mamada cuando resolví enamorarme de ella, y si mal no me acuerdo, voy á cumplir sesenta y cuatro para las vendimias. Pero no siempre amarrado á la coyunda de amor, del crudo amor, que, como llevo dicho, vulneró mi corazón en los adolescentes años, he llorado desvíos, he mani-

UNIVERSIDAD  
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

festado inquietudes, he cantado sus breves y apetecidas victorias; no, que tal vez levantando mi voz á mayores objetos, al pulsar la acorde lira, alma del viento, me atrevi á interrumpir la siempre acorde revolución de los orbes celestes, causando universal trastorno en la naturaleza; y ved aquí, si queréis la prueba: unos cuatrocientos endecasílabos que compuse á la proclamación de nuestro soberano; dicen así ni más ni menos: *favete linguis*.

El día diez y siete del corriente,  
A cosa de las nueve ó nueve y cuarto  
De la mañana, se juntaron todos  
Los señores que estaban convidados.

Y como era preciso, cada uno  
Llevó á la fiesta su mejor caballo;  
De manera que cosa más lucida  
Ni se ha visto jamás ni se ha pensado.

Todos iban de gala, como digo,  
Con vestidos muy ricos, bien cortados,  
Los más con bordadura, y los restantes  
A cada cual mejor (si no me engaño).

Pues como llevo dicho, se dispuso  
La cabalgata, y luego muy despacio  
Cogieron y se fueron á la villa,  
Según estaba ya determinado.

Y al llegar á la puerta...

— Basta, basta, diño Mercurio; no me recibáis más versos, que esos pocos me han parecido detestables, y me sospecho que los demás no serán mejores; callad, por Dios, que tengo ya atolondrada la cabeza de oiros.

— Atolondrado me vea yo á garrotazos, prosiguió el poeta, si esta composición pindárica no es la mas acabada pieza que ha salido jamás de cabeza humana; pero ni el público la ha gozado hasta ahora, *proh dolor!* ni sé cuándo me verá con dinero para imprimirla. ¡Oh livor! ¡oh ignorancia! ¡oh siglo calamitoso y fatal á los alumnos de las musas! ¡Yo sin capa! ¡yo, sin haber almorzado todavía! ¡yo, debiendo cincuenta reales al padre procurador del Carmen por los alquileres de mi desván! ¡yo, que he puesto en verso el *Flos Sanctorum de Villegas*, el *Roselli* y el *Sánchez de Matrimonio!* ¡yo, que he escrito un cursocompleto de artes y ciencias que puede iren carta! ¡yo, que he comentado los *Comentarios de Góngora*, y he traducido al castellano los *Prólogos de Huerta*, y me muero de necesidad! ¿Quién ha sido el ceco de Madrid y sus literatos de muchos años á esta parte? ¿quién ha hecho callar á tanto hombrón erudito, á tanto sonoro cisne, á tanto Anfitrión armónico? Sí, señor, debajo de mi cama tengo muchas obras de critica, que aun manuseritas han dado terror al orbe; ¿qué sería ¡oh Cilenio raudol! si hubieran sudado los tórculos para publicarlas? Pero ¿qué me canso en manifestar mi suficiencia exótica, si el mismo Apolo... — El mismo infierno con todas sus furias desatadas deheís de tener en esa boca, hermano, dijo Mercurio; ¿qué es esto? ¿no os he dicho ya que calléis? ¿os estaréis hablando hasta mañana, parlanchín ridiculo? Por vida de Júpiter, que si descoséis los labios para decirme

una sola palabra, os desuello vivo á latigazos. Pláscaras, y qué pesado es el pedantón, y qué insolentel

— *Parce domine*, respondió el coplero; y no bien había abierto la boca para decirlo, cuando el Alipede alzó el puño en ademán de descargar sobre su coronilla tal cachete, que él solo hubiera dado fin á tantas locuras; pero lo estorbó un guardia que salió á dar la noticia de que ya Apolo esperaba al embajador.

Entraron, pues, en un salón magnífico y espacioso; el pavimento y las paredes eran de exquisitos mármoles, la decoración corintia, las basas y capiteles de sus columnas de oro purísimo, como también los adornos del cornisamento y zócalo, y en las bóvedas apuró la pintura todos los encantos de la ficción.

Allí se veían los orígenes de las artes y los progresos del talento humano: muda historia, capaz de encender el ánimo y arrebatarle á la contemplación de los objetos más sublimes. En una parte se veía á los hombres fabricar chozas de troncos y ramas, de donde la arquitectura tomó las formas que dió después á materias más durables, variando, según la mayor ó menor consistencia de ellas, la proporción de sus edificios. A otro lado los egipcios daban principio á la geometría, señalando los campos con términos de piedras hacinadas, para que el Nilo en sus inundaciones no alterase los conocidos límites. Otros señalaban en el suelo los contornos de la sombra, de donde

tomó su origen la pintura, perfeccionándose después lentamente con la invención casual de los colores y la perspectiva, que apenas conoció la antigüedad. Otros corrían la corriente de un río fiados en un tronco mal seguro; una gran multitud admiraba desde la opuesta orilla el temerario atrevimiento, y las madres tímidas apretaban al pecho sus pequeñuelos hijos. Los árabes y caldeos observaban el aparente giro del sol, y en las serenas noches al planeta que recibe su luz, y los demás astros que la distancia nos amena ó nos oculta. La escultura en otra parte ponía sobre las aras bultos informes que adoraba supersticioso el temor, y más allá los Fidias, Lisipos y Praxiteles daban á los mármoles y broncees tan elegante forma, que en algún modo parece que el arte disculpaba la idolatría. Allí Orfeo reducía á los hombres en vida social, les daba leyes, y les persuadía la necesidad de un culto religioso. Confucio enseñaba virtudes morales á los remotos chinos. Eaco, Radamanto, Mios, Solón, Licurgo y Numa establecían leyes, gobernando en justicia y paz nuevas repúblicas; y á más distancia se veían florecer las ciencias y las artes á la sombra de la libertad. Allí estaba representado el poeta Homero, á quien rodeaban con admiración los poetas de todas las naciones y todos los siglos. Píndaro, al son de la lira, celebraba con sublime verso las victorias istmias y olímpicas, y eternizaba el nombre de Hieron. Simónides cantaba tiernas elegías. Alceo de Lesbos, añadiendo nuevos sonidos á las

cuerdas griegas, hacía aborrecible entre los hombres el despotismo de los tiranos. Safo, desgraciada en amor, se precipitaba del promontorio de Léucea al mar, y repetía murriéndolo el nombre de su ingrato Faon; en tanto que Anacreón de Teos, coronado de pámpanos, con la copa en la mano, danzaba alegre al son de las iliritas entre las Gracias y los Amores. Allí acudía la juventud de Grecia á escuchar en las academias, el liceo y el pórtico, las austeras lecciones de la moral; y no muy lejos se levantaban teatros magníficos para declamar con el auxilio de la música las grandes obras de Eschilo, Sófocles y Eurípides, que alternaban con las del atrevido Aristófanes, á quien Menandro siguió después para obscurecer la gloria de cuantos le habían precedido. En otra parte, Demócrito y el divino Hipócrates, reclinados junto á un sepulcro ya destruido, conversaban profundamente á la sombra de unos cipreses mustios sobre la física del cuerpo animal, la brevedad de la vida, los acerbos males que la rodean, y los cortos y falaces medios que ofrece el arte para dilatar su fin; y mas allá, Demóstenes desde la tribuna de las arengas conmovía al pueblo ateniense; le persuadía por algunos instantes á sacudir el yugo macedónico; excitaba en él estímulos de valor, recordándole las épocas gloriosas de sus triunfos, los nombres santos de Milciades, Conon, Cimon y el justo Aristides; y oponiéndose, por una parte, á todo el poder de Filipo, y por otra, á la envidia, la calumnia atroz y la inconstancia de un

vulgo corrompido é ingrato, veía á pesar de su elocuencia irresistible perecer para siempre la libertad de su país, y perecía con ella.

En el testero del salón había un trono riquísimo, y en él estaba Apolo: siete de las musas le acompañaban inmediatas al solio; y los más célebres poetas españoles, según la edad en que florecieron, así ocupaban por su orden las sillas.

Si mucho se admiró el coplero de aquel aparato y magnificencia, no menos se admiraron todos los demás al ver su figura ridícula, porque era el hombre la más triste visión que imaginarse puede: reviejuelo, arrugadito, moreno, remellado, tuerto de un ojo, romo, calvo, algo tiñoso, chiquirritillo y contrahecho; si bien es verdad, que le desfiguraban en parte las barbas, el sudor negro, el polvo, el cisco y las telarañas que le cubrían el rostro. Revolviase en unas bayetas pardas, raídas y llenas de chorreaduras de aceite y caldo, con un ribete de arameles por las orillas á modo de randas ó cucharetero; sus movimientos eran más vivos de lo que su edad prometía, la acción teatral, y la voz gangosa, chillona y desahucible.

«Este es, dijo Mercurio á su hermano, el que he podido agarrar entre aquella turba; él te dirá lo que deseas saber»; y acercándose á él, le dijo al oído: «Mirad, señor, que aquí no os sufriran disparates; decid claramente quiénes son los del portal, y á qué es su buena venida, sin andarnos en

mas repulgos; porque si así no lo hicierais, témome mucho que mi hermano os manda freir y echar á los perros, según le he visto de mal humor esta tarde; y habiendo dicho esto, se fué volando á observar lo que pasaba en la escalera.

El poetastro, encarándose con Apolo, lo hizo tres grandes cortesías, y quedó aguardando el permiso de hablar. Diósete Apolo, y él comenzó á delirar de esta manera:

«Reverberante Numen, que del Istro  
Al Marañón sublimes con tu zurda,  
Al que en ritmo dulceisono te urda  
Elogio al son del tímalo y del sistro:

Si la álgera prole de Caistro  
Blandos ministra acentos á mi burda  
Armónica pasión, ¡ay! no te aturda  
Ver rompo de tu timpano el teristro.

La nubígena Dea en alto plaustro,  
Ungiendo el nervio de oloroso electro,  
Me lleva en alas del Oeste y el Austro,  
Y hurtando á las Memnósides el plectro,  
Hoy me intromito en el fulgente claustro,  
Obsiupofacto, á venerar tu espectro».

Reventaba Apolo entre la indignación y la risa; las musas se tendían por los suelos dando exorbitantes carcajadas; los poetas se miraban los unos á los otros sin saber lo que les sucedía; y el badulaque, muy satisfecho, se disponía á proseguir disparatando en culto; pero Francisco de Rioja, que estaba inmediato, le dijo: «Ved, señor enviado, que Apolo nuestro amo no os llama aquí para que le declamáis versos tenebrosos; lo

que únicamente quiere es... — ¡Ah! dijo el de las sopalandas, ya sé lo que quiere, no hay para qué decírmelo, que ya lo he comprendido; lo que quiere, es otro soneto con los mismos consonantes; pues allá va, hijo de Latona, escuchadme benévolo:

Dios rutilante, que del Ebro al Istro  
Proteges, honras al que versos urda  
Rauca mi lira atiende tosea y burda,  
Simil no mucho á resonante sistro.

Que si tal vez alado el de Caistro  
Pájaro dulce en la ribera zurda,  
Hace canoro que fugaz aturda  
Su voz rompiendo el diáfano teristro,

No ya de símil yo, si el indio electro  
Prestarme gustas, que veloz al Austro  
Sones encarga de curvado plectro,

Métricos mucho al eminente claustro  
Llevaré ritmos ¡oh divino espectro!  
Que el cenit giras en ebúrneo plaustro.

— «¡Hola, ministros! dijo Apolo, al instante coged á ese hombre, atadle y enviádele á Plutón con un recado mío, para que se le entregué á los genios tartáreos, y le atormenten con los suplicios más atroces. ¡Qué descerebranza, venir á hacer burla de mí! Llévadle, digo, no quiero verle».

Esto decía el dios berméjo con tales ademanes, que manifestaban demasiado su cólera; pero las musas, compadecidas de aquel infeliz, ó sintiendo se malograrse el fin á que era traído, ó deseosas de divertirse oyendo sus desbarros, intercedieron por él con el mayor empeño.

Costó mucha dificultad aplacar á Apolo; pero al fin se moderó algún tanto habiéndole prometido todos en nombre del tuerto, que no volvería á decir más versos, sino que en prosa llana y pedestre relataría cuanto era menester; y él, mientras esto sucedía, estaba abocinado en el suelo hecho un ovillo, sin rebullirse ni alentar siquiera, imaginándose ya arrebatado á los infiernos, y dando hervores en las calderas de pez, alcrebite y plomo, donde se rehogan los comerciantes por menor, las viejecitas que azuzan y los administradores que desuelan. Ya llevaba compuestas dos estancias de una canción estigia que pensaba recitar á Tesifone luego que llegase, en que la alababa de linda, y de la más jovencita y agraciada de todas las Furias; pero á este tiempo le levantaron entre Figueroa y D. Juan de Jáuregui, los cuales volvieron á predicarle de nuevo lo que debía hacer para no incurrir en la indignación de Apolo.

«Haré cuanto me decís, respondió después de haberse compuesto los hábitos, haré cuanto Febo ordena, y omitiré los episodios y partes de adorno, usando en mi narración un estilo medio, ya que el sublime ha merecido tan equívoco aplauso. Soberano Delio, Titán radiante, prodigio dólfico, deidad esmíntea, el suceso es este:

«Yo, aunque indigno, y mis compañeros los del zaguán, somos alumnos vuestros; la divina Poesía fué nuestra delicia desde los años infantiles; hemos elaborado opúsculos admirables, tremendos, hijos al fin de vues-

tra sacra inspiración; basta esto, *sufficiat*, para noticia preliminar; pero reflexionemos.

«¿Qué es poética? El arte de hacer coplas. ¿Qué son coplas? Unos montoncitos de líneas desiguales, llamadas versos. Qué es un verso? Un número determinado de sílabas. ¿Qué dificultad ofrece su composición? Los consonantes. ¿Cómo se adquieren estos consonantes? Comprando un *Rengifo* por tres pesetas. ¿Qué otra cosa es necesaria además de esto para hacer cualquiera obra poética digna de la luz pública? Un poco de práctica, y otro poco de poca vergüenza.

«Pues ahora bien: supuesto que nosotros sabemos hacer coplas en verso aconsonantado, que tenemos cada cual nuestro *Rengifo*, que hemos pasado toda la vida en esta ocupación, y que, altamente persuadidos del mérito de nuestras obras, no dudaremos ofrecerlas por modelo al orbe que las admira, y á las generaciones futuras que han de anonadarse al verlas; ¿qué nos falta para llamarnos alumnos vuestros? ¿Quién nos disputará este honor? *Diciti Pierides*, en tanto que yo prosigo hilvanando premisas y consecuencias.

«Siendo poetas, como lo somos sin remedio, ¿cuál debe ser nuestro ejercicio? ¿Tejer esteras? ¿coser zapatos? ¿alquilar camas? ¿vender achicorias? Claro es que no; claro es que son indignas ocupaciones de los grandes genios, aquellas que por útiles y honestas están reservadas al ignorante vulgo; así, pues, siendo poetas, debemos poetizar, y no otra cosa; debemos ilustrar á la

nación, y ella debe coronar nuestras falgas con premio digno, dándonos la mitad en aplausos, y la mitad en pesos duros.

»Pero esta nación ingrata ni nos da de comer ni nos aplaude, mientras nosotros, procurando su felicidad y su gloria, la enriquecemos diariamente, semanalmente, mensualmente, continuamente, de conocimientos profundos, sin los cuales la racionalidad hubiera dado en España un estallido, según la hemos visto decadente y mal parada.

»Nosotros, en fin, hemos sostenido el honor de la lira (*barbitos polycordos*, que dijo el griego), cantando y llorando (*canentes et flentes*, que hubiera dicho el latino) en todas las ocasiones en que el hado, ya favorable, ya protervo envió á la patria prosperidades ó desdichas.

»Se ajustó la paz, coplas á la paz; nacen los gemelos, coplas á los gemelos; nace nuestro príncipe Fernando, coplas á D Fernando; se hace el bombardeo de Argel, coplas á las bombas: en una palabra, casamientos, nacimientos, muertes, entierros, proclamaciones, paces, guerras, todo, todo ha sido asunto digno de nuestra cítara.

»Pero ¿con qué novedad, con qué acierto lo hemos sabido desempeñar! ¿Qué felices invenciones las nuestras! ¿h qué felices! ¡Oh huevos de Leda, huevos benéficos y de inestimable valor! ¡Oh Jacob y Esau! ¡Oh Rómulo y Remo! ¿con qué oportunidad la providencia os hizo nacer de una ventregada! Y con qué gracia nosotros, sin reparar en frioleras, parangonizamos mellizos á me-

llizos, haciendo saber al mundo que nuestra princesa había dado á luz un Esau brutal, un Rómulo fratricida, y lo que es más lindo (porque al fin todo iba dentro del par de huevos mitológicos), una Clitemnestra y una Elena disolutas, pérfidas y crueles, que todo esto dijimos, muy arropados con nuestra licencia poética, en elogio de los dos malogrados infantes, *infandum Regina jubes*, como dijo allá el filósofo.

»Y qué diré del sutil arbitrio que discernimos para formar las fábulas de nuestros poemitas? Arbitrio que pareció tan cómodo, que todo poeta de bien y timorato le ha escogido para sí y trazas llevan de no soltarle hasta la consumación de los siglos. ¡Soberano arbitrio que ahorra mucho tiempo, y muchos polvos de tabaco, y mucha torcida al candil! Arbitrio, con el cual se forma en un guiñar de ojos cualquier poema, pues a todos viene como llovido: ¿se trata, por ejemplo, de alabar algo, de profetizar algo, de llorar algo, de referir algo? El poeta no tiene más que acostarse y apagar la luz. A media noche se le aparece un trasego, una ninfa, ó cualquiera otro personaje alegórico con gran concurso de geniezuelos alrededor, y este tal personaje reprende al vate su modorra y su pigracia, le manda que se levante inmediatamente, y que escriba esto y aquello, y lo de más allá, y de este modo le informa de cuanto hay que saber en el caso; de suerte, que desaparecer la fantasma, despedirse el poeta del lector pío, y acabarse el poema, todo es á un tiem-

po. Sobre este molde de aparición hemos compuesto de once años á esta parte cuantas obras se han necesitado para el surtido de las esquinas, con la sola diferencia de que á un poeta le pilló la visión acostado y sin cenar, al otro paseándose á la orilla del río, al otro cogiendo el sol en un cerro; pero siendo el fondo de la ficción el mismo, siempre es mérito igual y el artificio de la fábula siempre maravilloso y sutil.

¿Y el estilo? ¿y la versificación? ¿y el estro poético que resplandece en aquellas composiciones? ¿no es particular? ¿no es admirable? Desde el ovillo más diminuto y vil á las octavas más retumbantes y pomposas, ¿no se descubren bellezas incomparables, que darán fama inmortal á las recalcitrantes seseras que las produjeron? ¿No es cierto, señor, que con esta irrupción de coplas, con este chorrorborro perenne de versos hemos llevado al más alto punto de perfección el buen gusto y la elegancia poética, dando cordelejo á los más célebres autores de la edad vetusta, y revolviendo el Parnaso castellano patas arriba? ¿No es cierto?

»Así nos lo persuadíamos, con este fin trabajábamos, con el fin de asegurarnos un taburete en el templo de la inmortalidad, y ganar el pan por medios honrados en esta vida transitoria: *Pan curat oves, oviumque magistros*, como dijo Gronovio muy á mi intento.

»Pero ¿qué sucedió? ¡Oh iniquidad! ¡oh livor! ¡oh influjo adverso! ¿Qué sucedió?

Que así como el murciélago torpe (*vesper-tilio* le llamó el doctísimo Requejo, y con él Calepino, Facciolati y otros), que así como el murciélago torpe, que busca las tinieblas pavorosas del angosto me hinal, aborreciendo la claridad diurna, si tal vez la atrevida mano pueril, asiéndole una de sus aurículas, le extrajo con violencia de su lobreguez apetecida, no pudiendo con cecuciente párpado sufrir los rayos de luz que iluminan el orbe, forceja y se resiste, y bate las alas membranáceas, y se desespera, y chilla, y muerde, y araña la mano que le tiene asido; de la propia manera, no pudiendo algunos zoilos malévolos resistir la esplendorosidad de nuestras obras, á la que en vano se oponía la opacidad de su insipiciencia, comenzaron á gritar contra nosotros, nos desacreditaron enteramente, nos adjetivaron del modo más cruel.

»Este fué el galardón, ésta la gloria que nos resultó de nuestros afanes literarios; después de habernos recocado los sesos en amontonar erudición gentilica, histórica y dogmática; en rehenchir versos, ajustar cadencias y cazar figuras, en cuya desastrosa ocupación ganábamos por la mano al lucero matutino, negando el tributo á Morfeo, que nos hallaba en vela todas las noches: *Bella per Emathios plus quam civilia campos*, como dijo no sé quién, en no sé qué libro.

»Pero, como por especial favor de la Providencia así somos estupendos poetas como filólogos incomparables, discurremos no ceñarnos á una sola cosa, sino abrazar todos

los ramos de la literatura, dividiéndonos en pelotones y cuadrillas. Unos, á quien vuestro celeste incendio más inmediatamente retuesta y asura, se hicieron sectarios de la exactitud, economía y corrección, que algunos invidos trado en frialdad, pobreza, languidez, y echaron á volar unos poemas tan exactos, tan económicos y correctos, labrados á compás, nivel y escuadra, que nada se puede en ellos quitar, mudar ni añadir. Otros se dieron á extraer, compilar, abreviar y reducir en pequeños papelitos el árido y dilatado estudio de las ciencias, para que todas ellas las pueda aprender como un papagayo cualquier curioso, mientras el peluquero le ata la bolsa. Otros se dieron á la jocosidad festiva, y regalaron á la nación gran cantidad de epigramas, dichicos, anécdotas, chufletas, quisicosuelas y acerijos; en una palabra, aspiramos por todos medios á hacernos los dispensadores de la ilustración pública. ¡Oh, cómo regurgitamos ciencia por todas partes! ¡Oh, qué traducciones hicimos tan agradadas! traducciones que no las distinguirá de sus originales el más pintado. ¡Y qué comedias á la antigua! esto es, á nuestro modo; quiero decir, sin esto que llaman arte, gusto y verosimilitud; ¡y qué apologías del teatro! digo, de nuestro teatro, del teatro que nosotros nos hemos hecho; y en esto solo, si ha de hablar en puridad, en esto solo hemos triunfado impunemente de nuestros enemigos. El teatro nos ha ofrecido un desquite, un consuelo de todos los sinsabores que padecemos continuamente: bien es

verdad que, según él está arreglado, parece que se hizo expreso para que yo y mis compañeros le proveyéramos con nuestras obras admirables; así lo hacemos todavía, allí retumbamos, y ¡oh! nunca la suerte enemiga nos prive de su pacífica posesión!

¿Y qué diré de tantas eruditas disertaciones sobre el lujo, sobre la inoculación, sobre hacer feliz al reino con una hipótesis, dos ilaciones y un cálculo sobre la excelente moral de los caribes y hotentotes, sobre hacer pan de avellanas en los años malos, sobre la mejor de las repúblicas posibles, sobre aumentar prodigiosamente la agricultura á fuerza de ruedas, tubos, émbolos, piñones y cilindros; sobre la tolerancia, sobre la tortura, sobre el patriotismo, sobre las chinches... ¡Oh Dios omnipotente y máximo, que tan hábiles y tan eximios nos hiciste! ¿Por qué, así como somos universales en la ciencia, no somos universalmente venerados? ¿Por qué, siendo tan desafortadamente instruidos, nos llaman pedantes? ¡Pedantes! Anatema cruel que nos sigue por todas partes, y estremece y horripita.

Ya en algún modo hemos procurado oponer las artimañas á la fuerza, y viendo cuán pocos elogios hemos merecido á la ingrata patria, que paga en desprecio y pullas nuestras vigiliás, hemos dado en la flor de alabarnos los unos á los otros, tratándonos mutuamente de científicos y preclaros varones, por aquello de *asinus asinum fricat*, que quiere decir, el sapiente aplaude al sapiente. Pero esto dura ocho días: el público

se desengaña, ó nosotros, por un quitáme allá esas pajas, nos estropeamos á garrotazos en un portal; y la discordia, que volvió en cenizas los soberbios muros de Ilión, nos conduce al hospicio, ó nos reduce á la sopa de un contento.

«Pero en el *hic et nunc*, en que tímidos y vacilantes juzgábamos irremediable nuestra desgracia; cuando circuídos de horrores y faltos de consejo, hallábamos caliginoso pavor, y palpábamos atezadas lobregueces, *ecce Corinna venit, ecce*, benigna rutilante estrella que aparece á nuestra vista para serenar tan deshechas tempestades. Asturias va á tener un príncipe, la nación le jurará sucesor al trono de su padre, Madrid previene regocijos, ésta es precisamente la época de nuestra gloria, el feliz instante de nuestra resurrección.

«Queremos cantar, sí, señor; queremos cantar como si empezáramos de nuevo; queremos aplaudir la jura del príncipe D. Fernando con la misma gracia con que desempeñamos los asuntos anteriores; queremos celebrar las felices invenciones en los adornos de la carrera; y no ha de haber espejo ni pedazo de helandilla sobre que no arrojemos décimas y octavas como el puño. Volveremos á extasiarnos y á dormirnos, y cruzarán por esos aires á media noche al son de los chirriones de la limpieza, tantas ninfas, tantas matronas alegóricas, tanta hermosa visión, desprendida del Olimpo á nuestras guardillas, para mandarnos escribir cantos heroicos y romanzones, que será una confusión.

«¿Y los toros? ¡Oh, mi Dios! ¡los toros! ¡Qué de conceptos hemos prevenido para la fiesta! ¡Qué ocurrencias exquisitas estamos almacenando para los caballeros que se caigan, para los que no se caigan, para los que corran y para los que no puedan correr! ¡Y qué de cosas tenemos discurredas para las lunadas fieras, y qué lindas comparaciones, en que saldrán á lucirlo los toros de Colcos, los toros de Guisando, los toros del Sol, el toro de Creta, el toro de Falaris, el toro de san Marcos, el toro de Europa, y el toro *pater!*

«Queremos, pues, con motivo tan plausible, fatigar las prensas; no ha de haber poste, ni esquínazo, ni guardarruedas, ni registro de cañería, ni bola de puente que no engrundemos de alto á bajo con cartelones inarrancables y eternos, llenos de letras gordas y provocativas; ni habrá diario, ni gaceta, ni biblioteca mensual que no salga atiborrada de nuestras obras. Pero ¡ay correo número! ¡ay reverendo clarista fulgido! ¡Cómo nos ilude con halagüeñas imposibilidades el deseo!

«¿Qué haremos desamparados é inermes contra la osadía de tantos críticos, que acaso estarán ya aguardando nuestras producciones, *producti et acti*, para despedazarlas con viperino diente? Aquí, *hic jacet*, aquí se necesita todo vuestro favor, ¡oh deidad erinada y arcitenente! Aquí imploramos toda vuestra beneficencia para poderarnos llamar verdaderamente afortunados, *fortunam Priami cantabo*, que dijo el mitólogo.

«Ni es imposible, señor, ni temeraria la pretensión que nos ha conducido á vuestro portal augusto; antes en su pequeñez hemos fundado la confianza de conseguirla. Mis compañeros y yo no deseamos otra cosa sino que vuestra rubicunda celsitud nos dé una patente firmada y sellada según estilo, en la cual se exprese que nuestras obritas, las ya publicadas, y las que vamos á publicar, de las cuales y de sus autores han dicho y dirán los envidiosos críticos tantas perreñas, son elegantes, doctísimas, incomparables, y de aquí arriba lo que pareciese conveniente añadir en su elogio. Diréis, además, que nosotros los que tales obritas hicimos y haremos, no somos poetillas huecos, tragos ridiculos, ni cuervos raucos; sino filomenas dulcisonas y sirenas machos, que con vuestro influjo y aprobación hemos cantado, cantamos y cantaremos hasta soltar la piel. Diréis que para que la nación acabe de iluminarse es necesario que el ramo de literatura se estanque como los naipes y el aguardiente, siendo nosotros los administradores que podamos impunemente dar lecciones al público, ya en papelillos sueltos, ya en tomos de tres puentes, ya de viva voz en las tabernas honradas de la corte, en sus librerías y concurrencias, ó ya remitiendo nuestros áureos dramas al gran teatro. Diréis que en materias de buen gusto, de lógica, de erudición, de racionalidad, de talento, nadie chiste contra nosotros, nadie nos inquiete; advirtiéndole que de hoy en adelante á todo crítico se le llamará envidioso, á toda

prueba calumnia, á toda censura libelo, y á todo raciocinio personalidad é insulto. Y que, por último, vuestra luminosidad muy resplandeciente amonesta, y en caso necesario manda y condena á todo erudito que sepa deletrear, á que luego que los carteles, los ciegos y la trompa de la fama anuncien la irrupción poly-metri-encomiástica que tenemos prevenida á la jura del nuevo príncipe, acudan á las librerías acostumbradas, y cada cual se provea á lo menos de un ejemplar de cada obrita, para que por este medio, al paso que ellos se orientan y se instruyen, podamos nosotros subvenir á nuestras urgentes necesidades.

«Tal es, señor, nuestra pretensión: que con este deseo abandonamos nuestros tugurios, y esta mañana entre diez y once nos hallamos á la falda de ese bifronte cerro: comenzamos á gatear con harta fatiga por escabrosidades y derrumbaderos inicuos; pero apenas hubimos salido de los pasos más peligrosos, cuando hallamos nuevas dificultades. En una floresta sombría que el Abril pavimentó de colores alegres, donde batiendo lascivo el céfiro las alas sutiles ungidas en aromas indios... pero en vuestro ceño, radiante nùmen, advierto no sé qué displicencia que me obliga á omitir la pintura de las flores, los favonios, las avecillas canoras y los arroyuelos: sigo, pues, adelante.

«En esta, como dije, deliciosa mansión de Flora descubrimos un edificio, del cual salieron al acercarnos seis ó siete hombres no

nada inermes, y mucho menos que nada tácticos y tranquilos; comenzaron con grandes ululatos á decir que nos detuviéramos. Hicimoslo así; nos preguntaron ¿quienes éramos y á qué veníamos? respondimos á todo; y sacando el que parecía jefe de los demás un volú en membranáceo, leyó en él no sé que índices ó apuntaciones, y al acabar nos dió por respuesta, ¡oh respuesta amarga, más que las adelfas y el absintio pónico! nos respondió que nosotros no estábamos reconocidos por sonoros elocuentes vates, sino por copleros adocenados y misérrimos; que nuestras obras se habían examinado en el Parnaso, y que todas ellas estaban destinadas al quemadero; que Apolo nos había maldecido solemnemente en pleno consistorio hasta unas cuatro docenas de veces; y que sería ofenderle el dar un solo paso adelante.

»Esto nos dijo Luzán, que así parece que se llamaba: si fué lacrimable y acerba esta noticia para nosotros, consideradlo, reluciente farol del día, consideradlo mientras lo restante patentizo.

»Replicámoste, como era de razón; sacamos para su desengaño nuestros manuscritos; no guiso verlos, y tapándose á toda prisa las narices, gritaba que nos fuésemos inmediatamente. Representamos humildes; negóse discolo; y encendido en cólera fulminó dictérios y amenazas. Ya era justísima la vindicta; arremetimos intrépidos; dimos con él en tierra; acudieron gentes en su ayuda; trabóse bélica perfla, y fluctuamos en

incierto Marte, que el cielo declaró por nosotros el honor triunfal, *io triumphe*, quedando en el campo casi difunto el jefe, y los más de sus atrevidos secuaces ó contusionados, ó vulnerados ó mú ilos.

»Seguimos adelante; y, si bien advertimos que nuestra victoria había alarmado todos estos horizontes, fiados en la benevolencia vuestra proseguimos deambulando impertérritos hasta llegar á las puertas de este eminente alcázar, que naciendo laberinto de piedra, se eleva portento, y nube desaparece.

»Quisieron estorbar el ingreso cuadrupedantes turmas; pero fué vana su pretensión; llegamos á los umbrales venerandos, que saludamos humildes, y al pisar los atrios magníficos, vimos unidas pedestres haces que comenzaron á disputarnos el paso. Quisimos manifestar nuestra inocuidad, nuestro mérito y el motivo que nos traía, pero interrumpiendo garrulos el apologético discurso, fundularon sobre nuestras vértices pondero-as lapides, á cuya ruptura hostil siguió el combate más desesperado y sangriento.

»Ya comenzaban por todas partes la viperina Aleto, la atroz Megera, la letifera Tesfona á esparcir terrores bélicos, á exasperar truculentos ánimos. Ululando tétricos los opuestos milites, daban al bóreas fragoso estrépilo, que en cavernas lóbregas, Eco llorosa y húmida, dolorosa y confusamente reperecuta. El numen belfgero, embrazando el égida sobre cruento plaustro, vagaba ira-



UNIVER  
DIR

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

31942

cundo fatigando los ojos fervidos, y agitando flagelifero cuadriga indómita. No de otra manera fulgurando el éter, se precipita rápido...

— Calla, calla, maldita criatura, dijo Apolo; calla, y no abuses más de mi paciencia; vete, y di á esos hombres que huyan presto, que se oculten en donde yo jamás los vea, si no quieren que en un sólo momento los aniquile. Ellos creerse poetas, llamarse doctos, é insultar de esa manera á los verdaderamente sabios, á su nación y á mí, que los he despreciado siempre por no destruirlos!

¿Qué enjambre es éste de copleros y charlatanes que inunda vuestra península? ¿Qué enjambre pestilencial que por todas partes se derrama y cunde? ¿Y en dónde están aquellos pocos que deberían oponer sus doctas obras al torrente desatado de tanto papel ridículo que dictó la envidia, la demencia, ó el interés abatido y sórdido? ¿En dónde están?

«Cierto es que en todos los países, á la sombra de los grandes ingenios, bulle un número infinito de autores pedantes, serviles imitadores, cuyas obras na en, mueren y se olvidan en pocos momentos: este daño es inevitable, y aun conveniente en la república de las letras, si, á beneficio de la general libertad, unos y otros emplean todo su esfuerzo animados de los dos grandes estímulos que mueven al hombre: el premio decoroso y el aplauso. Entonces los talentos sublimes se levantan sobre los demás, y uno, uno sólo basta para hacer gloriosa á la nación que le produjo.

«Pero ¿qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debían escribir callan cuando los que aun no saben leer escriben? Qué, ¿tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan común será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atrevan los que lloran en silencio esta general corrupción, á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporción para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdennando los ejercicios útiles, se abandona, instigada de la necesidad, á tratar materias científicas que enteramente desconoce?

«¿Vacilaréis siempre ante las contradicciones más absurdas, queriendo sostener por una parte que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extranjeros, probándolo con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la más crasa ignorancia, ó de la más frenética parcialidad; cuando por otra parte no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las otras lenguas que no traduzcáis á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atrevéis á tocar, porque habéis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?

«Y ¿qué traducciones! hechas casi todas sin conocimiento de la materia que en ellas se trata, sin poseer bastantemente ninguno de los dos idiomas, y en donde se ve estro-

peada hasta el exceso el habla castellana, enervando su robustez, y afeando con alicños que no la pertenecen su gracia y hermosura natural!

¿Llegará el día en que se aprenda por principios? ¿en que se estudien los grandes modelos de la antigüedad? ¿en que sepáis conocer los que dejaron los autores de vuestro siglo de oro? ¿aquellos que trayendo entre los despojos de las conquistas las ciencias y las artes que hallaron florecientes en la vencida Italia, las cultivaron después en su país, haciendo gloriosa entre las demás por su sabiduría á aquella misma nación que dió leyes al mundo por su política y sus victorias?

Entonces no se instrufan los españoles en compendios y polianteads; no era tan universal su literatura, porque era menos pedantesca, menos frívola; los grandes hombres que ha producido España, entonces los produjo, las obras de mérito que tiene la nación, entonces se escribieron; estudiadlas.

¿Su lectura os dará á conocer cuáles fueron los principios de la renovación de las letras en España, cuáles las causas de su esplendor y las de su decadencia; veréis también lo que debéis tomar necesariamente de los extranjeros, y lo que tenéis en vuestro suelo digno de imitarse con incesante afán.

¿Sí, de imitarse, porque sería indecoroso además, y fuera de propósito, que el obstinado empeño de adquirir todos los conocimientos científicos en los autores de otras

naciones, hiciese olvidar á los de la vuestra el estudio de los buenos originales que en algún tiempo ha producido; sería indecoroso á un escritor, á un orador ó á un poeta carecer de las prendas de estilo, lenguaje, versificación é inteligencia del genio y costumbres dominantes en su patria, en la cual y para la cual escribe; y estas prendas (tan difíciles de poseer unidas con otras, como necesarias) ni en los escritores franceses, ni en los de Italia, ni en los de la antigua Roma, ni en los de Grecia pueden adquirirse.

Entonces se extinguirá, quizás, aquel espíritu de partido tan funesto á la sabiduría como á las costumbres; aquel espíritu de partido que hace creer á algunos que nada hay bueno en su nación, admirando con vergonzosa ignorancia cuanto fuera de ella se produce, y á otros, por el extremo opuesto, los empeña en defensas absurdas cuando se trata de manifestar con rectitud y desinterés el mérito de estas ó aquellas obras. Defensas que casi siempre son malas, porque todo se quiere defender en ellas; porque falta inteligencia, gusto, y sobre todo exactitud y buena fe en los que las hacen. Defensas en que los hechos se confunden, las épocas se alteran, se arrastran ó se fingen á placer las autoridades; el mérito se abulta ó se deprime, según al autor le conviene para sus ideas; se callan ó ciegamente se disculpan unos defectos, y se exageran otros; se comparan los objetos más discordes entre sí, y repitiendo muchas veces el nombre santo del patriotismo, la ignorancia y la parcialidad

hacen aparecer como excelente lo menos digno, y el vulgo de los necios aplaude.

«Tal es el medio que algunos eligen para evitar los tiros de la sátira y la calumnia, que siempre amenazan al que no sabe halagar los errores de su nación; pero el verdadero patriotismo, virtud privativa de las almas grandes, no dicta á un escritor ingenuo tales artificios; la verdad, por más que se presente desaliñada y adusta, la verdad es el lenguaje de un buen ciudadano; y el que no la lleva en la boca, como la concibe en el entendimiento, es indigno de vivir entre los hombres.

«Por estos principios conoceréis cuán despreciables han sido vuestras fatigas, y cuánto os habéis apartado de la verdad cuando más habéis querido demostrarla; veréis también que no son doctos, ni jamás han merecido el nombre de tales, los que uniendo ideas inconexas, especies vagas, raciocinios mal entendidos ó mal aplicados, abultan obrillas fútiles, no sólo dañosas á quien las lea, porque en ellas malogra su tiempo, sino también porque excitando en el público el prurito de saber á poco trabajo, le apartan con tedio de los buenos libros en que se debiera instruir, propagándose por este medio la falsa sabiduría, más funesta mil veces que la total ignorancia.

«Cesará entonces esta guerra maldita que mantenéis unós con otros sobre la observancia del arte de las obras de ingenio; porque la razón sola os enseñará, que no es dado á la más fecunda fantasía hacer nada

perfecto, si las reglas, las abominadas reglas no la señalan los debidos límites; y que igualmente yerran los que gradúan el mérito de sus producciones por los defectos que evitan, y la escrupulosa nimiedad en la observancia de los preceptos, cuando falta en ellas la invención, el talento peculiar de cada género, y aquel fuego celestial que debe animarlas.

«Ilustrado el público por estas verdades irresistibles, sabrá aplaudir con más justicia el sólido mérito, y no llamará poetas á aquellos que, como vosotros, sin disposición natural para ello, sin arte, sin estudio, sin saber persuadir, sentir ni pintar, pasan los años haciendo coplas infelices, que ni instruyen, ni deleitan, ni puede excitar en cualquiera lector juicioso más que el desprecio, la compasión ó el asco.

«Y ¿son estos, son estos los que esperan mi aprobación para cantar con aullido disonante las felicidades de la nación española en la jura de su querido príncipe? Tan grande asunto, digno de mi cítara, digno de que todo el coro de las Musas le celebre, ¿habrá de caer en manos de esa turba infeliz? No, no lo pretendan; y si es la lealtad y el amor quien los estimula á hacerlo, unan sus votos á los de toda la monarquía. Rueguen al cielo que dilate y prospere la vida de Fernando, precioso vástago del ilustre tronco de Borbón, delicias de su madre augusta, sucesor digno de tantos héroes. Rueguen al cielo, que uniendo la piedad de su abuelo á la justicia, á la fortaleza, á la grande alma

de su generoso padre, aprenda á su lado el arte de hacer felices á los hombres, y reconozca por los altos ejemplos que de el recibia, que ni la majestad ni el cetro son comparables á la virtud, que ella sola es el apoyo firmísimo del trono, que ella sola hace á los reyes imágenes de la Divinidad en la tierra, que ella sola une en durables vínculos al vasallo con el monarca, y que sin ella los estados más poderosos se trastornan, se destruyen con ruina espantosa, y apenas dejan á la posteridad la memoria de que existieron. Rueguen al cielo, que al tiempo mismo que el jóven príncipe se instruya en la escuela del valor, la paz, la amiga paz le halague con ósculo dulce, y en torno le sigan las ciencias y las artes todas, que moderan la natural ferocidad del corazón humano, para que á su vista conozca cuánto es más dichosa una nación por ellas que por el temido honor de sus armas, por los estragos de sus victorias: mal necesario tal vez, y siempre funesto á los vencidos y á los vencedores. ¡Oh! ilustren tales máximas su ánimo real, para que el mundo goce lo que de él espera, cuando después de largos y felices dias, pasando á sus manos el cetro español, vea dilatarse el poder, la gloria, la beneficencia de tan digno príncipe aun más allá de los límites de su grande imperio.

«Estos son los deseos de la patria: tales son sus votos; y la dulce esperanza de que han de cumplirse es lo que hoy causa la mayor de sus alegrías; y no os pide en tal ocasión elogios insulsos ni versos ridículos

y despreciables; que para ser buenos ciudadanos no es menester ser malos poetas; pues si fuera posible celebrar dignamente á los semidioses de la tierra, ingenios hay peregrinos que pudieran hacerlo, ingenios que yo conozo, que yo favorezco é inspiro; cuyas obras, no bien conocidas todavía en un país en que la frivolidad y el pedantismo insultan impunemente al verdadero mérito, triunfarán al fin de la envidia y las pequeñas pasiones que aspiran á oscurecerlas, y llevarán su nombre á la edad futura para honor inmortal de su nación y de su siglo.

«Pero ¡vosotros, y tú más que todos ellos odioso é insufrible, vosotros insultarme de esa manera!... Vete, y di á los tuyos que todo mi enojo, que todo mi poder amenaza su vida; que se retiren, y que si es posible emendar de algún modo los desaciertos que han cometido, solo será callando, y callando eternamente: que no menor reparación exigen su ignorancia, su locura y su atrevimiento. Llevadles».

No bien hubo dicho *llevadle*, cuando entre siete ú ocho cargaron con el desventurado tuerto, y le llevaron en volandas hasta unas barandillas que daban á la escalera principal; de allí le dejaron caer sobre los de abajo, y éstos, viéndole venir, se previnieron de suerte, que caer y empezar á voltear como una rehilandería entre aquella turba, todo fué á un tiempo. Era de ver cómo iba revoloteando por el aire de fila en fila, con tanta alegría y satisfacción de todo el concurso, que no se juzgaba feliz el que

no lograba asegurarle un pellizo, darle un capón ó asestarle un gargajazo. Con este obsequio se celebró la venida del culto; hasta que cansados de divertirse le tiraron al montón enemigo, con la misma facilidad y ligereza que si arrojaran una pelota.

Pero volvamos la mal tajada péñola á referir lo que Mercurio hizo, mientras duró la embajada. Parecióle conveniente no descuidarse ni fiar á la fortuna el éxito de aquella empresa; había llegado á entender, aunque confusamente, la pretensión estrafalaria de los filósofos, y conociendo que Apolo no podía concederles nada, pensó seriamente en hacer preparativos para la defensa, persuadido de que sólo á garrotazos se podría concluir tan enrevesado asunto.

Llamó á consejo á los poetas que imaginó más inteligentes y acostumbrados á tales peleonas; tratóse el caso con la madurez que requería, y se acordó, por último, que se hiciera provisión de armas ofensivas, acudiendo al repuesto de los malos libros, que estaban en las inmediaciones de la cocina, destinados á socarrar pollos y envolver especias, y que además se recogiesen cuantos trastos semovientes hubiera en la casa, y pudieran ser útiles para convertirlos en armas arrojadizas, ó en parapetos y trincheras.

Tratóse después del orden que se debía guardar en los ataques, y resolvieron que para lograr alguna ventaja era necesario salir de la escalera, obligando á los eruditos á que, dejando el portalón pasaran al patio,

creyendo todos que allí se les podría combatir más á placer, ya fuese en batalla campal, ó ya arrojando sobre ellos desde las ventanas que había alrededor cuanto pudiera ofenderlos y destruirlos.

Aprobado este plan, se dispuso que Garcilaso de la Vega, por estar herido Cervantes, mandase el ala derecha; la izquierda D. Diego de Mendoza; el centro D. Alonso de Ereilla, y el cuerpo de reserva, que debía acudir adonde la necesidad lo pidiese, se encargó al conde de Rebolledo, acompañado de Lope de Vega, Cristóbal de Virués y otros sujetos de acreditado valor y experiencia militar.

Después de ventilados estos puntos, se ocuparon en conducir hacia la escalera cuanto hallaron que podía ser útil para un caso de rompimiento; acudieron luego al repuesto de los malos libros, y llevaron infinitos volúmenes antiguos y modernos, que hasta entonces no habían servido de gloria á sus autores, ni de utilidad alguna al género humano, y en aquel día se hicieron apreciables; porque no hay duda en que un mal libro, por malo que sea, siempre sirve, y más si es de buen tomo, para descalabrar con él á cualquiera, cuando no hay á mano abundante provisión de cachiporras ó peladillas de Torote.

Hecho, pues, todo lo que va referido, sucedió la bajada y volteo del culterano; y conociendo Mercurio que era ya inevitable volver á la zurra, fué volando á decir á su hermano cuanto había dispuesto. Hallóte

que bajaba ya la escalera con ánimo de presentarse á los enemigos, creyendo que á sus razones y autoridad ni debían ni podían oponerse. Dudó mucho Mercurio si aquella cuadrilla desvergonzada guardaría respeto y moderación, hallándose ya obsinada en conseguir por fuerza lo que pretendía; pero haba de ceder, mal de su grado, á las instancias de Apolo, y dejándole en la escalera, se remontó al techo para anunciar su venida.

A este tiempo empezó á notarse un rumor y conación general en el bando contrario, mal satisfecho del suceso que habia tenido la erudita oración de su embajador; pero dando Mercurio un grande aullido desde allá arriba, les hizo callar y atender. Dijoles que Apolo iba á presentarse; que venerasen en él al grande hijo de Júpiter, y que pues se llamaban alumnos suyos, no le diesen enojo en cosa alguna, y adorasen humildes sus soberanos preceptos.

Apolo entonces, levantado en hombros de los más robustos, se dejó ver de aquella amotinada gente. Comenzó con semblante pacífico y agradable á persuadirlos que dejando las armas se volviesen á sus casas á cuidar de sus mujeres é hijos, si los tenían. Que no creyesen que la nación perdería nada perdiéndoles á ellos; pues no sólo la harían una gran merced en quemar todos sus papeles, y no volver á escribir jamás ni aun la cuenta de la ropa, sino que por otra parte, olvidando con un verdadero arrepentimiento las travesuras pasadas, podían de-

dicarse á varios ejercicios honestos, y adquirir por ellos una subsistencia segura, como buenos ciudadanos y gente de juicio. Dijoles también, que los hombres habian nacido para trabajar, y muy pocos entre ellos para saber; porque ciertamente aquellos pocos, siendo buenos, bastan para ilustrar á todos los demás con su sabiduría. Que esto de ser doctos no era cosa tan hacendera y trivial como se habian imaginado, pues cualquiera ciencia ó facultad necesita todo un hombre, toda una vida, y tal reunión de circunstancias, que rara vez llega á verificarse; y aun por eso, siendo tantos los que siguen la carrera de las letras, son tan pocos los que han llegado á poseerlas en grado sobresaliente, y á merecer el aprecio público por sus escritos. Que dejasen el encargo de sostener el honor de la literatura nacional á otros talentos muy superiores, sin comparación, á los suyos. Que abandonasen para siempre la negra erudición enciclopédica que tanto les habia trastornado la racionalidad, y tan ridiculo papel les habia hecho hacer en estos últimos años á los ojos de la Europa culta; y que sobre todo, abjurasen de buena fe el error de haberse creído poetas. Que no envidiasen esta gloria á los que realmente lo son: gloria mezclada siempre de sinsabores los más amargos; gloria funesta, que casi nunca ha concedido el mundo á los que viviendo pudieran gozarla, porque la reserva el cruel para las cenizas de los que ya no existen.

Más iba á decirles; pero fueron tales los

berridos que resonaron en el zaguán, los gritos y amenazas, que Apolo, temiendo algún insulto de parte de aquel populacho feroz, se bajó á toda prisa del trono racional en que estaba encaramado, y comenzó á echar tacos y reniegos por aquella boca, que Dios nos libre.

Seguía entre tanto la gritería y tumulto de los enemigos, y el endiablado tuerto corría de un lado á otro atizando el fuego de la discordia, ponderando el mal tratamiento que Apolo le había hecho, y el poco aprecio que le merecían las doctas fatigas de tantos sabios: ellos, que no necesitaban espuelas, se enfurecieron de tal modo, que no es posible ponderar á qué extremo llegó entonces su frenesí. «No es ése, decían, no es ése Apolo; á ése no le conocemos, y estos son ardides de Mercurio, que piensa burlarse de nosotros tomándolo á fiesta y tarasca; que venga el hijo de Latona, que venga; él nos conocerá y nosotros le adoraremos como hijos obedientes suyos.

— Medrados estamos, dijo Mercurio, con lo que nos salen ahora estos malditos. Si es imposible que no se hayan desatado del infierno para darnos guerra. ¿Se habrá visto tal invención? Pero yo les juro por la asquerosa Estigia que no se han de reir de mí; no, sino haceos de miel y paparos han moscas; para ellos no sirven razones; lo que no les duele, no les persuade, pues que la paguen, mal haya su casta, que la paguen, y acabeos de una vez con ellos».

Dicho esto, se metió entre los suyos; repi-

tió las órdenes; previno los acasos, y sin que diers la señal de combatir el estruendo de trompetas ni atambores, se comenzó la batalla, poniendo en uso los de Apolo las nuevas armas de que se habían prevenido.

Llovían librotos sobre los literatos intrusos, unos viejos, sucios y despilfarrados, y nuevecitos y en pasta, y en papel de Holanda, y con láminas y elogios ultramontanos, y notas y animadversiones. Esta descarga desordenó las primeras filas enemigas, no sin pérdida de sus gentes, pues aseguran algunos sujetos fidedignos, apoyados en relaciones auténticas, que pasaron de veinte los que cayeron derrengados, cinco tuertos, descalabrados nueve, y trece ó catorce contusionados ó aturdidos.

Con esta pérdida se notó algún desfallecimiento en aquellas tropas, y nuevo espíritu en los de Apolo, que no dudaban ya combatir cuerpo á cuerpo para concluir de una vez aquella empresa; bien que los jefes procuraban contenerlos, conociendo cuán cerca está de ser temeridad el valor, si la prudencia y el arte no le dirigen.

Pero á este tiempo ocurrió un accidente que puso á los de la escalera en grave peligro de perderse; porque acabada que fué la primera descarga, vieron venir de retorno por el aire el tenebroso *Macabeo de Silveira*, que arrojado de robusta mano parecía una bala de cañón según el ímpetu que traía; hirió de paso, aunque levemente, á Luis Barahona de Soto; y volviendo de rebote dió tal golpe en el pecho al tierno Garcilasg,

que sin ser poderoso á resistirle, cayó atur-  
dido sobre las gradas, y tuvieron que reti-  
rarle inmediatamente.

Lupercio de Argensola, que se hallaba cer-  
ca, lleno de indignación y dolor por la des-  
gracia de su dulce Laso, agarró seis ó siete  
tomos que vió á sus pies, y con no vista  
fuerza los lanzó al enemigo. No bien llega-  
ron allá los *Comentarios de Góngora*, que está  
era la gracia de los tales volúmenes, cuando  
se conoció el horrible estrago que habían he-  
cho en el corno izquierdo de los contrarios;  
lo que advertido por los de Apolo, se ade-  
lantaron algunos á querer seguir hacia aque-  
lla parte la derrota; pero así que se alejaron  
de los demás, se vieron rodeados de enem-  
igos y cortado el paso á la escalera: dieron  
y recibieron golpes crueles, y con no poco  
trabajo pudieron volverse á incorporar en  
sus líneas, sufriendo mucho en la retirada,  
que tuvo todas las apariencias de fuga.

Ercilla mandó á Cristóbal de Virués que  
pasase á gobernar el ala derecha, y reme-  
diando con prontitud el desorden, prosiguió  
el combate. Mercurio, sostenido en sus bor-  
ceguías, observaba desde allá arriba lo que  
pasaba en ambos ejércitos; y vió que del  
contrario se retiraban muchos hacia el patio  
asaz dolientes y mal heridos; otros se ocupa-  
ban en conducir á algunos á quienes ya se  
les iba introduciendo la forma cadavérica  
por las narices adelante; y otros muy dili-  
gentes ejercitaban su caridad é inteligencia  
médica en dar alivio á los lastimados. Lim-  
piábanles las heridas, les apretaban los chi-

chones con cuartos segovianos, colocaban  
por su orden los dientes y muelas que ha-  
bían perdido su primer asiento, y usaban  
varios remedios, ni muy costosos ni muy  
eficaces, que se reducían á gran cantidad  
de telas de araña, pegotes de lodo y de pan  
mascado, yeso, tabaco, pedacitos de oblea,  
saliva, orines y buenas razones.

Observando esto, partió hacia la escalera  
para dar aviso y ordenar lo que convenía;  
preguntó por su hermano, y le dijeron que  
había desaparecido con las Musas y todas las  
demás mujeres. Esta fuga dió que sospechar  
á Mercurio; pero á breve rato quedó satisfe-  
cho de la inocentísima conducta de Apolo;  
porque uno de los poetas que había ido á  
rebusca de libros vino diciendo que en la  
cocina se estaba guisando una gran porción  
de mistos, y que el dios imberbe tenía reco-  
gidas tantas y tales armas, que si llegaba el  
caso de poder encarrilar al patio á los pe-  
dantes, era indubitable sus destrucción.

«Que me place, dijo Mercurio; y ahora  
mismo se ha de hacer el último esfuerzo  
para conseguirlo: Mendoza, que manda el  
ala izquierda, sostenido por el conde de Re-  
bolledo, avanzará á viva fuerza sobre la  
opuesta de los enemigos á fin de amontonar-  
los por aquella parte, y marchará en buen  
orden siempre hacia el patio, describiendo  
un cuarto de círculo, para que en llegando-  
los á sacar del portal, se les vuelva á pre-  
sentar por frente toda la línea. Mientras esto  
se verifica, el centro y el ala derecha se  
matendrán sobre la defensiva, y avanzarán

ó se detendrán según vieren que el ala izquierda se detiene ó avanza.

Así se empezó á ejecutar, cargando Don Diego de Mendoza y Rebollo de la derecha de los enemigos, que los recibieron sin mostrar flaqueza ni temor; y como ya la refriega no era de burlillas, sino muy á toca ropa, no dejaron de padecer bastante algunos de los de Apolo. Bartolomé Leonardo cayó al suelo sin sentido de un golpe que le dieron con los *Reyes nuevos* del famoso Lozano; Quevedo, que aunque ya estaba herido quiso volver á hallarse en la lid, tuvo que retirarse más que de prisa con la cabeza llena de tolondrones, y un arañazo en el rostro que le hacía derramar no poca sangre; y el mismo Mendoza, aunque peleaba valerosamente, no dejaba de resentirse de un fatigado que le había saecido en la pierna izquierda un poetilla ridículo, autor de siete comedias góticas, todas aplaudidas en el teatro, todas detestables á no poder más, y todas impresas por suscripción, con dedicatoria y prólogo.

Pero á pesar de estos accidentes inevitables, vió Mercurio la ventaja que llevaban los suyos; y pareciéndole ocasión, hizo una señal, que al observarla D. Alonso de Ercilla gritó en alta voz: «*Hijos, ya es tiempo; descarga, y al patio*».

Corrió la orden, y al repetir la línea «*descarga, y al patio*», comenzó á caer tal granizo de libros sobre los pedantes, que desde luego los menos locos reconocieron ser inevitable su ruina.

Y cómo la podrían evitar, si al rumor confuso de los alaridos, al estremecimiento horrible que causaba en los postes del portalón la batería incesante de libros, parecía que el palacio y el cielo mismo se desplomaban sobre aquella gente? Allí volaban á docenas, á cientos, enormes cuerpos de medicina bañados en sangre; allí las historias sacro-profanas de imágenes aparecidas; allí tomos gigantescos de filosofía, esparciendo el hedor del ya vacilante peripato, se rompan en el aire contra otros no menos disformes de sermonarios, crónicas de religiones, y disputas ridículas, en las que se vela embrollada hasta el último punto la más breve, la más clara, la más santa de todas las doctrinas, y unos y otros caían después con espantoso estruendo, aplastando cuanto debajo de sí encontraban; allí, entre los pesados é indigestos genealogistas, cruzaban los comentadores, glosadores é intérpretes del derecho, con sus tratados, autoridades y escollos llenos de obscuridad y confusión babilónica; y allí, por último, salieron á volar las producciones del ingenio, las fatigas deliciosas de los humanistas y poetas. Las coplas del célebre *León Marchante*, dulce estudio de los bárberos; las del cura de Fruime. Gerardo Lobo, la madre Ceo, Boscán y Garcilaso á lo divino, Jacinto Polo, Cáncer, Benegasí, Villamediana, Bocángel, Tafalla, Zavaleta, Montoro y Salas Barbadillo, con el *Arte de Gracián*, y las comedias, silvas y romances de Henríquez Gómez; allí el *Don Quijote de Avellaneda* hizo oficio de

bala, habiendo antes servido de pelota en los infiernos; y las comedias de Cervantes revoloteaban también con risa de su autor inmortal, y á pesar del erudito y agrio Nasarre. Siguiéron á éstas las de D. Tomás de Añorbe y Corregel, con su miserable *Paulino* entre ellas; las de Bazo, Cuadrado, Guerrero, Sedano, Ibáñez, y las de muchos de los que tan dignamente les han sucedido en el abasto del teatro. Pero luego cayeron sobre los enemigos con mayor violencia las dos *Carólas*, *Carlos famoso*, la *Hesperoïda*, las traducciones de *Ariosto*, el *Poema de San Rafael*, la *Mexicana* de Gabriel Lazo, la *Conquista de Sevilla* en cuartetos, el *César africano*, la *Nueva Méjico* de Villagrán, la *Argentina de Centenera*, *Sagunto* y *Carlago*, el *Alfonso*, el *Nuevo Mundo*, la *Iler nandia*, los *Amantes de Teruel* del insipidísimo Juan de Yagüe, y el más que todos ellos fastidioso poema de los *Interventores de las cosas*; siguiendo á este también la espesa metralla de misceláneas, novelas, famas póstumas, justas poéticas, coronaciones, entradas, beatificaciones, loas, certámenes de escuela, autos sacramentales, autos al nacimiento, funerales, villancicos, motetes, follas, y una pestilente multitud de tonadillas modernas, bien frías, bien necias, bien escandalosas y despreciables.

No hubo resistencia: los eruditos huyeron al patio, no hallando salida por otra parte; y Mercurio, alegre en extremo de ver ya logradas sus ideas, comenzó á revolver sobre ellos como un milano hambriento

encima de la miserable turba de polluelos tímidos.

Parecióle ser ya tiempo oportuno de poner en práctica una picardía que tenía consultada con Apolo, y se había aprobado de común acuerdo; para lo cual, dirigiendo su discurso á los pedantes, que hallándose encerrados en el patio peleaban desesperados por salir de él, les dijo de esta manera:

«Señores eruditos, ya me parece que es tontería tanto chillar, tanto berrear, tanto embestirse, retirarse, dar y recibir gaznatazos y mojicones, que hace dos horas largas de talle que estamos con esta misma canción, y hasta ahora nada bueno se ha conseguido. Yo no sé ciertamente dónde se habrá visto estarse aporreando de esa manera, sin qué ni para qué. ¡Y entre literatos! ¡entre humanistas! ¡entre poetas, gente de suyo muelle y regalona, y dada á la quietud y al regodeo! ¡Y por qué? Si fuera decir había motivos para ello, vaya en gracia; pero si todo el caso viene á reducirse á una friolera que no vale un pito; si el asunto no es más, según he llegado á entender, que venir á presentar un memorial, en que no se piden ningunos disparates, ¿quién se persuadirá que esto haya sido causa de tan furiosa tremolina? El daño estuvo, señores prebendados, en que no habiendo querido vuesaercedes enviar un diputado á mi hermano, para que en nombre de todos le dijese vuestra solicitud, me vi en la precisión de llevar el primero que me vino á las uñas; pero éste, por desgracia vuestra, nos salió tan

ruin criatura, tan presumido y fastidioso, que habiendo enojado á mi hermano, os le hubimos de volver de la manera que ya visteis.

«Yo, la verdad sea dicha, no gusto ni he gustado nunca de estas pelamelas, y mucho menos entre gentes de suposición y buena crianza; he hablado á Apolo, y convencido de mis razones á favor vuestro, dice que siempre que se le pidiera una cosa justa y con el buen modito que corresponde, no es ningún vinagre que se hubiera de negar á complaceros: así que, señores míos, lo que debéis hacer es esto, y sin tardanza, antes que mi hermano determine otra cosa. Escoged entre vosotros el más ducho, el más idóneo para el caso, un hombre bien nacido y de carácter, que no sea ningún chisgarabís, sino un erudito de representación, conocido ya de mi hermano por la excelencia de sus obras, que tenga en su favor el buen concepto de todos vosotros, y la general estimación del público. Este se encargará de vuestra presentación; y perdería yo una oreja, y aun las dos que tengo, si escogiéndole, y enviándole, y hablando él, y respondiéndole Apolo, no volviese muy presto con la noticia de haberos otorgado cuanto queráis pedirle. Y esto se hace con paz y quietud, como buenos hermanos, sin andarse en más puerca es ella, ni quién es él, ni primero soy yo, ni otras niñerías que en vez de adelantar algo, pondrán de peor condición el asunto; con que así, no hay sino hacer lo que os digo, y manos á la elección, que se pasa el tiempo».

Esta zalagarda surtió todo el efecto deseado; porque empezando á disputar entre ellos, quién debía ser el elegido, todos querían para sí aquel honor, repetían las palabras de Mercurio en que pedía un literato de representación, idóneo, bien nacido, estimado de los inteligentes. Y ¿quién era entre ellos el que no se juzgaba más idóneo, más ilustre, más benemérito que todos los otros juntos? De esta presunción nació su ruina. Empelagáronse unos con otros; cada cual se alababa á sí propio con admirable satisfacción y engreimiento; oíanse pullas, y desvergüenzas, y dicerios sin número; salieron á plaza las faltas más ocultas; y últimamente, pasando la cólera de la lengua á los puños, comenzaron la más desesperada refriega que jamás se ha visto.

Allí se manifestó cuán poco duran unidos aquellos que amontona el delito ó el error, y que sólo entre los que siguen el recto camino, ya de la virtud, ya de la sabiduría, puede hallarse durable paz y amistad verdadera. Era de ver la obstinación con que peleaban: ni pensaban en otra cosa que en destruirse enteramente, por conservar cada cual la opinión de docto y único en su línea; y esto lo probaban con golpes crueles, firándose al degüello, como gente desesperada que sólo aspira á morir matando.

Mercurio se descalzaba de risa al ver lo-grada su maldita intención, y advirtiendo que Apolo con toda la gente de casa ocupaba ya las ventanas y galerías del patio, trató con él que se pusieran en uso las armas

prevenidas, para dar gloriosa cima y remato á aquella aventura.

Así se dispuso, y cuando todavía proseguían los literatos en hacerse añicos, comenzaron á bajar con ruido espantable infinitos muebles y utensilios que hicieron efectos de artillería, bombas y catapultas: tiraban los de arriba á los de abajo, para ponerlos en paz, mesas, fregaderos, cofres, tajos, sillas, barreños, armarios, platos, cantarillas, y todo género de vasijas: las Musas, las señoras Musas, llenas de colerilla y deseos de venganza, eran las más diligentes en procurar la destrucción de la infeliz gavilla de los autorcillos. Ellos, viendo encima de sí aquella tempestad, corrían desatinados de una á otra parte sin poder valerse; pero cayó segundo diluvio que los puso en mayor conflicto. Comenzaron á tirarles grandes ollas de agua hirviendo, espuelas de ceniza, basura, cantos, tronchos, arena de fregar, tejas, ladrillos, leños encendidos, agua fuerte, polvos de juanes, pajuelas ardiendo, aceite frito, trementina caliente, pez y rescoldo. No era fácil resistir á tan horrible fuerza: dieron á huir hacia la puerta, pues la necesidad no permitía otra cosa; el ejército de Apolo se abrió en dos columnas para que dejándoles la salida libre y asegurado el palacio, se les pudiese cargar después en la retirada; y así que los vieron fuera, salieron detrás el conde de Rebolledo y D. Diego de Mendoza con una partida ligera á seguir el alcance, y otros cuerpos pequeños se iban apostando por todos los caminos y sendas

del Parnaso, que absolutamente ignoraban los enemigos.

En estas y estotras ya era de noche: la obscuridad, el cansancio, los golpes recibidos, el miedo, la prisa que llevaban, y sobre todo, el no tener conocimiento alguno del terreno por donde iban, eran todas circunstancias fatales que aumentaban la desgracia de los fugitivos.

Mercurio y los suyos les decían que se rindiesen, como algunos de ellos lo habían hecho (incluso el embajador tuerto, que le acababan de sacar medio descaderado de una zanja), porque si adelante seguían, perderían todos sin remedio. Pero si, ya estaban ellos en estado de venirse á buenas: correr que te correrás como galgos, saltar peñascos, atrabancar malezas, y no dar oídos á cuanto les decían: esto fué lo que hicieron, hasta que llegándose á encarrilar la mayor parte de ellos por unas breñas escarpadas y altísimas, á breve rato comenzaron á rodar por ellas agarrados unos á otros, y dando aullidos se precipitaron en una gran laguna, que está al pie de aquellos peñascos, y se forma de las vertientes de Castalia.

Los pocos que andaban descarriados por varios andurriales libraron mejor, porque cayeron en manos de los de Apolo: recibieron todo agasajo y buena asistencia; se les cataron las heridas, y fueron tratados con más amor que su ignorancia y soberbia merecieron.

Apolo, Mercurio, las Musas, los poetas buenos, y todos los de casa no se hartaban

de dar gracias al cielo por tan feliz victoria; despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo día; y en ocho que duraron las fiestas quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate ascendió á más de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Después de pasado el turbión de visitas y ephorabuenas, se trató de lo que convenría hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y León se encargaron de examinarlos separadamente, para ver á cuántas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, después de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su ración de pan, queso y pasas, y á los más contitos, por vía de ayuda de costa, repartieron las caritativas Musas de propio caudal unos enantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre y tan sabios como su madre los parió.

## POESÍAS SUELTAS

### LECCIÓN POÉTICA

SATIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS  
EN LA POESÍA CASTELLANA

Apenas, Fabio, lo que dices creo,  
Y leyendo tu carta cada día,  
Más me confunde cuanto más la leo.

¿Piensas que esto que llaman poesía,  
Cuyos primores se encarecen tanto,  
Es cosa de juguete ó fruslería?

¿Ó que puede adquirirse el numen santo  
Del dios de Delo á modo de escalada,  
Ó por combinación ó por encanto?

Si en las escuelas no aprendiste nada,  
Si en poder de aquel dómine pedante  
Tu banda siempre fué la desgraciada,

¿Por qué seguir procuras adelante?  
Un arado, una azada, un escardillo  
Para quien eres tú fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:  
Las verdades te amargan, ya lo advierto,  
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz; que es desacierto  
Desengañar al que el error desea:  
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Digote, en fin, que es admirable idea

de dar gracias al cielo por tan feliz victoria; despacháronse extraordinarios á todas partes con aviso de lo ocurrido en aquel tremendo día; y en ocho que duraron las fiestas quedó Timbreo casi pereciendo, porque el gasto de bollos, bizcochos, conservas, bebidas heladas y chocolate ascendió á más de lo que puede sufrir el bolsillo de un dios que protege la buena poesía.

Después de pasado el turbión de visitas y ephorabuenas, se trató de lo que convenría hacer con los vencidos. Cascales, Cervantes y León se encargaron de examinarlos separadamente, para ver á cuántas estaban de locura; y en vista del informe que presentaron estos jueces, se mandó que algunos de ellos, después de habérseles dado una buena reprimenda, se restituyesen á sus casas, con pasaporte para todos los registros del Parnaso, y sendas cestillas en que se les puso su ración de pan, queso y pasas, y á los más contitos, por vía de ayuda de costa, repartieron las caritativas Musas de propio caudal unos enantos maravedises.

A los restantes (incluso el tuerto), que á juicio de los examinadores eran incurables, los encerraron en las jaulas de los locos, donde hoy se hallan tan en cueros como siempre y tan sabios como su madre los parió.

## POESÍAS SUELTAS

### LECCIÓN POÉTICA

SATIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS  
EN LA POESÍA CASTELLANA

Apenas, Fabio, lo que dices creo,  
Y leyendo tu carta cada día,  
Más me confunde cuanto más la leo.

¿Piensas que esto que llaman poesía,  
Cuyos primores se encarecen tanto,  
Es cosa de juguete ó fruslería?

¿Ó que puede adquirirse el numen santo  
Del dios de Delo á modo de escalada,  
Ó por combinación ó por encanto?

Si en las escuelas no aprendiste nada,  
Si en poder de aquel dómine pedante  
Tu banda siempre fué la desgraciada,

¿Por qué seguir procuras adelante?  
Un arado, una azada, un escardillo  
Para quien eres tú fuera bastante.

De cólera te pones amarillo:  
Las verdades te amargan, ya lo advierto,  
No quieres consultor franco y sencillo.

Pues hablemos en paz; que es desacierto  
Desengañar al que el error desea:  
Vaya por donde va, derecho ó tuerto.

Digote, en fin, que es admirable idea

En tu edad cana acariciar las Musas,  
Y trepar á la fuente pegasea.  
Pues si el aceite y la labor no excusas,  
Y prosigues intrépido y constante,  
En tí sus gracias lloverán infusas.  
Los conceptillos te andarán delante,  
Versos arrojarás á borbotones,  
Tendrás en el fintero el consonante.  
¡Qué romances harás, y qué canciones!  
¡Y qué asuntos tan lindos me prometo  
Que para tus opúsculos dispones!  
¡Qué gracioso ha de estar, y qué discreto,  
Un soneto al bostezo de Belisa,  
Al resbalón de Inés otro soneto!  
Una dama tendrás, cosa es precisa:  
Bellísima ha de ser, no tiene quite,  
Y llamarásla Filis ó Marfisa.  
Díla que es nieve cuando más te irrita:  
Nieve que todo el corazón te abrasa,  
Y el fuego de tu amor no la derrite.  
Y si tal vez en el afecto escasa,  
*Pronuncia con desdén sonoro hielo* (1);  
Breve disgusto que incomoda y pasa.  
Dirás que el encendido Monjibelo  
De tu pecho, entre llamas y cenizas,  
Corrusca crepitante y llega al cielo.  
Si tu pasión amante solemnizas,  
No olvides redes, lazos y prisiones,  
En donde voluntario te esclavizas.  
Pues si el cabello á celebrar te pones,  
Más que los rayos de Titán hermoso,  
¡Qué mérito hallarás, qué perfecciones!  
Díla que el alma, ajena de reposo,

(1) Quevedo.

*Nada golfos de luz ardiente y pura,  
En crespas tempestad del oro undoso* (1).  
Llama á su frente espléndida llanura,  
Corvo luto sus cejas, ó suaves  
Arcos, que flecha te l'avaron dura.  
Cuando las luces de su Olimpo alabes,  
Apura, por tu vida, en el asunto  
Las travesuras métricas que sabes.  
Di que su cielo, del cenit trasunto,  
Dos soles ostentó por darte en ojos,  
Que si se ponen, quedarás difunto.  
Y al aumentar tu vida sus despojos,  
*Se lava el corazón; y el agua arroja  
Por los tersos balcones de los ojos* (2).  
Y tu amor, que en el llanto se remoja,  
En él se anega, y sufre inusitados  
Males muriendo, y líquida congoja.  
Di que es pensil su vulto de mezclados  
Clavel y azahar, y abeja revolante  
Tú, que libas sus cálices pintados.  
La boca celestial, que enciende amante  
*Relámpagos de risa carmesies* (3),  
Alto asunto al poeta que la cante,  
Hará que en su alabanza desvaríes,  
Llamándola de amor ponzoña breve,  
Ó madreperla hermosa de rubies.  
Al pecho, inquieta desazón de nieve,  
Blanco, porque Cupido el blanco puso  
En él, y en blanco te dejó el alevé.  
Y di que venga un literato al uso,  
Con su Luzán y el viejo Estagirita,

(1) Quevedo.

(2) Gerardo Lobo.

(3) Quevedo.

Llamándote ridiculo y confuso:  
Que yo sabré con férula erudita  
Hacerle que enmudezca arrepentido,  
Por sectario de escuela tan maldita.  
Así también hubiéramos vencido  
El venusto rigor de esa tirana:  
Tigre, de rosa y al heli vestido.  
Mas quiero suponer, que la inhumana.  
Rasgó tus ovillejos y canciones,  
Y todas las tiró por la ventana:  
No importa, así va bien. Luego compones  
Diez ó doce lloronas elegías,  
Llenándola de oprobios y baldones.  
No te puedo prestar ningunas más;  
Pero tres me dará cierto poeta,  
Largas, eternas, y sin arte y frías.  
Dirás que tanto la pasión te aprieta,  
Que mueres infeliz y desdeñado:  
¡Inexorable amor! ¡fatal saeta!  
El cuerpo dejarás al verde prado,  
El alma al cielo de tu dama hermosa,  
Y serás en su olvido sepultado.  
Y en lugar de escribir: «Aquí reposa  
Fabio, que se murió del mal de amores,  
Culpa de una muchacha melindrosa»,  
Detendrás á las ninfas y pastores,  
Para que una razón prolija lean  
De todas tus angustias y dolores.  
Bien que los sabios, si adquirir desean  
Fama y nombre inmortal, no solamente  
En un sujeto su labor emplean.  
Olvida, amigo, esa pasión doliente;  
H rías quejas oyó; que murmuraba  
Con lengua de cristal pícara fuente.  
No siempre el alma ha de gemir esclava:

Déjate ya de celos y rigores,  
Y el grave empeño que elegiste acaba.  
Que ya te ofrecen mil aparadores,  
Transformadas las salas en bodega,  
Espíritus, aceites y licores.  
Suena algazara; cada cual despega  
Un frasco y otro; la embriagada gente  
Empieza á improvisar... ¿Y quién se niega?  
¿Qué vale componer divinamento  
Con largo estudio en retirada estancia,  
Si delirar no sabes de repente?  
Cruzan las copas, y entre la abundancia  
De los brindis alegres de Lico,  
Se espera de tu musa la elegancia.  
Mira á Camilo, desgredado y feo,  
Ronca la voz, la ropa desceñida,  
Lleno de vino y de furor pimpleo,  
Cómo anima el festín, y la avenida  
De coplas suyas con estruendo suena,  
De todos los oyentes aplaudida.  
La quintilla acabó; los vasos llena  
Fiel asistente de licor precioso; \*  
Vuelve á beber, y á desatar la vena.  
«Bomba, bomba», repite el bullicioso  
Concurso, y cuatro décimas vomita  
Con pie forzado el bacanal furioso.  
Y qué ¿tú callarás? ¿Nada te excita  
A mostrar de tu numen la afluencia,  
Cuando la turba improvisante grita?  
¿Temes? Vano temor. La competencia  
No te desmaye, y las profundas tazas  
Desocupa y escurre con frecuencia.  
Ya te miro suspenso, ya adelgazas  
El ingenio, y buscando consonante,  
En hallarle adecuado te embarazas

¿A qué fin? Con medir en un instante,  
Aunque no digan nada, cuatro versos  
Mezclados entre sí, será bastante.

¿Juzgas acaso que saldrán diversos  
De los que dieron á Camilo fama,  
Ó más duros tal vez, ó más perversos?  
No porque alguno Píndaro le llama,  
Oyendo su incesante tarabilla,  
Pienses que numen superior le inflama.

Los muchachos le siguen en cuadrilla,  
Pues su musa pedestre y juguetona  
Es entretenimiento de la villa.

Si arrebatarle quieres la corona,  
Y hacer que calle, escucha mis ideas,  
Y estimarás al doble tu persona.

Chocarrero y bufón quiero que seas,  
Cantor de cascabel y de botarga:  
Verás qué aplauso en Ayapiés granjeas.

Con tal autoridad, luego descarga  
Retruécanos, equívocos, bajezas,  
Y en ellas mezclarás sátira amarga.

Refranes usarás y sutilezas  
En tus versillos, bafonadas frías,  
Y mil profanaciones y torpezas.

Y esta compilación de boberías  
Al público darás, de tomo en tomo,  
Que ansioso comprará lo que le envías.

Porque el ingenio más agreste y romo  
Con obras de esta especie se recrea,  
Como tú con las gracias de Jeromo.

Mas si tu orgullo obscurecer desea  
Al lírico famoso venusino,  
Con quien tu préceptista me marea,

Aparta de sus huellas el camino,  
Huye su estilo atado de pedante,

Que inimitable llaman y divino.

Canta en idioma enfático-crispante  
De las deidades chismes celebrados,  
Sin perdonar la barba del Tonante.

Pinta en Fenicia los alegres prados,  
La niña de Agenor y sus doncellas  
Los nítidos cabellos destrenzados,

Que, dando flores al Abril sus huellas,  
La orilla que de líquido circunda  
Argento Doris, van pisando bellas;

Al motor de la máquina rotunda  
Que enamorado padece entre el armento  
La hierba, de que opaca selva abunda.

La niña al verle, ajena de espavento,  
Orna los cuernos y la espalda preme,  
Sin recelar lascivo tradimento.

Ya los recibe el mar, la virgen treme,  
Y al juveneco los álguidos, undosos  
Piélagos hace duro amor que reme.

Ella, los astros ambos lacrimosos,  
*Reciprocando aspectos cintilantes* (1),  
Prorrumpes en ululatos dolorosos;

Cuyas quejas en torno redundantes,  
*De fébiles ancilas repetidas* (2),  
Los antros duplicaron circunstantes.

Mas Creta ofrece playas extendidas,  
Prónuba al dulce amplexo apetecido,  
Pudicitias inermes ya vencidas.

Huye gozoso amor y agradecido  
Jove, fecunda sóbole promete,  
Que imperio ha de regir muy extendido.

Apolo, antojadizo mozalbeta,

(1) Silveira.

(2) Villamediana.

Asunto digno de tu canto sea,  
Cuando tras Dafne intrépido arremete.

La locura también factorea  
Celebrarás, y el piélago combusto  
Que en flagrantes incendios centellea.

Y muera de livor el Zúlo adusto,  
Al notar de estas obras los primores,  
La dición bella, el delicado gusto;

Al ver llamar estrellas á las flores,  
Líquido plectro á la risueña fuente,  
Y á los jilgueros prados voladores;

Vegetal esmeralda floreciente  
Al fresco valle, y al undoso río  
Sierpe sonora de cristal luciente.

Pero si has de llamarte alumno mío,  
Despreciando de Laso la cultura,  
Con ceño magistral y agrio desvío,

Habla erizada jerigonza obscura  
Y en gálica sintaxis mezcla voces  
De añeja y desusada catadura,

Copiando de las obras que conoces  
Aquella molestísima reata  
De frases y metáforas feroces.

Con ella se confunde y desbarata  
La hispana lengua, rica y elegante,  
Y á Benéngeli el más cerril maltrata.

Cualquiera escritorcillo petulante  
Licencia tiene, sin saber el nuestro,  
De inventar un idioma á su talante,

Que él sólo entiende, y ensartando diestro  
Silabas, ya es autor y gran poeta,  
Y de alumnos estúpidos maestro.

Mas ya te llama el son de la trompeta,  
De nuestros Cides los heroicos hechos,  
Tanta nación á su valor sujeta.

Rompe, amigo, los vínculos estrechos,  
Las duras reglas atropella osado,  
Vencidos sus estorbos y deshechos,

Y el numen lleno de furor sagrado:  
«Canto, dirás, el héroe furibundo,  
A dominar imperios enseñado,

Que dando ley al báratro profundo  
Su fuerte brazo, sujetó invencible  
La dilatada redondez del mundo».

Principio tan altisono y horrible,  
Proposición tan hueca y espantosa,  
Que deje de agradar es imposible.

No como aquel que dijo: *Canta, diosa,*  
*La cólera de Aquiles de Peleo,*  
*A infinitos aquevos dolorosa;*

Porque el estilo inflado y giganteo,  
Dejando á los lectores atronados,  
Causa mudo estupor, llena el deseo.

Dos caminos te ofrezco, practicados  
Ya por algunos admirablemente:  
Escoge, que los dos son extremados.

Sigue la historia religiosamente,  
Y conociendo á la verdad por guía,  
Cosa no has de decir que ella no cuente.

No finjas, no, que es grande picardía:  
Refiere sin doblez lo que ha pasado,  
Con nimiedad escrupulosa y pia.

Y en todo cuanto escribas, ten cuidado  
De no olvidar las fechas y las datas;  
Que así lo debe hacer un hombre honrado.

Si el canto frigidísimo rematas,  
Despedirásle del lector prudente  
Que te sufrió, con expresiones gratas,

Para que de tu libro se contente,  
Y aguarde el fin del lánguido suceso,

De canto en canto el misero paciente.

Mas no imagines, Fabio, que por eso  
Te aplaudirán tus versos desdichados:  
Crítica sufrirán, zorra y proceso.

Dirán que los asuntos adornados  
Con episodios y ficción divina,  
Se ven de tu epopeya desterrados.

Que es una historia insipida y mezquina,  
Sin interés, sin fabula, sin arte;

Que el menos entendido la abomina.

Pero yo sé un ardid para salvarte,  
Dejándolos á todos aturdidos:

Oye, que el nuevo plan voy á explicarte.

Después que entre centellas y estampidos

Feroz descargues tempestad sonora,

Y anuncies hechos ciertos ó fingidos,

Exagera el volcán que te devora,

Que *cenirse del alma no consiente* (1),

E invoca á una deidad tu protectora.

Luego amontonarás confusamente

Cuanto pueda hacinar tu fantasía,

En concebir delirios eminente.

Botánica, blasón, cosmogonia,

Náutica, bellas artes, oratoria,

Y toda la gentil mitología;

Sacra, profana, universal historia,

Y en esto, amigo, no andarás escaso,

Fatigando al lector vista y memoria.

Batallas pintarás á cada paso

Entre despechadísimos guerreros

Que jamás de la vida hicieron caso.

Mandobles ha de haber y golpes fieros,

Tripas colgando, sesos pa' pitantes,

(1) Candamo.

Y muchos derrengados caballeros;

Desaforadas mazas de gigantes,  
Deshechas puentes, armas encantadas,  
Amazonas bellisimas errantes.

A espueñas verterás, á carretadas  
Descripciones de todo lo criado,  
Inútiles, continuas y pesadas.

¡Oh cómo espero que mi alumno amado  
Ha de lucir el singular talento,  
Febo, que á tu pesar ha cultivado!

¡Cuánta aventura, y cuanto encantamiento!

¡Cuántos enamorados campeones!

¡Cuánto jardín y aleazar opulento!

Pondrás los episodios á millones;

Y el héroe miserable no parece,

Que no le encontrarán ni con hurones.

Pero ¿cómo ha de ser, si le acontece

Que un mago en una nube le arrebatá,

Y con él por los aires desaparece?

En un valle obscurísimo remata

El viejo endemoniado su carrera,

Y al huésped á cumplidos le maltrata.

Baja á una gruta inhabitable y fiera,

*Sepulcro de los tiempos que han pasado* (1),

Y le entretiene allí, quiera ó no quiera.

¡Cuánta vasija y unto preparado

Tiene! ¡Cuánto ingrediente venenoso,

Que al triste que lo ve deja admirado!

Allí le enseña en un artificioso

Cristal la descendencia dilatada

Que el nombre suyo ha de ilustrar famoso.

Y mira una ficción muy adecuada:

Pues aunque algún censor la enluparía

(1) Quevedo.

De impertinente, absurda y dislocada,  
Siempre logras con esta fechoría  
El linaje ensalzar de tu Mecenas,  
Que no te faltará, por vida mía.  
Y si tales patrañas son ajenas  
Da su alcurnia, ¿qué importa? Si conviene  
Con Héctor el troyano la encadenas;  
Porque un poeta facultades tiene  
Sin límite ni cotos, escribiendo  
Todo cuanto á la pluma se le viene.  
Pero ya me parece que estoy viendo  
Sobre un carro de fuego remontados  
Los dos amigos que la van corriendo.  
¡Válame Dios, y qué regocijados,  
Gentes, ciudades, reinos populosos  
Examinan, y climas ignorados!  
De Libia los desiertos arenosos,  
El hondo mar que hinchado se alborota,  
Montes nevados, prados olorosos.  
De la septentrional playa remota,  
Al cabo que dobló Vasco de Gama,  
El sabio Tragasmón registra y nota.  
Vuelve después donde la ardiente llama  
Del sol se oculta, al expirar el día,  
Dándole Tetis hospedaje y cama.  
Y en su precipitada correría  
Al huésped volador hace patente  
Cuanto de Europa el ancho mar desvía.  
Muda el auriga hacia el rosado oriente  
El rumbo, y á los reinos de la aurora  
Los lleva el carro de piropo ardiente...  
Pero de un críticón me acuérdo ahora,  
Grave, tenaz, ridiculo, pedante,  
Que vierte hiel su lengua detractora.  
¡Cómo salta de cólera al instante

Con estas invenciones! ¡Cuál blasfema!  
Si se llega á irritar, no hay quien le aguante.  
No quiere que haya encantos ¡linda tema!  
Ni vestiglos, ni estatuas habladoras,  
Y el libro en que lo halló, desgarras y quema.  
Si al héroe por acaso le enamoras  
De una beldad que yace encastillada,  
Guardándola un dragón á todas horas,  
Y el caballero de una cuchillada  
Al escamoso eulebrón degüella,  
Mi crítico infernal luego se enfada.  
Ni hay que decirle que la tal doncella  
Es hermana del sabio Malambruno,  
El cual su doncellez así atropella;  
Que á dura cárcel, soledad y ayuno  
Por un chisme no más la ha reducido,  
Sin que sepa sus lástimas ninguno.  
No, señor, nada basta: enfurecido,  
Contra el misero autor se despepita,  
Y en nada el inocente le ha ofendido.  
«¡Abundancia infeliz! ¡vena maldita!»  
Dice en horrenda voz que impetuosa  
Como turbión raudal se precipita.  
El gusto y la razón, en verso, en prosa,  
La invención rectifiquen; que sin esto  
Jamás se acertará ninguna cosa.  
Mi patria llora el ejemplar funesto:  
Su teatro en errores sepultado,  
A la verdad y á la belleza opuesto,  
Muestra lo que produce el estragado  
Talento que sin luz se descamina,  
De la docta lección abandonado.  
Nuevo rumbo signió, nueva doctrina  
La hispana musa, y desdeñó arrogante  
La humilde sencillez griega y latina.

Dió á la comedia estilo retumbante,  
Figurado, sutil ó tenebroso,  
De la debida propiedad distante.  
Halló en la escena el vulgo clamoroso  
Pintadas y aplaudidas las acciones  
A que le inclina su vivir vicioso.  
Y en vez de dar un freno á sus pasiones  
En la enseñanza de verdades puras,  
Mezcladas entre honestas invenciones,  
Oye solo mentiras y locuras,  
Celebra y paga enormes desaciertos,  
Y de juicio y moral se queda á oscuras.  
¡Qué es ver saltar entre hacinados muertos,  
Hecha la escena campo de batalla,  
A un paladín, enderezando tuertos!  
¡Qué es ver, cubierta de loriga y malla,  
Blandir el asta á una mujer guerrera,  
Y hacer estragos en la infiel canalla!  
A cada instante hay duelos y quimeras,  
Sueños terribles que se ven cumplidos,  
Fatídico puñal, fantasma fiera,  
Desfloradas princesas, aturdidos  
Enamorados, rondada, galanteo,  
Jardín, escala y celos repetidos;  
Esclava fiel, astuta en el empleo  
De enredar una trama delinciente,  
Y conducir amantes al carreo.  
Allí se ven salir confusamente  
Damas, emperadores, cardenales,  
Y algún bufón pesado é insolente.  
Y aunque son á su estado designales,  
Con todos trata, le celebran todos,  
Y se mezcla en asuntos principales.  
Allí se ven nuestros abuelos godos,  
Sus costumbres, su heroica bizarría,

Desfiguradas de diversos modos.  
Todo arrogancia y falsa valentía:  
Todos jaques, ninguno caballero,  
Como mi patria los miró algún día.  
No es más que un mentecato pendenciero  
El gran Cortés, y el hijo de Jimena  
Un baladrón de charpas y jifero.  
Cinco siglos y más, y una docena  
De acciones junta el numen ignorante  
Que á tanto delirar se desenfrena.  
Ya veis los muros de Florencia ó Gante;  
Ya el son del pito los transforma al punto  
En los desiertos que corona Atlante.  
Luego aparece amontonado y junto  
(Así lo quiere mágico embolismo)  
Dublín y Atenas, Menfis y Sagunto.  
Pero ¿qué mucho, si en el drama mismo  
Se ven patentes las eternas penas,  
Y el ignorado centro del abismo,  
Las llamas, pinchos, garfios y cadenas,  
Repitándose misero lamento  
Por las estancias de dolores llenas?  
«¡Oh qué abominación!» Dice el sangriento  
Censor injusto; y dando manotadas,  
Se levanta furioso del asiento.  
Estas críticas, Fabio, son dictadas  
Por envidia y no más, si bien lo miras,  
Y no deben de ti ser escuchadas.  
Las que repasas sin cesar y admiras  
Insignes obras, á pesar de ingratos,  
Te llevarán al término á que aspiras.  
Más te prometo: los alegres ratos  
Que te visite el apolíneo coro  
No los has de vender nada baratos.  
Pues, aunque el tema popular no ignoro,

De que Cintio corona á los poetas  
De verde lauro, y no de perlas y oro,  
Las más descabelladas é indiscretas  
Farsas te llenarán de patacones  
Los desollados cofres y gavetas.

Sí, Fabio, las obrillas que dispones  
Las hemos de vender todas al peso;  
Y algo me tocará por mis lecciones.

Tu vena redundante hasta el exceso,  
Que no conoce reglas ni camino,  
Es lo que se requiere para eso.

Suelta toda la presa del molino:  
Haz comedias sin número, te ruego,  
Y vaya en cada frase un desatino.

Escribe dos, luego siete, y luego  
Imprime quince, y trama diez y nueve,  
Y á tu musa venal no des sosiego.

Harás que horrendos fabulones lleve  
Cada comedia y... casos prodigiosos;  
Que así el humano corazón se mueve.

Salga el carro del sol, y los fogosos  
Flegón y Etonte; salga Citeréa  
Mayando en estribillos enfadosos.

Diversa acción cada jornada sea  
Con su galán, su dama, y un criado  
Que en dislates insípidos se emplea.

Echa vanos escrúpulos á un lado,  
Llena de anacronismos y mentiras  
El suceso que nadie habrá ignorado.

Y si agradar al auditorio aspiras,  
Y que sonando alegres risotadas  
El te celebre cuando tú deliras,

Del muro arrojen á las estacadas  
Moros de paja, si el asalto ordenas  
Y en ellos el gracioso dé lanzadas.

Si del todo la pluma desenfrenas,  
Date á la magia, forja encantamientos,  
Y salgan los diablillos á docenas.

Aquí un palacio vuela por los vientos,  
Allí un vejete se transforme en rana:  
Todo asombro ha de ser, todo portentos.

De la historia oriental, griega y romana  
Copiarás los varones celebrados,  
Que el pueblo admitirá de buena gana.

Héctor, Ciro, Catón, y los soldados  
Fuertes de Aníbal, con su jefe adusto,  
Todos los pintarás enamorados.

Verás qué diversión, verás qué gusto,  
Cuando lloren de Fátima el desvío  
Tarif ó Muza ó Alcámán rebusto,

Que ciegos de amoroso desvario,  
La llaman en octavas y en tercetos  
Mi bien, mi vida, encanto dulce mío.

Tus galanes serán todos discretos;  
Y la dama, no menos bachillera,  
Metáforas derrame y epítetos.

¡Qué gracia, verla hablar como si fuera  
Un doctor *in utroque!* Ciertamente  
Que esto es un pasmo, es una borrachera.

Ni busques lo moral y lo decente  
Para tus dramas, ni tras de ello sudas;  
Que allí todo se pasa y se consiente.

Todo se destigura, no lo dudes:  
Allí es heroicidad la altanería,  
Y las debilidades son virtudes.

Y lo que Poncio alguna vez decía,  
De que el pudor se ofende y el recato...  
Pero ¡qué! si es aquella su manía.

Mil lances ha de haber por un retrato,  
Una banda, una joya, un ramillete;

Con lo de infiel, traidor, alevé, ingrato.  
La dama ha de esconder en su retrato  
A dos ó tres galanes rondadores,  
Preciado cada cual de matasiete.  
Riñen, y saltan por los corredores  
El uno de ellos al jardín vecino,  
Y encuentra allí peligros no menores,  
El padre, oyendo cuchilladas, vino;  
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,  
Traga el enredo que Chichón previno.  
Pero un primo frenético y celoso  
Lo vuelve á trabucar de tal manera,  
Que el viejo está de cólera furioso.  
Salen todos los yernos allí fuera:  
La dama escoge el suyo, y la segunda  
Se casa de rondón con un cualquiera.  
¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,  
La que tales primores recopila,  
Y en lances tan recónditos abunda!  
Esto debes hacer, esto se estila;  
Y váyase Terencio á los orates,  
Con Baquis, Menedemo y Antifila;  
Que por él y otros pocos botarates,  
Cobra la osada juventud espanto,  
Y se malogran furibundos vates.  
Tu, dichoso mortal, prepara en tanto,  
Para ser celeberrimo poeta,  
El numen y las silabas al canto.  
La citara sonante, la trompeta,  
Y la cómica máscara bufona,  
Llena de variedad y chanzoneta,  
Te alzarán á la cumbre de Helicon,  
Donde cercado de las nueve hermanas,  
Luces despide el hijo de Latona.  
Mas cuando con sus manos soberanas

De laurel te corone, ten sabido,  
Fábilo, á quién debes el honor que ganas,  
Y agradácelo á mi, que te he instruído.

— — —  
EPISTOLAS  
—

I

Á D. SIMÓN RODRIGO LASO

Rector del Colegio de San Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,  
Es poco breve, di, que el hombre deba  
¿Su fin apresurar? O los que al mundo  
Naturaleza dió males crueles  
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen  
Con que aspiramos á acrecer la suma?  
¿Ves afanarse en modos mil buscando  
Riquezas, fama, autoridad y honores,  
La humana multitud ciega y perdida?  
Oye el lamento universal. Ninguno  
Verás que á la Deidad con atrevidas  
Votos no canse, y otra suerte envidie.  
Todos, desde la choza mal cubierta  
De rudos troncos, al robusto alcázar  
De los tiranos, donde suena el bronce,  
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso  
Todos lo son: que de un afecto en otro,  
De una esperanza y otra y mil creídos,

Con lo de infiel, traidor, alevé, ingrato.  
La dama ha de esconder en su retrato  
A dos ó tres galanes rondadores,  
Preciado cada cual de matasiete.  
Riñen, y saltan por los corredores  
El uno de ellos al jardín vecino,  
Y encuentra allí peligros no menores,  
El padre, oyendo cuchilladas, vino;  
Y aunque es un tanto cuanto malicioso,  
Traga el enredo que Chichón previno.  
Pero un primo frenético y celoso  
Lo vuelve á trabucar de tal manera,  
Que el viejo está de cólera furioso.  
Salen todos los yernos allí fuera:  
La dama escoge el suyo, y la segunda  
Se casa de rondón con un cualquiera.  
¡Oh vena sin igual, rara y fecunda,  
La que tales primores recopila,  
Y en lances tan recónditos abunda!  
Esto debes hacer, esto se estila;  
Y váyase Terencio á los orates,  
Con Baquis, Menedemo y Antifila;  
Que por él y otros pocos botarates,  
Cobra la osada juventud espanto,  
Y se malogran furibundos vates.  
Tu, dichoso mortal, prepara en tanto,  
Para ser celeberrimo poeta,  
El numen y las silabas al canto.  
La citara sonante, la trompeta,  
Y la cómica máscara bufona,  
Llena de variedad y chanzoneta,  
Te alzarán á la cumbre de Helicón,  
Donde cercado de las nueve hermanas,  
Luces despide el hijo de Latona.  
Mas cuando con sus manos soberanas

De laurel te corone, ten sabido,  
Fábilo, á quién debes el honor que ganas,  
Y agrádecélo á mi, que te he instruído.

— — —  
EPISTOLAS  
—

I

Á D. SIMÓN RODRIGO LASO

Rector del Colegio de San Clemente de Bolonia.

Laso, el instante que llamamos vida,  
Es poco breve, di, que el hombre deba  
¿Su fin apresurar? O los que al mundo  
Naturaleza dió males crueles  
¿Tan pocos fueron, que el error disculpen  
Con que aspiramos á acrecer la suma?  
¿Ves afanarse en modos mil buscando  
Riquezas, fama, autoridad y honores,  
La humana multitud ciega y perdida?  
Oye el lamento universal. Ninguno  
Verás que á la Deidad con atrevidas  
Votos no canse, y otra suerte envidie.  
Todos, desde la choza mal cubierta  
De rudos troncos, al robusto alcázar  
De los tiranos, donde suena el bronce,  
Infelices se llaman. ¡Ay! y acaso  
Todos lo son: que de un afecto en otro,  
De una esperanza y otra y mil creídos,

Hallan, huyendo el bien, fatiga y muerte.  
Así buscando el navegante asturo  
La playa austral que en vano solicita,  
Si ve, muriendo el sol, nube distante,  
Allá dirige las hinchadas lonas  
Su error conoce al fin; pero distingue  
Monte de hielo entre la niebla oscura,  
Y á esperar vuelve, y otra vez se engaña;  
Hasta que horrible tempestad le cerca,  
Braman las ondas, y aquilón sañudo  
El frágil leño en remolinos hunde,  
O yerto escollo de coral le rompe.  
La paz del corazón, única y sola  
Delicia del mortal, no la consigue,  
Sin que el furor de su ambición reprima,  
Sin que del vicio la coyunda logre  
Intrépido romper. Ni hallarle espere  
En la estrechez de sórdida pobreza,  
Que las pálidas fiebres acompañan,  
La desesperación y los delitos,  
Ni los metales que á mi rey tributa  
Lima opulenta poseyendo. El vulgo  
Vano, sin luz, de la fortuna adora  
El ídolo engañoso: la prudente  
Moderación es la virtud del sabio.  
Feliz aquel que en áurea medianía,  
Ambos extremos evitando, abraza  
Ignorada quietud. Ni el bien ajeno  
Su paz turbó, ni de insolente orgullo  
Las iras teme, ni el favor procura:  
Suena en su labio la verdad, detesta  
Al vicio, aunque del orbe el ceño empuñe,  
Y envilecida multitud le adore.  
Libre, inocente, obscuro, alegre vive,  
A nadie superior, de nadie esclavo.

Pero ¡cuál frenesi la mente ocupa  
Del hombre, y llena su existencia breve  
De angustias y dolor? Tú, si en las horas  
De largo estudio el corazón humano  
Supiste conocer, ó en los famosos  
Palacios donde la opulencia habita,  
La astucia y corrupción, ¿hallaste alguno  
De los que el aura del favor sustenta,  
Y martiriza áspera sed de imperio,  
Que un placer gusto, que una vez descansen?  
¿Y cómo burla su esperanza, y postra  
La suerte su ambición! Los sube en alto,  
Para que al suelo con mayor ruina  
Se precipiten. Como en noche oscura  
Centella artificial los aires rompe,  
La plebe admira el esplendor mentido  
De su rápida luz; retumba y muere.  
¿Ves, adornado con diamantes y oro,  
De vestiduras séricas cubierto,  
Y púrpuras del sur que arrastra y pisa,  
Al poderoso audaz? ¿La numerosa  
Turba no ves, que le saluda humilde,  
Ocupando los pórticos sonoros  
De la fábrica inmensa, que olvidado  
De morir, ya decrépito leyanta?  
¡Ayl no le envidies, que en su pecho anidan  
Tristes afanes. La brillante pompa,  
Eslavitud magnífica; los humos  
De adulación servil, las militares  
Puntas que en torno á defenderle asisten,  
Ni los tesoros que avariento oculta,  
Ni cien provincias á su ley sujetas,  
Alivio le darán. Y en vano al sueño  
Invoca en pavorosa y luenga noche,  
Busca reposo en vano, y por las altas

Bóvedas de marfil vuela el suspiro.  
¡Oh tú, del Arlas vagaroso humilde  
Orilla, rica de la mies de Ceres,  
De pámpanos y olivos! ¡Verde prado  
Que pasta mudo el ganadillo errante;  
Aspero monte, opaca selva y fría!  
¿Cuándo será que habitador dichoso  
De cómodo, rural, pequeño albergue,  
Templo de la Amistad y de las Musas,  
Al cielo grato y á los hombres, vea  
En deliciosa paz los años míos  
Volar fugaces? Parca mesa, ameno  
Jardín, de frutos abundantes y flores  
Que yo cultivaré, sonoras aguas  
Que de la altura al valle se deslicen,  
Y lentas formen transparente lago  
A los cisnes de Venus, escondida  
Gruta de musgo y de laurel cubierta,  
Aves canoras, revolando alegres  
Y libres como yo, rumor suave  
Que en torno zumba del panal hibleo,  
Y leves auras espirando olores:  
Esto á mi corazón le basta... Y cuando  
Llegue el silencio de la noche eterna,  
Descansaré, sombra feliz, si algunas  
Lágrimas tristes mi sepulcro bañan.

II

Á D. GASPAR DE JOVELLANOS

Si la pura amistad, que en dulce nudo  
Nuestras almas unió, durable existe,  
Jovino ilustre; y ni la ausencia targa,

Ni la distancia, ni interpuestos montes  
Y proceloso mar que suena ronco,  
De mi memoria apartarán tu idea.  
Duro silencio á mi cariño impuso  
El son de Marte, que suspende ahora  
La paz, la dulce paz. Sé que en obscura,  
Deliciosa quietud, contento vives,  
Siempre animado de incansable celo  
Por el público bien, de las virtudes  
Y del talento protector y amigo.

Estos que formo de primor desnudos,  
No castigados de tu docta lima,  
Fáciles versos, la verdad te anuncien  
De mi constante fe; y el cielo en tanto  
Vuélvame presto la ocasión de verte  
Y renovar en familiar discurso  
Cuanto á mi vista presentó del orbe  
La varia escena. De mi patria orilla  
A las que el Sena turbulento baña,  
Teñido en sangre, del audaz britano  
Dueño del mar al aterido belga,  
Del Rhin profundo á las nevadas cumbres  
Del Apenino, y la que en humo ardiente  
Cubre y ceniza á Nápoles canora,  
Pueblos, naciones visité distintas;  
Útil ciencia adquirí, que nunca enseña  
Docta lección en retirada estancia,  
Que allí no ves la diferencia sumia  
Que el clima, el culto, la opinión, las artes  
Las leyes causan. Hallarásla sólo,  
Si al hombre estudias en el hombre mismo.  
Ya el crudo invierno que aumentó las ondas  
Del Tíber, en sus orillas me detiene,  
De Roma habitador. ¡Fuésemme dado  
Vagar por ella, y de su gloria antigua

Contigo examinar los admirables  
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada  
Resiste, quiso perdonar! Alumno  
Tú de las Musas y las artes bellas,  
Oráculo veraz de la alma historia,  
¡Cuánta doctrina al afluyente labio  
Dieras, y cuántas, inflamado el numen,  
Imágenes sublimes hallarías  
En los destrozos del mayor imperio!  
Cayó la gran ciudad que las naciones  
Más belicosas dominó, y con ella  
Acabó el nombre y el valor latino;  
Y la que osada, desde el Nilo al Betis,  
Sus águilas llevó, prole de Marte,  
Adornado de bárbaros trofeos  
El Capitolio, conduciendo atados  
Al carro de marfil reyes adustos,  
Entre el sonido de torcidas trompas  
Y el ronco aplauso de los anchos foros,  
La que dió leyes á la tierra, horrible  
Noche la cubre, pereció. Ni esperes  
Del antiguo valor hallar señales.

Estos desmoronados edificios,  
Informes masas que el arado rompe,  
Circos un tiempo, alcázares, teatros,  
Termas, soberbios arcos y sepulcros,  
Donde (fama es común) tal vez se escucha  
En el silencio de la sombra triste  
Lamento funeral, la gloria acuerdan  
Del pueblo ilustre de Quirino, y sólo  
Esto conserva á las futuras genies  
La señora del mundo, inclita Roma.  
¿Esto, y no más, de su poder temido,  
De sus artes quedó? Qué, ¿no pudieron  
Ni su virtud, ni su saber, ni unida

Tanta opulencia mitigar del hado  
La ley tremenda, ó dilatar el golpe?  
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden  
Como la débil flor los fuertes muros,  
Si los bronce y púrpuras quebranta,  
Y los destruye, y los sepulta en polvo,  
¿Para quién guarda su tesoro intacto  
El avaro infeliz? ¿A quién promete  
Nombre inmortal la adulación traidora,  
Que la violencia ensalza y los delitos?  
¿Por qué á la tumba presurosa corre  
La humana estirpe, vengativa, airada,  
Envidiosa?... ¿De qué, si cuanto existe  
Y cuanto el hombre ve todo es ruinas?  
Todo: que á no volver huyen las horas  
Precipitadas, y á su fin conducen  
De los altos imperios de la tierra  
El caduco esplendor. Sólo el oculto  
Numen que anima el universo, eterno  
Vive, y él solo es poderoso y grande.

III

Á LA MARQUESA DE VILLAFRANCA

con motivo del nacimiento de su hijo primogénito  
el Conde de Niebla.

Faltó mi anuncio y generoso el cielo,  
Mas que yo pude prevenir, destina  
Felicidades á tu casa ilustre,  
Cuando de tu cariño el digno fruto,  
Señora, al mundo das. Juzgué que vieras  
Tu sexo y gracias repetirse, y toda  
Tu hermosura gentil en la querida

Prenda que dulce ya te mira y ríe.  
¡Oh vana predicción! Mayor cuidado  
Merece al numen que sustenta el orbe  
De los Toledos la prosapia excelsa;  
Premios más altos la virtud merece,  
El tierno y casto amor, la no manchada  
Pureza conyugal. Mira cumplidos  
Los votos ya de tu feliz esposo,  
Y los tuyos también, y los de tantos  
Pueblos que ven en ti señora y madre.  
Ese que aduermes en eburnea cuna,  
Pequeño infante, es un Guzmán; de aquella  
Estirpe clara sucesor, que un día  
Fué de la patria impenetrable escudo,  
Y en su defensa derramó inflexible  
La propia sangre. De Tarifa el alto  
Muro, sitiado de agarenas huestes,  
Supo guardar su generoso abuelo.  
Vió de cadenas sin piedad ceñido  
El joven infeliz, oyó sus voces,  
Y el ruego y llanto de doliente esposa,  
Y supo ser leal. Le ofrece el moro  
Pactos indignos, y amenaza al cuello  
Del inocente, si Guzmán resiste;  
El se descíñe la temida espada,  
La tira al campo, y «Si no quieres, dijo,  
La tuya ensangrentar, esa es la mía».  
¡Oh constancia! ¡Oh valor! Vive, precioso  
Niño, y el claro ejemplo que los tuyos  
Te dan, imita. Vive, si de tanta  
Ilustre acción te ha de inflamar la gloria,  
Que ya del vicio y corrupción infame  
Harto el estrago se difunde y crece.  
La disciplina militar, el celo  
Por el público bien, costumbres puras

Faltaron... Vive; que la patria nuestra  
Honor, virtud, Guzmanes necesita.

IV

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ

dedicándole la comedia de *La Mojigata*.

Esta que me inspiró fácil Taltá  
Moral ficción y aguarda numeroso  
Pueblo que ocupe la española escena,  
Voz adquiriendo, movimiento y formas,  
Hoy te presento con afecto puro  
De gratitud y amor; que en vano aspiró  
Por otra senda á la difícil cumbre  
Subir del Pindo, en vano; y muchas veces  
Lloré burlado el atrevido intento.  
¡Cuántas, pulsando las aónias cuerdas,  
Quise prender con números suaves  
La esquiya hermosa que en silencio adoro,  
Y la voz imitar y la armonía  
Que un tiempo el eco en la horesta verde  
Repetió del Zurguén! Quise, animado  
De más sublime ardor, sonando Clio  
La trompa que marcial ira difunde,  
De España celebrar los altos triunfos,  
Del cuello altivo sacudiendo rota  
La bárbara coyunda; en las arenas  
De Libia ardiente el vencedor vencido;  
Numancia satisfecha en el estrago  
De la soberbia Roma, abandonada  
Al espantoso militar desórden;  
Dueño Cortés del estandarte de oro  
En los valles de Otumba, y á sus plantas

El cetro occidental. <sup>34</sup> ero ofendida  
Culpó mi error la musa de Menandro,  
Y la cítara y flautas pastoriles  
Quitóme airada, y el clarín de Marte.

Sigue, me dijo, por el rumbo solo  
Que te indica mi voz, si honor procuras  
Que á pesar del silencio de la muerte  
Haga tu nombre eterno. Yo amorosa  
Una y mil veces en tu labio infante  
Dulce beso imprimí, y al repetido  
Celeste arrullo que entoné dormías.  
Tú mi delicia y mi cuidado fuiste,  
Y en ti los que vertió propicios dones  
Naturaleza. cultivar me plugo.  
Ya con festiva aclamación sonando  
La patria escena, en su alabanza justa  
Tu gloria afirma, sigue, y en la cumbre  
Del Sagrado Helicón, que Cintio baña  
Con su luz inmortal, las Musas bellas  
De hiedra y lauros te darán corona.  
No te ofenda, señor, si tan humilde  
Tributo te consagro: ¿y cuál sería  
De la grandeza de tu nombre digno?  
Limitado es el don, rico el deseo,  
Y no bastando á más la venta estéril,  
Cuanto puedo te doy. Así postrado  
Ante las aras que levanta rudas,  
Suele el cultor acumular los frutos  
Sencillos de su campo; y los ofrece  
Al alto numen tutelar que adora,  
Y aromas vierte agradecido, y flores.

AL MISMO

Buscando alivio á mi salud endeble,  
Me vine á guarecer en la aspereza  
De estos peñascos, del ardor estivo  
Que hoy enciende á Madrid. Quietud, silencio,  
Paz en el alma, soledad quería,  
Frescura y sombras. Encerré con llave  
Los doctos libros, que el talento ilustran,  
Y el vigor al estómago destruyen.  
Holgarse quisiera, y apenas llevo  
A las orillas que fecunda el Arlas,  
Coronada la sien de humildes juncos,  
Inesperada pesadumbre altera  
Mis honrados propósitos. ¿Adónde  
Sabré ocultarme, si habitando ahora  
Rústico albergue, defendido en torno  
De precipicios y fragosas cumbres,  
Aquí me induce á traducir mi estrella?  
Pero en vano será. Como sucede  
Una vez y otras muchas al cultivado  
Que no tiene comercio, hacienda, casa,  
Ni oficio, ni pensión, ni renta, y vive  
Tranquilo; en tanto que la numerosa  
Turba á quien debe el aire que respira  
Se afana en perseguirle. El escribano  
Le cita, el aguacil le acecha y busca,  
Manda Marquina que sus deudas pague,  
Y no las paga; al soberano acuden,  
Manda que pague, y su pobreza extrema  
Privilegio le da seguro y cierto  
De no pagar jamás. Yo así, fiado

De la ignorancia que padezco y lloro,  
Venerando el precepto que me impone  
Mi generoso protector, me eximo  
De obedecerle. Si entender pudiese  
Lengua que no aprendí, traducieria  
En culta frase de León y Herrera,  
Los garabatos que del norte frío  
Vienen al Tajo mendigando ahora  
Glosa y comentador. O si aspirase  
A conseguir, sin merecerle, el nombre  
De políglota y helenista insigne,  
Amigos tengo, y con ajenas plumas  
Me presentara intrépido y soberbio,  
Y la atquilada erudición pudiera  
Valerme aplauso entre la plebe osada  
De los pedantes, cuya ciencia es solo  
Mentir doctrina, aparentar estudios.

Nunca, señor, de la impostura el arte  
Supe adquirir. Mucho talento anuncia,  
Mucha constancia y dirección prudente,  
El acercarse de Minerva al templo.  
La vida es breve: el límite se ignora  
Que debió á su Hacedor la siempre varia  
Robusta en producir naturaleza.  
Las artes que la imitan, aspirando  
A conseguir la perfección, desisten  
A su vista confusas y cobardes  
Del atrevido intento. Un primer solo,  
Una sola verdad á sus alumnos  
Cuesta prolijo afán, y aquel que logra  
Adelantarse en la difícil vía  
A los que siguen con incierta planta  
El mismo generoso intento, adquiere  
Ilustre honor que en las edades vive.  
Sabio le llama el mundo, porque en una

Ciencia alcanzó lo que anhelaron muchos,  
No porque en ella al término llegase,  
Que inaccesible de los hombres huye.  
Sólo el pedante vocinglero hinchado  
De vanidad y ponzoñosa envidia,  
Todo lo sabe. En el café gobierna  
Los imperios del orbe, y mientras bebe  
Diez copas de licor, sorprende, asalta,  
Gana de Gibraltar el puerto y muro.  
Consultadle, señor, veréis que pronto  
Cubriendo el mar de naves españolas,  
Sin fatiga, sin gasto, á Irlanda ocupa,  
Y los tesoros de Jamaica os pone  
En la calle Mayor. ¿Queréis oírle  
Por tres horas no más? Latin, tudesco,  
Árabe, griego, mejicano y chino,  
Cuantos idiomas hay, cuantos pudiera  
Haber, los sabe. Erudición, historia,  
Náutica, esgrima, metalurgia y leyes:  
En todo es superior, único y solo.  
Poco estima á Mozart; nota con ceño  
Que Cimarosa en tal ó tal motivo  
No estuvo muy feliz. Habla y decide  
En materia de escorzos y contrastes,  
Tonos de luz, degradación de tintas,  
Pliegues y grupos. Convulsión padece  
Con el silabizar de Garellaso,  
Tan delicado tímpano es el suyo!  
Las faltas ve de propiedad y estilo  
En que se deslizo la mal tajada  
Péñola de Cervantes... Vive, insigne  
Honor, y gloria de la edad presente,  
Para instrucción común; esplendorosa  
Lampara, no te apagues. Yo que admiro  
La vasta enciclopédica doctrina

Que ostentas en banquetes clamorosos,  
 No te la sé envidiar, y si consigo  
 Que alguna vez mi rudo verso escuche  
 Aquel que alivia el grave peso á Carlos  
 En la dominación de tanto imperio,  
 A más no aspira mi talento humilde.

VI

AL MISMO

en lenguaje y verso antiguo.

A vos, el apuesto complido garzón,  
 Asmándovos grato la péñola mía,  
 Vos faz omildosa la su cortesía  
 Con metros pulidos vulgares en son;  
 Ca non era suyo latino sermón  
 Trovar, é con ese decírvos loores:  
 Galonges é prestes, que son sabidores,  
 La parla vos fablen de Talio y Marón.

Por ende, si tanto la suerte me da,  
 Magüer que vos diga román paladino,  
 Fiducia me viene que lueñe é vecino  
 La gen acuciosa mi carta verá:  
 E vuezas faciendas que luego dirá  
 Gravedosa estoria por modo sutil,  
 Serán de Castilla mil eras é mil  
 Membranza plaiciente que non finirá.

E tanto merece falagos é amor  
 Aquel que alegroso nos dió bienandanza,  
 E al común conorte la mucha amistanza,  
 Ovo de D. Carlos, el nueño señor.  
 «Sepades, le dijo, buen alcanzador,

Que en todo el mi regno vos fago imperante;  
 A tal que del sceptro dorado, pesante  
 La grave fadiga semeje menor.

Catad que mis fijos demandan de mí  
 De ser aducidos en saneta equidad;  
 A non acuitallos las mientes parád;  
 En algos abonden é pan otrosí;  
 E cuando mis tierras (que tal non creí)  
 Mesnadas de allende osaren correr,  
 Faced á los míos punar é vencer,  
 Ca siempre ganosos de liza los ví.

E ved non fallezcan á tal ocasión  
 Lorigas, paveses é todo lo al,  
 E mucho trotero ardido é leal  
 De los más preciados que en Córdoba son,  
 E fustas con luengo ferrado espolón,  
 Guarnidas de tiros que lancen pelotas;  
 Non cuide aviltarnos, mandando sus flotas  
 Al nueño lindero la escura Albión.

E guay, non aduzga mintrosa la paz  
 Al valor nativo dañinos placeres,  
 Nin seyan sofridos los vanos saberes  
 Que al mundo mancillas le dieron asaz.  
 Allí do pregonan olganza é solaz,  
 Allí rudo vulgo é sandio declina,  
 Divaga sañoso, virtud abomina;  
 Que tanto en él vale locuela sagaz.

Empero non yaga de error circuído;  
 La sciencia le amuestre su puro claror,  
 Non cure atristado ventura mayor,  
 En buen regimiento guardado é punido:  
 Ansí el caballero ruando lucido,  
 Acucia ó detiene la alfana que montz,  
 E parte, al agudo estímulo pronta,  
 O párase dócil el freno sentido».

A tal platicaba la su señoría,  
E cedo el magnate repuso á don Rey:  
«Non fuera nascido de alcuña de ley  
Si al vueso talante non obedescía.  
Solene homenaje fago é pleitesía  
(E dijól tomando la cruz del espada),  
Que sinque la vuesa merced acatada,  
E España recabde su prez é valía».  
De entonce colmalla de bienes cuidó:  
La paz se posara á su lado yocunda,  
La cuita fenescce, de frutos abunda  
El suelo que en sangre la guerra alagó,  
La su dulcedumbre temores quitó  
Del home entorpidó que yaz en tristura,  
E quistó de buenos la su derecha  
Lo fiz, é al inico sañoso aterró.  
E vímosle á guisa de diestro adalid,  
Faciendo reseña la hueste real,  
Mandar sus hileras, é á son de atabal  
Poner á los ojos la marcha é la lid:  
Anst de los muros miró de Madrid  
La plebe agarena venir á cercalla,  
Desnuda tizona, en tren de batalla,  
Al bravo cabdillo que dijeron Cid.  
¡Oh fuérale dado seguir el pendón  
Que bordan castillos, cruces é leones,  
Romper azañoso por los escuadrones  
Barbaros, de sangre teñido el trobón!  
Tímidos fuyeran jinete é peón,  
En llama aburando sus tiendas caídas,  
E á la funerea matanza é feridas,  
Cuidaran que fuese Jacobo el patrón.  
Devédalo empero la pro comunal,  
E del alto alcázar do tiene su silla,  
Segundo en potencia le acata Castilla;

Sotil palaciano, sirviente leal:  
Largosa, por ende, la mano real  
Quisiera abastalle de dones subidos,  
Cual nunca de alguno non fueron habidos.  
Siquier home bueno, siquier principal.

E ved de cuál arte ser quito pensó  
El rey, que sesudo catará sus fechos:  
Ayúntale dende con nudos estrechos  
Al mesmo avolorio de donde nasció;  
E luego é de sí voceros mandó  
Que cedo á la rica Toledo se vayan,  
E aquesa manceba garrida le trayan,  
Fija del infante que Dios perdonó.

La flor de lindeza, donaire é mesura  
En ella se adunan, la bien paresciente:  
De rojos corales su boca riente,  
Sobrando á la nieve su tez en albura,  
La luz de sus ojos espléndida é pura,  
La voz falagosa, gentil su ademán:  
Florinda, la causa del nueso desmán,  
Non ovo tal gesto, nin tal apostura.

¡Oh! vivan entramos en placida unión,  
No nunca empecscida de fado siniestro,  
Seyendo en el siglo criminoso nuestro  
De virtud ecelsa dechado y blasón:  
La fama, doquiera, con alto pregón,  
Su prole ventura perfuclita cante,  
E aquisten ilustre memoria durante  
Su nome, sus fechos, su clara nación.

VII

Á UN MINISTRO

sobre la utilidad de la Historia.

Ya el invierno, de nubes coronado,  
Detuvo en hielos su corriente al río:  
Brama el Bóreas. Felices  
Campos, adiós; y tú, valle sombrío,  
A los placeres del amor sagrado  
Venus hoy te abandona y los amores,  
Y el sol, cercano al capricornio frío,  
De la noche los términos dilata.

No toleremos, no, que voladora  
Así pase la edad, si los mejores  
Instantes que arrebatá  
Negamos del estudio á las tareas.  
Por él, mi dulce amigo,  
La razón conducida  
Recibe del saber altas ideas.  
En la carrera incierta de la vida  
Dirigir puede al hombre, y enemigo  
Del ocio torpe y la ignorancia obscura,  
O le presta consuelo  
En la adversa ocasión, ó le asegura  
El favor de la suerte:  
Justa obediencia, y justo imperio enseña.  
Si á ti benigno el cielo  
Miró al nacer y hoy colma de favores,  
Pues no á las letras proteger desdeña  
Tu mano generosa,  
Ellas su auxilio deben ofrecerte.  
Que no siempre de flores

La senda peligrosa  
De la fortuna encontrarás cubierta;  
Ni el timón abandona el marinero,  
Por mas que el viento igual propicio espire.  
Docta la historia ejemplo verdadero  
A tu razón presente,  
De lo que habrá de ser, en lo que ha sido.  
Mira en ella los pueblos mas famosos  
Que redimen sus fastos del olvido,  
Si políticos ya, si belicosos  
A tanta gloria, á tal poder llegaron;  
Si en ellos se admiraron  
Justicia, humanidad, costumbres puras;  
Si fué de la virtud asilo el trono;  
Si la ignorancia, las venganzas duras,  
El ocio corruptor, el abandono,  
Dieron causa á su estrago.

Ya no existís, naciones poderosas;  
Vuestra gloria acabó. Tiro opulenta,  
Persépolis, y tú, fiera Cartago,  
Enemiga del pueblo de Quirino,  
Ya no existís. Dudoso el caminante  
En hórrido desierto  
Os busca, y el bramido  
De las fieras le aparta. La corriente  
Sigue al Eufrates que tronando suena,  
Y el lugar desconoce  
Donde la asiria Babilonia estuvo,  
Que al héroe macedón miró triunfante,  
Hoy cenagosos lagos, corrompido  
Vapor, caliente arena,  
Áspera selva, inculta, engendradora  
De monstruos ponzoñosos,  
Encuentra sólo; y la ciudad que pudo  
Del vencedor romano

El yugo sacudir, Palmira ilustre,  
Yace desierta ahora;  
Sus arcos y obeliscos suntuosos  
Montes son ya de trastornadas piedras,  
Sus muros son ruínas.

Hundió del tiempo la invisible mano  
Entre arbustos estériles y hiedras  
Los pórticos del foro  
En columnas de Paro sostenidos,  
Basas robustas y techumbres de oro,  
Donde el arte expresó formas divinas...  
¡Memorias de dolor! Allí apacienta  
Su ganado el zagal, y absorto admira  
Cómo repite el eco sus acentos,  
Por las concavidades retumbando.

De tal desolación la causa mira,  
No tanto en los opuestos elementos  
Embravecidos; cuando  
Al austro obscuro el aquilón compite,  
Y Jove en alto carro conducido  
Fulmina á los alcázares centellas;  
O cuando en las cavernas oprimido  
Del centro de la tierra el fuego brama  
Como rumor espantoso,  
Y en su reventazón muda los montes,  
Ciudades arruina;

Hierve el mar proceloso,  
Y arde en sus ondas la violenta llama.  
Que el hombre, el hombre mismo,  
Si á la maldad declina,  
Desconociendo términos, excede  
A las iras del cielo y del abismo.

Triunfó insolente la impiedad, faltaron  
Las leyes, el pudor, y los robustos  
Imperios de la tierra

Debilitó cobarde tiranía,  
Las delicias funestas enervaron  
El amor de la patria, el ardimiento,  
La disciplina militar, y el día  
Llegó terrible de discordia y guerra,  
Que al orgullo mortal previno el hado  
Para ejemplo á los siglos espantoso.

Y como desatado  
Suele el torrente de la yerta cumbre  
Bajar al valle, y resonando lleva,  
Roto el margen con ímpetu violento,  
Árboles, chozas y peñascos duros,  
Rápido quebrantando y espumoso  
De los puentes la grave pesadumbre,  
Y la riqueza de los campos quita,  
Y soberbio en el mar se precipita;  
Así bárbaras gentes, descendiendo  
Del norte helado en multitud inmensa  
Contra la invicta Roma, estrago horrendo,  
Muerte y esclavitud la destinaron,  
Y al orbe que oprimió dieron venganza.

Así en edad distinta,  
Osado el trace, sin hallar defensa,  
Excediendo el suceso á la esperanza,  
Trastornó los imperios del Oriente,  
El trono de los Césares, la augusta  
Ciudad de Constantino.  
Grecia humilló su frente;  
El Araxes y el Tigris proceloso,  
Con el Jordán divino  
Que al mar niega el tributo,  
Las Arabias y Egipto fabuloso,  
En servidumbre dura  
Cayeron y opresión. Gimió vencida  
La tierra que llenó de espanto y luto

De sus vagos ejércitos impíos  
La furia poderosa.

Mas, como suele en los despojos fríos  
Que al sepulcro voraz lleva la muerte,  
Buscar alivios á la fragil vida  
La física estudiosa,  
Tú así, en la edad pasada examinando  
De tantos pueblos la voluble suerte,  
Las causas de su gloria y su ruina,  
Propio escarmiento harás la culpa ajena,  
Experiencia el aviso,  
Y natural talento la doctrina.  
Verás entonces que el que sabe impera,  
Y en medio de las dichas preparando  
El ánimo robusto  
Contra la adversidad, ó la modera  
O la resiste intrépido. Que el mando  
Es delicioso, si templado y justo  
La unión social mantiene,  
Los intereses públicos procura,  
La ley se cumple, y ceden las pasiones.  
Que el poder, no en violencia se asegura,  
Ni el horror del suplicio le sostiene,  
Ni armados escuadrones;  
Pues donde amor faltó, la fuerza es vana.

Tú lo sabes, señor, y en tus acciones  
Ejemplo das. Tú la virtud obscura,  
Tú la inocencia amparas. Si olvidado  
El mérito se vió, tú le coronas;  
Las letras á tu sombra florecieron,  
El celo aplaudes, el error perdonas,  
Y el premio á tus aciertos recibiste  
En placer interior que el alma siente.  
¡Oh! pues tan altos dones mereciste  
Al numen bienhechor, que generoso

Igualo con tus prendas tu fortuna,  
Roba instantes al tiempo presuroso,  
Ilustrando la mente  
Con nuevas luces, si te falta alguna.

VIII

Á ANDRÉS

¿Quieres casarte, Andrés? ¿O te propones  
A mi dictamen acceder sumiso?  
¿Tan dócil es tu amor? ¿O tan dudoso  
El mérito será de tu futura  
Doña Gregoria, que el quererla mucho  
O no quererla, de mi voz depende?  
En fin, si mi opinión saber deseas,  
Te la diré; pero el asunto es grave  
Y toca en la moral filosofía:  
No se diga de mí que en delicadas  
Materias uso de pedestre estilo  
Y frase popular. Tú, que las noches  
Pasas leyendo la moderna solfa  
De nuestros cisnes, y por ella olvidas  
De Lope y Laso la dición, escucha,  
Que en la misiva que á copiarle empiezo,  
Mi dictamen te doy, no te conjuro.  
«Si tus abrieses, bonancibles años,  
Que meció cuna en menear dormido,  
Del bostezante sueñecito umbrátil  
Huyen, y huyendo, amigo Andrés, no tornan,  
¿Qué nube de esperanzas y deseos  
Te halaga en derredor? ¡Ay! teme, teme  
Letargoso placer, velar cargoso  
Y rugosa inquietud que á par te cercan.

Entra, amigo, en ti mismo, ó si te place  
Huye dentro de tí: consulta un rato  
La sensatez en lóbrego silencio,  
Y hondamente exclamante ella te aleje  
De la deshermandad desamistada,  
Que los cuidados cárdenos profusa.  
Presto será que el pestilente soplo  
Del ejemplo mortal de un mundo infecto  
Aridesciendo el alma infructuosa,  
Sin esperanza la semilla ahogue  
Que natura plantó; ni el freno triste,  
Ni el helado compás de la prudencia,  
Su vividor hervir harán que cese.

«Todo al tiempo sucumbe: el cedro añoso,  
La dócil caña en gratitud riendo  
Dulce, como de leve niebla umbría  
El insensato orgullo. Infortunado  
Clima aridece ya con sus heladas,  
Crujientes pesadumbres y fraguras  
El numen invernal; llegan las horas  
De hielo y luto, y se empavesa el cielo.  
Salud, lúgubres días, horrorosos  
Aquilones, salud; que ya se cubre  
Selvosa soledad de nieve fría,  
Y el alto sol mirándola se embebe.  
Ábrego silbador, cierzo bramante,  
Ya la tormenta excitan borrascosa;  
Soplan el soplo de venganza, y nubes  
Obscuras en los vientos cabalgando  
Bañan y abisman los tranquilos sureos.

«Empéro ley primaveral que vuelve  
Dócil se presta al oréante soplo  
Del aura matinal: cuanto es so el cielo  
Todo anuncia placer; la etérea playa,  
Velada en esplendor, colma la selva

De profusión fragante, los soplillos  
Del favonio y el *bee* de las simplillas  
Corderas, que verbilla pastan verde.  
¡Oh coronilla! á tí también te veo  
Y la sien de la espiga, aunque levante  
El abrojo su frente ignominiosa.  
Las fuentes, los arroyos saltadores,  
Sierpes de nácar, con alboros giran;  
Forman torcidas calles, y jugando  
Con las flores se van. Canta el pardillo  
Y ledo mira al sol, vuela y se posa,  
O al vislumbrar de la modesta luna,  
Le responde la Eco solitaria.

«La estacióa estival en pos se sigue,  
Y el Agosto abrasado ahoga las flores  
Con ardor descollante. Palidece  
El musgoso verdor, oigo quejarse  
En seco son el vértigo del polvo,  
Y lo que por doquier bañado en vida  
El céfiro halagaba, extinto yace.  
El sol en su hosquedad desjuga el suelo,  
Y mientras amiga la espigosa Ceres  
Con la pecha del trigo desuraña  
Al cultor fatigado, los umbrosos  
Frescores el postrer aliento rien.  
Luego con su guirnaldas pampanosas  
Octubre empanpanado, en calma frente,  
La alegría otoñal nos da que vuelva;  
A la esperanza la corona el goce,  
Y la balanza justa al sol voluble  
Ya le aprisiona en sus palacios frescos.  
Celirillo, tal vez enamorado  
De alguna poma, bate el ala, y llega,  
Y la besa, y la deja, y torna, y mece  
Las hojitas, y bulle, y gira, y para,

Y huye, y torna á mecer... Dejad que cñia  
La temulenta sien; ¡oh ninfas blondas!  
Mil veces Eyohé... Gien copas pido,  
Y en pos, y á par, y cabe mi colmadras,  
Y otras ciento me dad... Así natura,  
Las leyes no exorables acatando,  
Próvida el perenal destino sigue,  
Engranando los seres con los seres;  
Que unos de otros en pos, en randa marcha,  
Crecen, y llegan, y los tragan y hoyen.  
¡Ay, amigo hermanall! Canto desoye  
Luengos transportes y cobarde mledo,  
Que á la infantina juventud apena.  
Se alejan ya los intornables días,  
Tremolando el terror. Ocía, si es dado;  
No quieras zozobrar en el arroyo,  
Con los reveses reluchando indócil.  
¿Ves la rueda insociable de fortuna  
Resaltar vacilante en rechinido  
Y agudo retñir? ¡y cómo torva  
La insaciabilidad del oro insomne  
La avaricia clavó dentro del pecho?  
¿Ves la envidia voraz? ¿Ves la perfidia,  
Riendo muertes, profusar protervias,  
Y el puñal del desprecio, la ponzoña  
De la doblez, los hielos del olvido,  
Que la alma fuente del sentir cegaron?  
Heme en fin junto á ti, que ya te fiendo  
Un brazo de salud. ¡Ay! no disociés  
A la fiel confianza de tu frente.  
Con el destino escuda la dureza,  
Y flecha tu interior con las memorias.  
No el discolo interés, soplando estéril,  
Impida de tu pecho al golfo umbrío  
Que en claridad lumbrosa se desnuble.

«El hombre es sólo quien guarneces al  
hombre,  
Mi buen Andrés. No marques en oprobio  
Tu vivir breve; al sexual cariño  
El brutal apetito rinda el cetro,  
Y cubre con tu mano tu deshonra,  
Que en cuanto vieres navegar los astros,  
Verás, ¡ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay! que es llanto el gozo  
Que las pasiones para siempre yacen,  
Yacen, si, yacen; á la tumba lleva  
El frío del no ser; entre orfandades  
Pasea en espectáculo profundo  
La muerte el carro, y propiciar no puede  
Más al mortal que suspirar deseos».  
¿Me has entendido, Andrés? Si reconoces;  
Que de tan inhumana jerigonza  
Nada se entiende, y te quedaste á obscuras,  
Quema tus libros y renuncia al pacto,  
Y hasta que aprecies el hablar castizo  
De tus abuelos, solterón te queda;  
Y que doña Gregoria determine  
Lo que la esté mejor. Si mi discurso  
Enfático-dogmático-trifauce  
Te ha parecido bien, y en él admiras  
Repetido el primor de tus modelos,  
No te detengas: cástate esta noche,  
Y larga sucesión te den las Furias.

IX

Á CLAUDIO

el filsofastro.

Ayer don Ermeguncio, aquel pedante,  
Locuaz declamador, á verme vino

En punto de las diez. Si de él te acuerdas,  
Sabrás que no tan sólo es importuno,  
Presumido, embrollón, sino que á tantas  
Gracias añade la de ser goloso  
Más que el perro de Filis. No te piedo  
Decir con cuántas indirectas frases,  
Y tropos elegantes y floridos,  
Me pidió de almorzar. Cedió al encanto  
De su elocuencia, y vieras conducida,  
Del rústico gallego que me sirve,  
Ancha bandeja con tazón chinésco  
Rabosando de hirviente chocolate  
(A tres pájes hambrientos y golosos  
Ración cumplida), y en cristal luciente  
Agua que serenó barro de Andújar;  
Tierno y sabroso pan, mucha abundancia  
De leves tortas y bizcochos duros,  
Que toda absorben la poción suave  
De Soconusco, y su dureza pierden.  
No con tanto placer el lobo hambriento  
Mira la enferma res que en solitario  
Busque perdió el pastor, como el ayuno  
Huésped el don que le presento opimo.

Antes de comenzar el gran destrozó,  
Altos elogios hizo del fragante  
Aroma que la taza despedía,  
Del esponjoso pan, de los dorados  
Bollos, del plato, del mantel, del agua;  
Y empieza á devorar. Mas no presumas  
Que por eso calló: diserta y come,  
Engulle y grita, fatigando á un tiempo  
Estómago y pulmón. ¡Qué cosas dijo!  
¡Cuánta doctrina acumuló, citando,  
Vengan al caso ó no, godos y etruscos!  
Al fin en ronca voz: «¡Oh edad nefanda!

¡Vicios abominables! ¡Oh costumbres!  
¡Oh corrupción!» exclama; y de camino  
Dos tortas se tragó. «¡Que á tanto llegue  
Nuestra depravación, y un placer solo  
Tantos afanes y dolor produzca  
A la oprimida humanidad! Por este  
Serbo llenamos de miseria y luto  
La América infeliz; por él Europa,  
La vulta Europa en el Oriente usurpa  
Vastas regiones, porque puso en ellas  
Naturaleza el cinamomo ardiente;  
Y para que más grato el gusto adule  
Este licor, en duros eslabones  
Hace gemir al atezado pueblo,  
Que en África compró, simple y desnudo.  
¡Oh, qué abominación!» dijo; y llorando  
Lágrimas de dolor, se echó de un golpe  
Cuanto en el hondo canjilón quedaba.

Claudio, si tú no lloras, pues la risa  
Llanto causa también, de mármol eres;  
Que es mucha erudición, celo muy puro,  
Mucho prurite de censura estoica  
El de mi huésped; y este celo, y esta  
Comezón docta, es general locura  
Del filosofador siglo presente.  
Más difíciles somos y atrevidos  
Que nuestros padres, más innovadores,  
Pero mejores no. Mucha doctrina,  
Poca virtud. No hay picarón tramposo,  
Venal, entremetido, disoluto,  
Infame delator, amigo falso,  
Que ya no ejerza autoridad censoria  
En la Puerta del Sol, y allí gobierne  
Los estados del mundo, las costumbres,  
Los ritos y las leyes mude y quite.

Próculo, que se viste y calza y come  
 De calumniar y de mentir, publica  
 Centones de moral. Nevio, que puso  
 Pleito á su madre y la encerró por loca,  
 Dice que ya la autoridad paterna  
 Ni apoyos tiene ni vigor, y nace  
 La corrupción de aquí. Zenón, que trata  
 De no pagar á su pupila el dote,  
 Habiéndola comido el patrimonio  
 Que en su mano rapaz la ley le entrega,  
 Dice que no hay justicia, y se condeule  
 De que la probidad es nombre vano.  
 Rufino, que vendió por precio infame  
 Las gracias de su esposa, solicita  
 Una insignia de honor. Camilo apunta  
 Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,  
 En ilustres garitos disipando  
 La sangre de sus pueblos infelices;  
 Y habla de patriotismo... Claudio, todos  
 Predican ya virtud como el hambriento  
 Don Ermegunonio cuando sorbe y llora...  
 Dichoso aquel que la practica y calla.

— ♦ —  
 TRADUCCIONES DE HORACIO

I

Á VENUS (1)

Deja tu Chipre amada,  
 Venus, reina de Pafos y de Gnido,

(1) HORAT., lib. 1 ode xxx.  
 O Venus, regina Gnidi Paphique

Que Glicera adornada  
 Estancia ha prevenido,  
 Y te invoca con humos que ha esparcido.  
 Trae al muchacho ardiente  
 Y las gracias, la ropa desceñida,  
 Y á Mercurio elocuente,  
 Y de ninfas seguida  
 La juventud, sin ti no apetecida.

II

Á LEUCÓNOE (1)

No pretendas saber (que es imposible)  
 Cuál fin el cielo á ti y á mí destina,  
 Leucónoe, ni los números caldeos  
 Consultes, no; que en dulce paz cualquiera

Sperne dilectam Cypron, et vocantis  
 Ture te multo Glyceræ decoram  
 Transfer in ædem.  
 Fervidus tecum Puer, et solutis  
 Gratia zonis, properantque Nymphæ  
 Et parum comis sine te Jventas  
 Mercuriusque.

(1) HORAT., lib. 1, ode xi.

Tu ne quasiaris (scire nefas quem mihi, quem tibi  
 Finem Di dederint, Leuconoe; nec Babylonios  
 Tentaris numeros: ut melius, quidquid erit pati!  
 Seu plures hyemes, seu tribuit Jupiter ultimam  
 Quæ nunc oppositis debilitat pumicibus mare  
 Tyrrhenum sæpias, vina liques, et spatio brevi  
 Spem longam recesses, Dum loquimur, fugerit invida  
 Ætas. Carpe diem, quam minimum credula postero.

Próculo, que se viste y calza y come  
 De calumniar y de mentir, publica  
 Centones de moral. Nevio, que puso  
 Pleito á su madre y la encerró por loca,  
 Dice que ya la autoridad paterna  
 Ni apoyos tiene ni vigor, y nace  
 La corrupción de aquí. Zenón, que trata  
 De no pagar á su pupila el dote,  
 Habiéndola comido el patrimonio  
 Que en su mano rapaz la ley le entrega,  
 Dice que no hay justicia, y se condeule  
 De que la probidad es nombre vano.  
 Rufino, que vendió por precio infame  
 Las gracias de su esposa, solicita  
 Una insignia de honor. Camilo apunta  
 Cien onzas, mil, á la mayor de espadas,  
 En ilustres garitos disipando  
 La sangre de sus pueblos infelices;  
 Y habla de patriotismo... Claudio, todos  
 Predican ya virtud como el hambriento  
 Don Ermegunonio cuando sorbe y llora...  
 Dichoso aquel que la practica y calla.

— ♦ —  
 TRADUCCIONES DE HORACIO

I

Á VENUS (1)

Deja tu Chipre amada,  
 Venus, reina de Pafos y de Gnido,

(1) HORAT., lib. 1 ode xxx.  
 O Venus, regina Gnidi Paphique

Que Glicera adornada  
 Estancia ha prevenido,  
 Y te invoca con humos que ha esparcido.  
 Trae al muchacho ardiente  
 Y las gracias, la ropa desceñida,  
 Y á Mercurio elocuente,  
 Y de ninfas seguida  
 La juventud, sin ti no apetecida.

II

Á LEUCÓNOE (1)

No pretendas saber (que es imposible)  
 Cuál fin el cielo á ti y á mí destina,  
 Leucónoe, ni los números caldeos  
 Consultes, no; que en dulce paz cualquiera

Sperne dilectam Cypron, et vocantis  
 Ture te multo Glyceræ decoram  
 Transfer in ædem.  
 Fervidus tecum Puer, et solutis  
 Gratia zonis, properantque Nymphæ  
 Et parum comis sine te Jventas  
 Mercuriusque.

(1) HORAT., lib. 1, ode xi.

Tu ne quasiaris (scire nefas quem mihi, quem tibi  
 Finem Di dederint, Leuconoe; nec Babylonios  
 Tentaris numeros: ut melius, quidquid erit pati!  
 Seu plures hyemes, seu tribuit Jupiter ultimam  
 Quæ nunc oppositis debilitat pumicibus mare  
 Tyrrhenum sæpias, vina liques, et spatio brevi  
 Spem longan recesses, Dum loquimur, fugerit invida  
 Ætas. Carpe diem, quam minimum credula postero.

Suerte podrás sufrir. O ya el Tonante  
 Muchos inviernos á tu vida otorgue,  
 O ya postrero fuese el que hoy quebranta  
 En los peñascos las tirrenas ondas,  
 Tú, si prudente fueres, no rehuyas  
 Los brindis y el placer. Reduce á breve  
 Término tu esperanza. La edad nuestra  
 Mientras hablamos envidiosa corre.  
 ¡Ay! goza del presente, y nunca fies,  
 Crédula, del futuro incierto día.

III

Á ICCIO (1)

Qué, ¡al fin las riquezas  
 De la Arabia envidias,

(1) HORAT., lib. 1, ode XXIX.

Icei, beatis nunc Arabum invidias  
 Gasis, et acrem militias paras  
 Non ante devictis sabas  
 Regibus, horribilisque Medo  
 Nectis catenas! Quas tibi virginum  
 Sponso necato barbara serviet?  
 Puer quis ex aula capillis  
 Ad cyatum statuatur unctis,  
 Doctus sagittas tendere Sericas  
 Arcu paterno? Quis negat arduis  
 Pronos relabi posse rivos  
 Montibus et Tiberim reverti.  
 Quam tu coemptos undique nobiles  
 Libros Panæti, Socraticam et domum  
 Mutare loriceis Iberis  
 Pollicitus, meliora tendis?

Iceio, y á los reyes,  
 No vencidos antes,  
 De Sabá preparas  
 Guerra luctuosa,  
 Y al medo terrible  
 Pesadas cadenas?  
 ¿Cuál servierte pueda  
 Bárbara cautiva,  
 Que lllore á tus manos  
 Su esposo difunto?  
 ¿Cuál en regio alcázar  
 Llenará tus copas,  
 Ungido el cabello  
 De aromas suaves,  
 Mancebo ministro,  
 Enseñado sólo  
 A tirar saetas  
 Séricas, doblando  
 El arco paterno?  
 ¿Quién ya dudaría  
 Poder los arroyos  
 Subir á las cumbres,  
 Y el rápido Tibre  
 Volver á su fuente,  
 Si tú de Panecio  
 Las preciadas obras  
 Y las que produjo  
 Socrática escuela  
 (No á costa de leve  
 Afán adquiridas)  
 Dar quieres en cambio  
 De arneses iberos?  
 ¿Tú que prometiste  
 Virtudes mayores!

IV

Á LICINO (4)

Rumbo mejor, Licino,  
 Seguirás no engolfándote en la altura,  
 Ni aproximando el pino  
 A playa mal segura,  
 Por evitar la tempestad obscura.

(1) HORAT., libr. 3, ode x.

Ractius vives, Licini, neque altam  
 Semper urgendo, neque, dum procallica  
 Cantus horrescis, nimium premendo  
 Litus iniquum.

Auream quisquis mediocritatem  
 Diligit, tutus caret obsoleti  
 Sordibus tecti, caret invidenda  
 Sobrius aula.

Sapius ventis agitatur ingens  
 Pinus, et celsæ graviore casu  
 Decidunt turres; feriuntque summos  
 Fulmina montes.

Sperat infestis, metuit secundis  
 Alteram sortem bene praparatum  
 Pectus. Informes hyemes reducit  
 Jupiter, idem.

Submovet. Non si male nunc, et olim  
 Sic erit: quondam cithara tacentem  
 Suscitât Musam, neque semper arcum  
 Tendit Apollo.

Rebus angustis animosus atque  
 Fortis adpare; sapiënter idem  
 Contrahet vento nimium secundo  
 Turgida vela.

El que la mediania  
 Preciosa amó, del techo quebrantado  
 Y pobre se desvía,  
 Como del envidiado  
 Alcázar de oro y pórfidos labrado.  
 Muchas veces el viento  
 Árboles altos rompe; levantadas  
 Torres con más violento  
 Golpe caen arruinadas;  
 Hiere el rayo las cumbres elevadas.  
 No en la dicha confía  
 El varón fuerte; en la aflicción espera  
 Más favorable día;  
 Jove la estación fiera  
 Del hielo vuelve en grata primavera.  
 Si mal sucede ahora,  
 No siempre mal será. Tal vez no excusa  
 Con cítara sonora  
 Febo animar la musa;  
 Tal vez el arco por los besques usa.  
 En la desgracia sabe  
 Mostrar al riesgo el corazón valiente;  
 Y si el viento tu nave  
 Sopla serenamente,  
 La hinchada vela cogerás prudente.

V

QUE LA VIRTUD NADA TEME (1)

El que inocente  
 La vida pasa,

(1) Es la oda xxxii del libro 1 de Horacio, que  
 tradujo también Moratin el padre.

No necesita  
Morisca lanza,  
Fuseo, ni corvos  
Arcos, ni aljaba  
Llena de flechas  
Envenenadas;  
O á las regiones  
Que Hidaspe baña,  
O por las Sirtes  
Muy abrasadas,  
O por el yermo  
Cáucaso vaya.

Ve la sabina  
Selva cruzaba,  
Cantando amores  
A mi adorada  
Lálage, libre  
De afan el alma,  
Por muy remoto  
Sitio, sin armas;  
Y un lobo fiero  
Me ve y se aparta.  
Monstruo igual suyo  
No tiene Daunia  
En montes llenos  
De encinas altas,  
Ni los desiertos  
De Mauritania,  
Donde leones  
Y tigres braman.  
Ponme en los yertos  
Campos, do el aura  
No goza estiva  
Ninguna planta,  
Lado del mundo,

Región helada  
Que infestan vientos  
Y nubes pardas;  
O en la que al rayo  
Del sol cercana,  
De habitaciones  
Carece y aguas;  
Lálage siempre  
Será mi amada,  
Dulce si ríe,  
Dulce si canta.

VI

Á PÓSTUMO (1)

¡Ay, cómo fugitivos se deslizan,  
Póstumo, caro Póstumo, los años!  
Ni la santa virtud el paso estorba

- (1) HORAT., lib. 2, ode XIV.  
Eheu! fugaces, Postume, Postume,  
Labuntur anni: nec Pietas moram  
Rugis, et instanti Senectæ  
Adferet, indomitæque Morti.  
Non, si trecentis, quotquot eunt dies,  
Amice, places inlacrymabilem  
Platona tauris, qui ter amplum  
Geryonen, Tityonque tristi  
Compescit unda, scilicet omnibus  
Quicumque terræ munere vescimur,  
Enaviganda, sive reges,  
Sive inopes erimus coloni

De la vejez rugosa que se acerca,  
 Ni de la dura, inevitable muerte.  
 Y aunque á su templo des tres hecatombes  
 En cada aurora, sacrificio y ruego  
 Plutón desprecia, á tu lamento sordo.  
 El al triforme Gerion y á Ticio  
 Guarda, y los ciñe con estigias ondas,  
 Que han de pasar cuantos la tierra habitan,  
 Pobres y reyes. Y es en vano el crudo  
 Trance evitar de Marte sanguinoso,  
 Y las olas que en Adria el viento rompe  
 Con sordo estruendo; y vano, en el maligno  
 Otoño el cuerpo defender del Austro,  
 Que al fin las torpes aguas del obscuro  
 Cocito hemos de ver, y las infames  
 Bélides, y de Sisifo infelice  
 El tormento sin fin que le castiga.

Frustra cruento Marte carebimus,  
 Fractisque rauci fluctibus Hadris;  
 Frustra per auctumnos nocentem  
 Corporibus metuemus Austrum,  
 Vivendus alter flumine languido  
 Cocytus errans; et Danaï genus  
 Infame, damnatusque longi  
 Sisyphus Æolidis laboris.  
 Linqüenda tellus, et domus, et placens  
 Uxor: neque harum, quas cohs, arborum  
 Te, præter invisas cupressus  
 Ulla brevem dominum sequetur.  
 Abstinet hæres cœnuba dignior  
 Servata centum clavibus: et mero  
 Tinget pavimentam superbum  
 Pontificum potiore cœnis.

Tu habitación, tus campos, tu amorosa  
 Consorte dejarás. ¡Ay! y de cuantos  
 Árboles hoy cultivas, para breve  
 Tiempo gozarlos, el ciprés funesto  
 Sólo te ha de seguir. Otro más digno  
 Sucesor brindará del que guardaste  
 Con cien candados cécubo oloroso,  
 Bañando el suelo de licor, que nunca  
 Otro igual los pontífices gustaron  
 En áureas tazas de opulenta cena.

VII

À AUGUSTO (1)

¿De cuál varón ó semidió el canto  
 Previenes, alma Clío,

(1) HORAT., lib. 1, ode XII.

Quem virum, aut heroa lyra vel acri  
 Tybia sames celebrare; Clío?  
 Quem Deum, cujus recinet jocosa  
 Nomen imago.  
 Aut in umbrosis Heliconis oris,  
 Aut super Pindo, gelidove in Hæmo,  
 Unde vocalem temere insectatæ  
 Orphea sylvæ.  
 Arte materna rapidos morantem  
 Fluminum lapsus celeresque ventos,  
 Blandum et auritas fidibus canoris  
 Ducere querens?  
 Quid prius dicam solitis Parentis  
 Laudibus? Qui res hominum ac Deorum  
 Qui mare ac terras, variisque mundum

En corva lira ó flauta resonante?  
 ¿De cuál deidad, á cuyo nombre santo  
 Eco responde alegre, en el umbrío  
 Helicon, ó el Pindo, ó en la altura  
 Del Hemo helada, en que se vió vagante  
 Selva seguir del tracio la dulzura,  
 Que el curso detenía  
 De los torrentes rápidos, usando  
 Maternas artes, y al sonoro acento  
 De sus cuerdas los árboles movía,  
 Y el ímpetu veloz paró del viento?

Temperat horis.

Unde nil majus generatur ipso,  
 Nec viget quidquam simile aut secundum:

Proximos illi tamen occupavit  
 Pallas honores.

Præliis andax, neque te silebo  
 Liber; et sævis inimica Virgo

Bellais; nec te metuende certa  
 Phœbe sagitta.

Dicam et Alciden, puerosque Leda  
 Hunc equis illum superare pugnis

Nobilem: quorum simul alba nautis  
 Stella refulsit.

Defluit saxis agitata humor,  
 Concidunt venti, finguntque nubes;

Et minax, tam sic voluere, Ponto  
 Unda recumbit

Romulum post hos prius, an quietam  
 Pompili regnum memorem, an superbos

Tarquini fasces, dubito, an Catonis  
 Nobile letum.

Regulum et scauros, animæque magna  
 Prodigum Paulum, superante Pæco,

¿A quién primero ensalzaré cantando,  
 Sino al gran Padre, que la estirpe humana  
 Y la celeste rige, el mar, la tierra,

Y al variar continuo  
 Del tiempo, anima cuanto el orbe encierra?  
 Él es primero y solo, igual no tiene

Su esencia soberana;  
 Si bien segunda en el amor divino  
 Inmediato lugar Palas obtiene.  
 Ni á ti, Baco, en batallas animoso  
 Callaré, ni á la virgen cazadora;  
 Ni á Febo luminoso,

Gratus insigni referam Camena,  
 Fabriciumque.

Hanc et incomtis Curium capillis,  
 Utilem bello tulit, et Camillum,

Sœva paupertas, et avitus apto  
 Cum lare fundus

Crescit, occulto velut arbor ævo,  
 Fama Marcelli: micat inter omnes

Julium sidus velut inter ignes  
 Luna minores.

Gentis humanæ pater atque custos,  
 Orte Saturno, tibi cura magni

Cæsaris fatis data, tu secundo  
 Cæsare regnes.

Ille, seu Parthos Latio imminentes  
 Egerit justo domitus triumpho,

Sive subjectos Orientis oræ  
 Seras et Indes,

Te minor latum reget æquus orbem  
 Tu gravi curru quatias Olympum;

Tu parum castis inimica mittes  
 Fulmina lucis.

Diestro en herir con flecha voladora.  
 Tambi3n los triunfos cantar3 de Alcides,  
 Y 3 los hijos de Leda, celebrado  
 Jinete el uno, y en dudosas lides,  
 El otro vencedor; cuya luz clara,  
 Luego que al navegante resplandece,  
 Precipita del risco levantado  
 La espuma resonante,  
 El rauda viento para,  
 La negra tempestad desaparece,  
 Y 3 su influjo, del mar en breve instante  
 Calma el furor terrible.  
 Dudo si aplauda al fundador Quirino  
 Despu3s de aqu3llos, del prudente Numa  
 El gobierno apacible,  
 Las haces justicieras de Tarquino,  
 O de Cat3n la muerte generosa,  
 Los Escauros, y R3gulo constante,  
 O si de Emilio cante,  
 Pr3digo de la vida,  
 La palma por An3bal obtenida.  
 Curio, la cabellera mal compuesta,  
 Fabricio, el gran Camilo, victorioso  
 Adalid, 3 quien dieron sus abuelos  
 Hacienda escasa y parca, la molesta  
 Pobreza toler3. Crece frondoso  
 Con una y otra edad 3rbol robusto;  
 As3 la fama crece de Marcelo;  
 Y 3mos ya en el cielo  
 Brillar de Julio la divina estrella,  
 Cual suele entre menores  
 Lumbres Dietina aparecerse bella.  
 Jove Saturnio, t3 de los mortales  
 Amparo y padre, 3 quien cedi3 el destino  
 La protecci3n de Augusto,

T3 reina, y 3l 3 ti segundo sea;  
 O ya sobre los Partos desleales,  
 Que amenazan el t3rmino latino,  
 Adquiera triunfo justo;  
 O en las 3ltimas playas del Oriente  
 Indos y Seres humillados vea:  
 3l, inferior 3 ti, d3 soberano  
 Leyes al mundo; t3, de Olimpo ardiente  
 En grave carro oprime las alturas,  
 Y el rayo vengador tu fuerte mano  
 Vibre, las selvas abrasando impuras.

VIII

PROFECIA DE NEREO (1)

Llevando por el mar el fementido  
 Pastor 3 Helena en sus idalias naves,

(1) HORAT., 1, ode xv.

Pastor cum traheret per freta navibus  
 Idaeis Halanen perfidis hospitam,  
 Ingrato celeres obruit otio  
 Ventos, ut caneret fera  
 Nereus fata. Mala ducis avi domum,  
 Quam multo repetet Græcia milite  
 Conjurata tuas rumpare nuptias,  
 Et regnum Priami vetus.  
 Eheu, quantus equis, quantus adest viris  
 Sudor! quanta moves favera Dardanae  
 Genti! Jam galeam Pallas et agida  
 Currusque et rabiem parat.  
 Nequidquam, Veneris prasidio ferox,  
 Pectus casarium, grataque feminis

Nereo de los aires la violenta  
 Furia contuvo apenas, y anunciando  
 Hados terribles: «En mal hora, exclama,  
 Llevas á tu ciudad á la que un día  
 Ha de buscar con numerosas huestes  
 Grecia, obstinada en deshacer tus bodas,  
 Y de tus padres el antiguo imperio.  
 ¡Cuánto al caballo y caballero espera  
 Sudor y afán! ¡Oh, cuánto á la dardania  
 Gente vas á causar estrago y luto!  
 Ya, ya previene Palas iracunda  
 El almete y el égida sonante,

Imbelli cithara carmina divides:  
 Nequidquam thalamo graves  
 Hastas, et calami spicula Gnoasii  
 Vitabis, strepitumque, et celarem sequi  
 Ajacem; tamen, heu! serus adulteros  
 Crimes pulvere collines.  
 Non Laertiaden, exitium tuum  
 Gentis; non Pythium Nestora respicias?  
 Urgent impavidi te Salaminus  
 Teucer; te Sthenelus sciens  
 Pugnae, sive opus est imperitare equis  
 Non auriga piger. Merionen quoque  
 Nosces. Ecce furit te reperire atrox  
 Tydides melior patre:  
 Quem tu, cervus uti vallis in altera  
 Visum parte lupum graminis immemor  
 Sublimi fugies mollis anhelitu;  
 ● Non hoc pollicitus tuum,  
 Iracunda diem proferet Ilio  
 Matronisque Phrygum classis Achillici:  
 Post certas hyemes met Achaicus  
 Ignis Pergameas domos.

Y el carro volador; y aunque soberbio  
 Con el favor de Venus la olorosa  
 Melena trences, y en acorde lira,  
 Grato á las damas, cantes amoroso  
 Verso, nunca será que las agudas  
 Flechas de Creta y las herradas lanzas,  
 Fiestas á tu amor, huyendo evites;  
 Ni el militar estrépito, ni al duro  
 Ayax, ligero en el alcance. Tarde  
 Será tal vez, pero ha de ser, que en polvo  
 Tu cabello gentil todo se cubra.  
 ¡Ay! ¿No miras al hijo de Laertes  
 Y Nestor el de Pilos, á los tuyos  
 Uno y otro fatal? ¿No ves que osados  
 Ya te persiguen, Teucro en Salamina  
 Principe, y el que vence las batallas  
 Y diestro auriga á su placer gobierna  
 Los caballos, lidiando, Esteneleo?  
 Tiempo será que á Merion conozcas  
 Y á Diomedes, más fuerte que á su padre.  
 ¿Lo ves, que ardiendo en cólera te busca,  
 Te sigue ya? Tú, como el ciervo suele  
 Si al lobo advierte en la vecina cumbre,  
 El pasto abandonar, así cobarde  
 Y sin aliento evitaras su golpe;  
 Y no, no fueron tales las promesas  
 Que á tu señora hiciste. La indignada  
 Gente que lleva Aquiles, el funesto  
 Hado de Troya y sus matronas puede  
 Un tiempo dilatar; pero cumplidos  
 Breves inviernos, las soberbias torres  
 Arderá de Ilio la llama argiva».



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALFONSO REYES  
 5 de Mayo 1885 MONTEPERRY, N.º 1000

IX

CONTRA EL LUJO Y AVARICIA  
DE SU TIEMPO (1)

No de mi casa en altos artesones  
Brilla el marfil ni el oro

(1) HORAT., lib. II, ODE XVIII.

Non ebur, neque aureum  
Mea renidet in domo lacunar;  
Non trabes Hymettias  
Premunt columnas ultima recisas  
Africa; neque Attali  
Ignotus hares regiam occupavi;  
Nec Laenicas mihi  
Trahunt honeste purpuras clienta.  
At fides et ingeni  
Benigna vena est, pauperamque dives  
Me petit. Nihil supra  
Deos lacesso; nec potentem amicum  
Largiora flagito,  
Satis beatus unicus Sabinis.  
Traditur dies die,  
Nosque pergunt interire Luna.  
Tū secunda marmora  
Locas sub ipsum funus, et sepulcri  
Immemor, struis domos  
Marisque Baiis obstrepentis urges  
Submovere littora,  
Eavum locuples continente ripa.  
Quid? quod usque proximos  
Revellis agri terminos, et ultra  
Limites clientium

Ni columnas, que corta en sus regiones  
Apartadas el moro,  
Sostienen trabes áticas, Ni intruso  
Sucesor, el aleazar opulento  
De Pérgamo ocupé. Nunca labraron  
Púrpuras de Laconia para el uso

De su señor mis siervas;  
Pero vivo contento  
De que jamás faltaron

En mi virtud y númen aflüente.  
Soy pobre, pero el rico á mí se inclina.  
Ni pido más á la bondad divina,  
Ni para que mis fondos acreciente  
Importuno al amigo generoso;

Harto soy venturoso  
Con mis campos sabinos.  
Una y otra después arrebatadas  
Huyen las lunas, y de igual manera  
Las nuevas horas á morir caminan.

Salis avarus; pellitur paternos  
In sinu ferens Dees

Et uxor, et vir, sordidosque natos  
Nulla certior tamen

Rapacis Orci sine destinata  
Aula divitem manet

Horum. Quid ultra tendis? Æqua tel'us  
Pauperi recluditur

Regumque pueris: nec satelles Orci  
Callidum Prometheus

Revertit auro raptus. Hic superbum  
Tantalum, atque Tantal

Genus coerces; hic levare functum  
Pauperem laboribus

Vocatus atque non vocatus audit.

Tú, cercano á la muerte,  
De mármol edificas levantadas  
Fábricas, olvidado de la tumba;  
Y estrecho en la ribera  
De Bayas, donde el piélagos retumba,  
Buscas en el cimiento.  
¿Qué mucho si los términos vecinos  
Alteras avariento,  
Usurpando á tus súbditos la tierra  
Por ásperos caminos  
Tímidos huyen la mujer y esposo,  
Ambos al seno puestos  
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.  
Pues no, no tiene el hombre poderoso  
Palacio más seguro  
Que la mansión del Aqueronte avara:  
Ella le espera habitador futuro.  
¿Para qué a) helas más? ¿Si al que mendiga,  
Hambriento y desvalido,  
Y al sucesor del trono, igual prepara  
La tierra sepultura;  
Ni el audaz Prometeo el aura pura  
Volvió á gozar, con dádivas vencido  
El que guarda las puertas del Averno?  
Él aprisiona á Tántalo, y la estirpe  
De Tántalo famosa;  
Él, de quien sufre angustia dolorosa  
(Invocado tal vez, ó aborrecido),  
El llanto acalla en el horror eterno.

SONETOS

I

Á LA CAPILLA DEL PILAR DE ZARAGOZA

Estos que levantó de mármol duro  
Sacros altares la ciudad famosa,  
A quien del Ebro la corriente undosa  
Baña los campos y el soberbio muro,  
Serán asombro en el girar futuro  
De los siglos; basilica dichosa,  
Donde el Señor en majestad reposa,  
Y el culto admite reverente y puro.  
Don que la fe dictó, y erige eterno  
Religiosa nación á la divina  
Madre que adora en simulacro santo.  
Por él, vencido el odio del Averno,  
Gloria inmortal el cielo la destina,  
Que tan alta piedad merece tanto.

II

Á DON JUAN BAUTISTA CONTI

Febo desde la tierna infancia mía  
Quiso que el plectro de marfil pulsara,  
Y en las alturas de Helicón gozara  
Sus verdes bosques y su frente fría.  
Más dudosa la mente desconfía,  
Conti, aspirar al premio que prepara  
A sólo el que mostró, con unión rara,

Tú, cercano á la muerte,  
De mármol edificas levantadas  
Fábricas, olvidado de la tumba;  
Y estrecho en la ribera  
De Bayas, donde el piélagos retumba,  
Buscas en el cimiento.  
¿Qué mucho si los términos vecinos  
Alteras avariento,  
Usurpando á tus súbditos la tierra  
Por ásperos caminos  
Tímidos huyen la mujer y esposo,  
Ambos al seno puestos  
Sus dioses y sus hijos mal compuestos.  
Pues no, no tiene el hombre poderoso  
Palacio más seguro  
Que la mansión del Aqueronte avara:  
Ella le espera habitador futuro.  
¿Para qué a) helas más? ¿Si al que mendiga,  
Hambriento y desvalido,  
Y al sucesor del trono, igual prepara  
La tierra sepultura;  
Ni el audaz Prometeo el aura pura  
Volvió á gozar, con dádivas vencido  
El que guarda las puertas del Averno?  
Él aprisiona á Tántalo, y la estirpe  
De Tántalo famosa;  
Él, de quien sufre angustia dolorosa  
(Invocado tal vez, ó aborrecido),  
El llanto acalla en el horror eterno.

SONETOS

I

Á LA CAPILLA DEL PILAR DE ZARAGOZA

Estos que levantó de mármol duro  
Sacros altares la ciudad famosa,  
A quien del Ebro la corriente undosa  
Baña los campos y el soberbio muro,  
Serán asombro en el girar futuro  
De los siglos; basilica dichosa,  
Donde el Señor en majestad reposa,  
Y el culto admite reverente y puro.  
Don que la fe dictó, y erige eterno  
Religiosa nación á la divina  
Madre que adora en simulacro santo.  
Por él, vencido el odio del Averno,  
Gloria inmortal el cielo la destina,  
Que tan alta piedad merece tanto.

II

Á DON JUAN BAUTISTA CONTI

Febo desde la tierna infancia mía  
Quiso que el plectro de marfil pulsara,  
Y en las alturas de Helicón gozara  
Sus verdes bosques y su frente fría.  
Más dudosa la mente desconfía,  
Conti, aspirar al premio que prepara  
A sólo el que mostró, con unión rara,

Talento y arte en docta poesía.  
Pero si tú, mi amigo generoso,  
La cumbre me señalas eminente,  
Y el paso incierto dirigir no excusas,  
Imitando tu verso numeroso,  
Veré de lauros coronar mi frente  
Suspense al canto el coro de las Musas.

III

A FLÉRIDA, POETISA

Basta, Cupido, ya, que á la divina  
Ninfa del Turia reverente adoro;  
Ni espero libertad, ni alivio imploro,  
Y cedo alegre al astro que me inclina.  
¿Qué nuevas armas tu rigor destina  
Contra mi vida, si defensa ignora?  
Sí, ya la admiro entre el castalio coro  
La cítara pulsar griega y latina;  
Ya, coronada del laurel febeo,  
En altos versos llenos de dulzura,  
Oigo su voz, su número elegante.  
Para tanto poder débil trofeo  
Adquieres tú, si sola su hermosura  
Bastó á rendir mi corazón amante.

IV

LAS MUSAS

Sabia Polimnia en razonar sonoro  
Verdades dicta, disipando errores;  
Mide Urania los cercos superiores  
De los planetas y el luciente coro;

Une en la historia al interés decoro  
Clío, y Euterpe canta los pastores;  
Mudanzas de la suerte y sus rigores  
Melpómene feroz, bañada en lloro;  
Calfope victorias; danzas guía  
Terpsícore gentil; Erato en rosas  
Cubre las flechas del amor y el arco;  
Pinta vicios ridículos Talía  
En fábulas que anima deleitosas;  
Y ésta le inspira al español Inarco.

V

JUNIO BRUTO

Suena confuso y mísero lamento  
Por la ciudad; corre la plebe al foro,  
Y entre las fasees que le dan decoro  
Ve al gran senado en el sublime asiento.

Los cónsules allí. Ya el instrumento  
De Marte llama la atención sonoro;  
Arde el incienso en los altares de oro,  
Y leve el humo se difunde al viento.

Valerio alza la diestra; en ese instante  
Al uno y otro joven infelice  
Hiere el lictor, y sus cabezas toma.

Mudo terror al vulgo circunstante  
Ocupa. Bruto se levanta, y dice:  
«Gracias, Jove inmortal: ya es libre Roma».

IV

RODRIGO

Cesa en la octava noche el rónico estruendo  
De la sangrienta militar porfia;

El campo godo destrozado ardia  
Con llama que descubre estrago horrendo.

Rodrigo en tanto, su peligro viendo,  
Por ignorada senda se desvía,  
Y muerto Orelío, entre la sombra fría,  
Herido y débil se acelera huyendo.

En vano el Lete con raudal undoso  
El paso estorba al príncipe, á quien ciega  
Da cadena ó suplicio el justo espanto.

Surca las aguas, cede al poderoso  
Impetu, expira el infeliz, y entrega  
El cuerpo al fondo, á la corriente el manto.

VII

CUENTAS DE ELIODORA,

SALTATRIZ

Siete duros al mes de peluquero;  
Para calzarme nueve; las criadas,  
Que necesito dos, no están pagadas  
Si no les doy cien reales en dinero.

Diez duros al bribón de mi casero;  
Telas, plumas, careles, arracadas,  
Blondas, medias, hechuras y puntadas  
De madama Buriel y del platero,

Noventa duros, poco más — Noventa,  
Diez, siete, nueve, cinco... ¿Y la comida?  
— Yo la quiero pagar, y somos cuatro.

— ¿Y esto en un mes? — Si á usted no le  
[contenta]

— Sí, calla. Bien. ¡hermosa de mi vida!...  
¡Ay del que tiene amor en el teatro!

VIII

LA NOCHE DE MONTIEL

¿Adónde, adónde está, dice el infante,  
Ese feroz tirano de Castilla?  
Pedro, al verle, desnuda la cuchilla,  
Y se presenta á su rival delante,

Cierra con él, y en lucha vacilante  
Le postra y pone al pecho la rodilla:  
Beltrán (aunque sus glorias amancilla)  
Trueca á los hados el temido instante.

Herido el rey por la fraterna mano,  
Joven expira con horrenda muerte,  
Y el trono y los rencores abandona.

No aguarde premios en el mundo vano  
La inocente virtud, si da la muerte  
Por un delito atroz una corona.

IX

Á CLORI, HISTRIONISA,

EN COCHE SIMÓN

Esa que veis llegar, máquina lenta,  
De fatigados brutos arrastrada,  
Que en vano, de rigor la diestra armada  
Vinoso auriga acelerar intenta,

No menos va dichosa y opulenta,  
Que la de cisnes cándidos tirada  
Concha de Venus, cuando en la morada  
Celeste al padre ufana se presenta.

Clori es ésta, mirad las poderosas  
Luces, el seno de alabastro, el breve

Labio que aromas del Oriente espira.  
 Flores al viento esparcen las hermosas  
 Gracias, y el virgen coro de las nueve,  
 Y en torno de ella Amor vuela y suspira.

X

A CLORI,

DECLAMANDO EN FÁBULA TRÁGICA

¿Qué acento de dolor el alma vino  
 A herir? ¿Qué funeral adorno es éste?  
 ¿Qué hay en el orbe que á tus luces cuese  
 El llanto que las turba cristalino?  
 ¿Pudo esfuerzo mortal, pudo el destino  
 Así ofender su espíritu celeste?...  
 ¿O es todo engaño? ¿y quiere amor que preste  
 A su labio y su acción poder divino?  
 Quiere que exenta del pesar que inspira,  
 Silencio imponga al vulgo clamoroso,  
 Y dócil á su voz se angustie y llore;  
 Que el tierno amante que la atiende y mira,  
 Entre el aplauso y el temor dudoso,  
 Tan alta perfección absorto adore.

XI

PARA EL RETRATO DE FELIPE BLANCO,  
 PRIMER GRACIOSO DEL TEATRO DE BARCELONA

¿No veis qué serio estoy? Pues no os espante  
 La adusta gravedad de mi persona,  
 Que adentro tengo el alma juguetona:  
 Diverso de mi genio es mi semblante.

Prosa ó verso me dicten elegante  
 Los que suben al cerro de Helicon,  
 Mis gracias aseguran su corona  
 Cuando animo la sátira picante.

Los que quieren gemir y dar suspiros,  
 Y sus lágrimas compran con dinero,  
 Lloren, oyendo heroicidades tristes;  
 Mas si queréis vosotros divertirlos,  
 Venid á mí, que el amargo severo  
 De la verdad os disimulo en chistes.

XII

A LA MEMORIA

DE DON JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

Ninfas, la lira es ésta que algún día  
 Pulsó Batiolo en la ribera umbrosa  
 Del Tormes, cuya voz armoniosa  
 El curso de las ondas detenía.

Quede pendiente en esta selva fria  
 Del lauro mismo que la cipria diosa  
 Mil veces desnudó, cuando amorosa  
 La docta frente á su cantor ceñía.

Intacta y muda entró la pompa verde  
 (Sólo en sus fibras resonando el viento)  
 El claro nombre de su dueño acuerde;  
 Ya que la patria, en el común lamento,  
 Feroz ignora la opinión que pierde,  
 Negando á sus cenizas monumento (1).

(1) La Academia de la Historia, en su edición de Moratin, defiende á la nación española de la ingratitud que el autor le achaca. En efecto, los

XIII

LA DESPEDIDA

Nací de honesta madre; dióme el cielo  
Fácil ingenio en gracias aflüente,  
Dirigir supo el ánimo inocente  
A la virtud el paternal desvelo.  
Con sabio estudio, infatigable anhelo,  
Pude adquirir coronas á mi frente:  
La corva escena resonó en frecuente  
Aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.  
Dócil, veraz, de muchos ofendido,  
De ninguno ofensor, las Musas bellas  
Mi pasión fueron, el honor mi guía.  
Pero si así las leyes atropellas,  
Si para ti los méritos han sido  
Culpas; adiós, ingrata patria mía.

XIV

A LA EXPOSICIÓN DE LOS PRODUCTOS DE INDUS-  
TRIA Y ARTES, HECHA EN EL PALACIO DEL  
LOUVRE EL AÑO DE 1819.

Hoy que cerrado el templo de Belona,  
Abre el suyo benéfica Minerva,

restos de D. Juan Meléndez Valdés yace en  
Montpellier bajo un monumento erigido por el  
Duque de Frías, quien, á pesar de haber defen-  
dido con las armas una causa contraria á la del  
ilustre poeta, quiso rendirle este homenaje de ve-  
neración en nombre de sus conciudadanos.

Y á sublimes artífices reserva  
De esplendor inmortal áurea corona;  
Méritos más ilustres ambiciona  
Galia en el ocio de la paz que observa,  
Que cuando, para hacer á Europa sierva,  
Al impeta de Marte se abandona.  
Con tales artes opulenta, fuerte  
Y docta, su poder verá temido  
En este y el antártico hemisferio;  
Mientras su claro príncipe convierte  
Las leyes santas, pues su don han sido,  
A la estabilidad de tanto imperio.

XV

A LA MUERTE DEL EXCELENTE ACTOR  
ISIDORO MÁIQUEZ

Tú solo el arte adivinar supiste  
Que los afectos acalora y calma;  
Tú la virtud robustecer del alma,  
Que al oro, al hierro, á la opresión resiste  
Inimitable actor, que mereciste  
Entre los tuyos la primera palma,  
Y amigo, alumno, y émulo de Talma,  
La admiración del mundo dividiste;  
¿A quién dejaste sucesor muriendo?  
¿De quién ha de esperar igual decoro  
La escena, que te pierde y abandonas?  
Así dijo Melpómene, y vertiendo  
Lágrimas en la tumba de Isidoro,  
Cetro depone y púrpura y corona.

XVI

COPIA DE UN CÉLEBRE CUADRO DE M. GUERIN,  
QUE SE CONSERVA EN PARÍS EN LA GALERÍA  
DEL LUXEMBURGO.

Insta Dido otra vez. Ana presente,  
Al huésped frigio que en silencio adora,  
A que la fuga de Sinón traidora,  
Y el incendio de Pergamo la cuenta.  
El otra vez de la enemiga gente  
El falso voto y los ardides llora,  
La cólera de Aquiles vengadora,  
Héctor sin vida, y Hécuba doliente.  
Pinta el horror de aquella última y triste  
Noche, y en la sidonia alta princesa,  
Admiración, temor, piedad excita.  
Y en tanto Amor, que á su regazo asiste,  
Del dedo ehúrneo que anhelante besa,  
El anillo nupcial sagaz la quita.

XVII

A D. LUIS DE SILVA

Mocino de Albuquerque, autor de las *Geórgicas portuguesas*

Cantó el de Mantua con sonoro acento  
La cultura del campo y los pastores;  
Después empresas celebró mayores,  
Y á Roma alzó durable monumento.  
Tú así, que en el bucólico instrumento  
Ensayaste del arte los primores,  
Desdeñando las selvas y las flores,  
Épica trompa harás sonar al viento.

Si, que en los fuertes lusitanos dura  
El mismo aliento que les dió victoria  
En los opuestos límites del mundo.  
Y si al valor y á la virtud procura,  
Silva, tu verso inextinguible gloria,  
De tu patria serás Marón segundo.

XVIII

A DOÑA LUISA GÓMEZ CARABAÑO,

premiada en Madrid con una corona de flores  
por sus adelantamientos en la Botánica.

Esa guirnalda que enlazó á tu frente,  
Premio de docto afán, la linda Flora,  
De aplauso no mortal merecedora  
Te anuncia á la futura hispana gente.  
Lauros le den al adalid valiente,  
Que al golpe de su espada vengadora  
Triunfa, y su esfuerzo y sus hazañas llora  
La humanidad, si el lloro se consiente,  
En tanto que á merced de la fortuna,  
Cercados de amenazas y temores,  
Los reyes ciñen sus coronas de oro.  
No la que tienes hoy cede á ninguna:  
Préciala en mucho, y tus humildes flores  
Al suelo patrio añadirán decoro.

XIX

A LA SEÑORA M. D.,

ballarina del teatro de Burdeos, haciendo la figura  
de Cupido en el baile intitulado *Amor en la aldea*

No es el Amor esa deidad hermosa  
Que veis, como los céfiros, alada,

Con puntas de oro y dócil arco armada,  
Y ceñida la sien de mirto y rosa.

O en breve sueño su inquietud reposa,  
O el aire hielde, la prisión burlada;  
Dulces afectos inspirar la agrada:  
Triunfa, y castiga ó premia generosa.

Esa es la niufa, por quien hay ufano  
Garón ilustra su feliz ribera,  
De pámpanos ornándose el cabello.  
No es aquel ciego flechador tirano,  
Que el mundo turba y la celeste esfera:  
No es el Amor; que no es Amor tan bello.

XX

LA MUERTE (1)

(Inédito.)

En tanto que al imperio de la muerte  
Llega á ceder nuestra existencia vana,  
Votos ofrece la piedad cristiana  
Hoy que sus triunfos con horror advierte.

Doliente aspira á mejorar la suerte  
De los que un tiempo la flaqueza humana  
Manchó de culpa, y purifica y sana  
La pena en cárcel pavorosa y fuerte.

Los que hoy existen, breve sepultura  
Ocuparán después, pero perdido

(1) Este soneto y el siguiente fueron colocados en un cenotafio con motivo de las honras celebradas en 1915 por la compañía dramática de Barcelona en sufragio de sus hermanos difuntos.

No será, no, su celo fervoroso,  
Que entonces hallarán las que han vertido  
Lágrimas tiernas, y en región más pura  
Adquirirán también vida y reposo.

XXI

LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

(Inédito.)

Cuando al sonido del clarín llamado  
El hombre salga de su tumba fría,  
Supremo Juez en el tremendo día  
Descenderá de incendios rodeado.

Premio al justo dará, pena al malvado  
Que de su ley eterna se desvía.  
Pero ¿cuál es ¡oh Dios! el que podría  
Aparecer sin mancha de pecado?

No hay mérito sin ti; mas si la ofensa  
Perdonas, y el error se desvanece  
Al lloro del mortal arrepentido;

Hoy sacrificios en tu templo ofrece,  
Y se atreve á esperar piedad inmensa;  
Porque eres tú, Señor, el ofendido.

XXII

ABNEGACIÓN ESTÚPIDA

(Inédito.)

El pobre Polidemo dijo un día:  
«Basilio, tú gobernarás mi hacienda;  
Y aunque todo se gaste, empeñe y venda,

Siendo tu voluntad, será la mía.

Pagaré numerosa compañía  
Que á mí me insulte y á tu gusto atienda:  
Entrégate al placer, cena, merienda;  
No estorben mis pesares tu alegría.

Aunque soy ignorante, será bueno  
Hacerme más estúpido y más tonto,  
Que los estudios para mí son malos.

Y si es que alguna vez me desenfreno,  
Trátame con rigor, átame pronto;  
Y si tengo razón, dame de palos».

ROMANCES

I

Á UN MINISTRO

Ayer salí de mi casa  
Muy afeitado y muy puesto  
Encaminado á la vuestra,  
Como de costumbre tengo,  
Para anunciaros felices  
Pascuas, salud y contento,  
Buen remate de Diciembre,  
Y buen principio de Enero.  
Pues, señor, hizo Patillas  
Que me saliera al encuentro  
Un hablador de los muchos  
Que hay por desgracia en el pueblo;

De esos que lo saben todo,  
Que de todo hacen misterio,  
Que almuerzan chismes, y viven  
De mentiras y embelecos;  
Infaligable escritor

De arbitrios y de proyectos,  
Entremetido estadista  
Y, Dios nos libre, coplero.

El al verme comenzó  
A dar voces desde lejos,  
Y á correr y á chichear,  
Y en suma, no hubo remedio.

Me abrazó, me refregó  
Las manos, me dió mil besos:  
Y entre los dos empezamos  
Este diálogo molesto:

«Moratín, hombre, ¡qué caro  
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?

Vaya, mejor que el verano  
Le trata á usted el invierno.

¿Conque va bien?... — Lindamente

— Sí, se conoce; me alegro.  
Pero ¿cómo tan temprano?

— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo:

Vaya, el barrio es achacoso,  
Usted un poco travieso...

Digo, será la andaluza

De ahí abajo. — No por cierto.

— ¿Conque no?... — ¡Qué boberial!

Ni la conozco, ni quiero;

Ni estoy de humor, ni esta cara

Es cara de galanteos

— Pues, amigo, linda moza.

¡Cáspita! Mucho salero,

Alta, colorada, fresca,

Siendo tu voluntad, será la mía.

Pagaré numerosa compañía  
Que á mí me insulte y á tu gusto atienda:  
Entrégate al placer, cena, merienda;  
No estorben mis pesares tu alegría.

Aunque soy ignorante, será bueno  
Hacerme más estúpido y más tonto,  
Que los estudios para mí son malos.

Y si es que alguna vez me desenfreno,  
Trátame con rigor, átame pronto;  
Y si tengo razón, dame de palos».

ROMANCES

I

Á UN MINISTRO

Ayer salí de mi casa  
Muy afeitado y muy puesto  
Encaminado á la vuestra,  
Como de costumbre tengo,  
Para anunciaros felices  
Pascuas, salud y contento,  
Buen remate de Diciembre,  
Y buen principio de Enero.  
Pues, señor, hizo Patillas  
Que me saliera al encuentro  
Un hablador de los muchos  
Que hay por desgracia en el pueblo;

De esos que lo saben todo,  
Que de todo hacen misterio,  
Que almuerzan chismes, y viven  
De mentiras y embelecos;  
Infaligable escritor

De arbitrios y de proyectos,  
Entremetido estadista  
Y, Dios nos libre, coplero.

El al verme comenzó  
A dar voces desde lejos,  
Y á correr y á chichear,  
Y en suma, no hubo remedio.

Me abrazó, me refregó  
Las manos, me dió mil besos:  
Y entre los dos empezamos  
Este diálogo molesto:

«Moratín, hombre, ¡qué caro  
Se vende usted!... ¿Qué hay de nuevo?

Vaya, mejor que el verano  
Le trata á usted el invierno.

¿Conque va bien?... — Lindamente

— Sí, se conoce; me alegro.  
Pero ¿cómo tan temprano?

— Tengo que hacer. — Ya lo entiendo:

Vaya, el barrio es achacoso,  
Usted un poco travieso...

Digo, será la andaluza

De ahí abajo. — No por cierto.

— ¿Conque no?... — ¡Qué boberial!

Ni la conozco, ni quiero;

Ni estoy de humor, ni esta cara

Es cara de galanteos

— Pues, amigo, linda moza.

¡Cáspita! Mucho salero,

Alta, colorada, fresca,

Boca pequeña, ojos negros,  
Petimetróna... La traje  
De Cádiz don Hemeterio,  
Y en un año le ha roído  
Cinco barcos de abadejo.  
¿Y qué sucede? Que acaba  
De plantarle. — Buen provecho:  
Pero á más ver, porque ahora  
Voy de prisa, y hace fresco.  
— Hombre, para ir á palacio  
Es temprano. — Estoy en eso,  
Pero no voy. — ¿No? Pues qué,  
¿Nunca va usted? — Yo me entiendo.  
— ¡Ah! ya caigo; conque siempre...  
Es muy justo... ya lo veo.  
Bien, muy bien. El señor conde  
Le estima á usted. — A lo menos  
Me tolera, disimula,  
Como quien es, mis defectos,  
Y suple con su bondad  
Mi escaso merecimiento.  
— Sí, yo sé de buena tinta  
Que á usted le estima. Un sujeto  
Que va allí mucho... Y ¿qué tal?  
¿Conque ya no quiere versos?  
¿Es verdad, eh? — No es verdad,  
No, señor; si no son buenos  
No los quiere, y hace bien:  
Si son fáciles, ligeros,  
Alegres, claros, suaves  
Y castizos madrilenos,  
Le gustan mucho. Los míos  
Suelen tener algo de esto,  
Y por eso los prefiere  
Tal vez entre muchos de ellos,

Que serán casi divinos,  
Pero que le agradan menos.  
— Ya, ya; pero usted debía  
Mudar de tono... — En efecto.  
Escribir disertaciones  
Sobre puntos de gobierno,  
Enseñar lo que no sé,  
Ni hé de practicar, ni quiero;  
Decirle lo que se ha dicho  
A todos, darle consejos  
Que no me pide, y á fuerza  
De alambicados conceptos,  
En versos flojos y oscuros,  
Y en lenguaje verdinegro,  
Entre gótico y francés,  
Hacerle dormir despierto;  
No, señor, yo nunca paso  
Los límites del respeto,  
Y entre muchas faltas, sólo  
La de ser audaz no tengo.  
— Bien está; pero ¿qué diantres  
Se le ha de decir de nuevo,  
Que le pueda contentar?  
¿Siempre borrando y temiendo?  
¿Siempre una cosa?... — Una cosa  
Dicha por modos diversos  
Puede agradar, y tal vez  
Anuncia mayor ingenio.  
Siempre le diré que admiro  
Su bondad y su talento;  
Que no estimo yo las bandas,  
Los bordados, los empleos:  
Dones que da la fortuna,  
Brillan, pero todo es viento;  
Sus buenas prendas me inclinan,

Las aplaudo y las venero,  
Y con ellas nada pueden  
La suerte ciega ni el tiempo.  
Y adiós, que es tarde. — Oiga usted.  
— Qué voy de prisa. — Un momento.  
Mire usted... yo... la verdad...  
También... ya se ve... Yo tengo  
Algo de vena; y en fin...  
— ¿Tiene usted vena? Me alegro.  
¿De qué? — Digo que á las veces  
A mis solas me divierto,  
Y escribo algunas coplillas  
Tales cuales. Yo no quiero  
Darlas á luz, porque... — Bien.  
¡Admirable pensamiento!  
— Aquí traigo unas endechas,  
Un romance, dos sonetos,  
Y quiero que usted me diga  
En amistad, sin rodeos,  
Qué tales son. Venga usted  
A aquel portal. — Nos veremos.  
— Pero un instante. — Otro día.  
— Y una canción que he compuesto  
Filosófica. — Al diario.  
— Y una tragedia que pienso  
Acabar hoy. — A los caños.  
— Y un arbitrio. — A los infiernos.  
Esto dicho, le deje,  
Apresuro el paso y luego,  
Y llegué tarde, según  
El informe del portero.  
Renegué del trapalón,  
De su prosa y de sus versos,  
Y de mi estrella, que siempre  
Me depara majaderos.

¡Ay, señor! entre las dichas  
Que para vos pido al cielo,  
La de no conocer nunca  
A este verdugo os deseo;  
Que si una vez os alcanza,  
Según es osado y terco,  
Por no verle la segunda,  
Os vais á habitar al yermo.

II

AL CONDE DE FLORIDABLANCA (1)

(No recopilado.)

Musa, mañana sin falta  
Has de llevar un recado:  
Oye la lección, y cuenta  
Con alterar un vocablo.

Primeramente pondráste  
La mantellina de trapo;  
La basquiña de pedir,  
Y el gesto de *No hay un cuarto*;  
Que cuanto me ha reducido  
Mi desgracia, ó mi pecado,  
A un potaje de lentejas,  
Que siempre es mi extraordinario,  
No es bueno que vayas tú  
Muy levantada de cascos.

(1) Este romance fué escrito por el autor, siendo aún muy joven, y dirigido al Conde de Floridablanca, á quien cayó tan en gracia, que concedió al suplicante lo que pedía, y aun le otorgó y dispensó otros muchos beneficios.

Crujiendo sedas, y llena  
La cabeza de penachos.  
Moderación, Musa mía;  
La moderación te encargo;  
No valga más que el señor  
El vestido del criado,  
Y diga el ilustra conde  
Al verto de punta en blanco,  
Que eres musa prostituta,  
Y yo tolerante y manso.  
Irás... pero no; que están  
Los porteros conjurados,  
Y a yo me entiendo. No vayas,  
Que es gastar el tiempo en vano.  
Vete derecho á San Gil,  
Y ponte en medio del paso  
Y no te apartes por más  
Que el cielo llueva venablos.  
Espérate allí; y en viendo  
Que la misa se ha acabado,  
Ojo avizor... que ya sale:  
Llegó la ocasión, al caso.  
Pero sí, como otras veces,  
Va de prisa, y no ha mirado,  
O se atraviesa una viuda,  
O algún soldado de antaño,  
O de un coscorrón te envían  
Al cancel más inmediato,  
O un abad gordo se sube  
Encima de ti gritando;  
Y en tanto se cierra el coche,  
Y ya más veloz que un rayo  
Corre, tú le alcanzarás,  
Que el ayuno hace milagros.  
Corre; y á pie firme espera

A la puerta de palacio,  
Que allí ha de parar, y allí  
Te ha de ver si no ha cegado.  
Y entonces torciendo el cuello,  
Como novicio descalzo,  
Dile... (Así nunca tus versos  
Se impriman en el diario);  
Dile... «Señor, Moratín  
Está que le lleva el diablo:  
Ni sabe qué hacer, ni sabe  
Cómo poder obligaros.  
»No viene en propia persona  
A repetir el asalto,  
Por no seros importuno,  
Puesto que lo ha sido tanto.  
»Y así, preséntome á vos  
Con poderes que me ha dado:  
Escuchadme la embajada,  
Que en dos puntos la despacho.  
»Primero: que os da los días,  
No como se dan hogafío,  
Por cumplimento y por uso  
De papelitos pintados;  
»Sino por estimación  
Y afecto sencillo y llano,  
Sin hipócritas de moda  
Ni palabrones hin hados,  
»Rogando al cielo os conceda  
Más vida que á un mentecato,  
Más robustez que á un flumenco,  
Más fortuna que á un bellaco,  
»Para que la envidia os vea  
Vivir feliz muchos años,  
Querido de la nación,  
Y amigo siempre de Carlos.

«Esto ruega al cielo; y esto  
Que os dijese me ha mandado;  
Y voy al segundo punto :

La compasión os encargo.

«Dice que pues hoy es día  
De gracias y de agasajos,  
El agasajo le hagáis

De sacarle de trabajos;

«Que el pobrecito está ya  
De esperar desesperado;

Y sólo vuestra palabra  
La vida le va alargando.

«El médico le visita;

Le manda jarabe y baños,  
Caldos de pollo y substancias,  
Y medicinas y emplastos.

«Pero si vos no mandáis  
Hacerle beneficiado,

O una pensión clerical  
Le recetáis para el caso,

«Ni pediluvios, ni ungüentos,  
Ni píldoras, ni electuarios,  
Ni aunque se acueste con él  
Todo el protomedicato,

«Bastará para que el triste  
Con la intemperie de Marzo

No se muera de inacción  
Como mueren los fidalgos.

«Oh, señor!... (Aqui es preciso,  
Musa, que esfuerces el llanto  
Con aquello de *Ay de mí!*  
Y sollozos y desmayos.)

«Oh, señor! no permitáis  
Que se muera tan temprano,  
Si no queréis que se vista

De luto todo el Parnaso.

«Sois poderoso, y es fuerza  
Que al impulso de esa mano  
La más adversa fortuna  
Mire su rigor postrado.

«Que si los que adora el mundo  
Tienen de divinos algo,  
Es sólo poder hacer  
Felices los desdichados.

«Y pues la Europa os admira  
Al pie del dosel hispano  
Regir en paz y justicia  
Tanto imperio dilatado,

«No diga de vos, que habiendo  
Podido en la tierra tanto,  
Sólo á Moratín no pudo  
Hacer feliz vuestra mano.

«Desmentid, señor, la errada  
Opinión del vulgo vano,  
Que juzga que en el hospicio  
Tiene Apolo su palacio.

«Desmentidla, pues á vos  
Dejó el cielo reservado  
Hacer florecer las letras  
Dando favor á los sabios.

«Yo no imagino que pueda  
Su pretensión admiraros,  
Pues cosa más despreciable  
¿Cuándo os ha pedido? ¿cuándo?

«Él no pide que le deis  
Una cola de arcediano,  
Ni quiere ser intendente,  
Ni duque, ni veinticuatro;

«Sólo quiere ser abate:  
¿Qué pedir tan moderado

El suyo, si por ventura  
El ser abate es ser algo!  
»Esta fué su vocación  
Desde sus primeros años;  
No se lo estorbéis, que al fin  
Sois católico cristiano,  
»Y en conciencia no podéis  
Impedir á este muchacho  
Que llegue á verificar  
Un pronóstico tan santo.  
»No, señor. Considerad  
Que es el punto delicado;  
Vedle bien, y si queréis  
Verle mejor, consultadlo.  
»Cualquiera abate os dirá  
De la capita milagros;  
Que también tiene indulgencias  
Como los escapularios.  
»Sí, señor: también las tiene;  
Y cierto autor italiano  
Cuenta que ha habido en Europa  
Hasta cinco abates santos.  
»¿Y quién sabe si los cielos  
A Moratin han guardado  
Para la media docena  
De estos bienaventurados?  
»¿Y quién sabe si algún día,  
En la colección de un claustro,  
En un lienzo, colorido  
Por los futuros Ticianos,  
»Se verá á mi santo niño  
Humildito y cabizbajo,  
Las rodillas en el suelo  
Y juntas entrambas manos,  
»En chopilla y motilón,

Todo judibundizado,  
Recibiendo la sagrada  
Capita de vuestra mano?»  
Esto le dirás; y espero  
Las resultas del encargo,  
Como espera un mal poeta  
Las decisiones del paño.  
Porque si la suerte hiciese  
(Mas no es posible esperarlo  
De la bondad de mi dueño,  
A quien reverencio y amo)  
Que mi suplica no hallase  
Indulgencia ni despacho,  
Entonces, Musa, ya puedes  
Buscar aposento y plato.  
Busca algún talento chirle,  
Puesto que en Madrid hay tantos  
De estos que viven surtiendo  
Versucillos á destajo.  
Con él puedes ajustarte  
Por meses ó medios años;  
O que cada inspiración  
Te la pague de contado.  
Con ésta al público grazna,  
Y engruda los esquinzos,  
Y Dios te ayude y te dé  
Lectores desocupados;  
Que si yo me llego á ver  
De una vez desesperado,  
O me meto á traductor,  
O me degüello, ó me caso.

III

AL PRÍNCIPE DE LA PAZ

en una de sus venidas á la Corte desde el sitio  
de Aranjuez, en 1780.

(No recopilado.)

Aunque de lejos he visto,  
Si no hay en la vista engaño,  
Que venis bueno y alegre  
De las orillas del Tajo,  
Recibid el parabién  
En versos cojos y mancos;  
Y si no os parecen buenos,  
A mí me pasa otro tanto.  
Es muy difícil hacerlos  
Bruñiditos y limados;  
Pide tiempo, y no lo tienen  
De sobra los secretarios.  
Sabréis que mi señora  
Trabaja más que un forzado,  
Traduciendo, corrigiendo,  
Reconstruyendo y firmando.  
Sabréis que de Babilonia  
El famoso campanario,  
Si á mi portal se compara,  
Fué un juguete de muchachos.  
Vierais allí un tunecino  
Que viene desaforado,  
A que le traduzca yo  
Unas coplas de su hermano;  
Un irlandés que no entiende  
La factura de dos barcos,

Y no sabe si llevaban  
Naranjas ó atún salado;  
Mucho clérigo de prima  
Y abatillos currutacos,  
Emigrantes, bailarines  
Y caldereros gabachos;  
Viudas que quieren casarse,  
Y como murió don Braulio  
En Norlingen, me presentan  
Un bosque de garabatos.  
Yo los he de interpretar,  
Y van y vienen recados:  
Que por Dios que las despache,  
Que es conciencia dilatarlo.  
¿Pues, cuando vienen de Roma  
Los diplomas sacrosantos  
Que aquella ciudad bendita  
Regala al orbe cristiano?  
Allí es ver cómo las Musas  
Se escapan por los tejados  
Huyendo la incomprendible  
Colección de garabatos.  
Las bulas y pergaminos  
Con tanto sello colgando  
Para leche, para huevos,  
Para no comer pescado;  
Dispensas y absoluciones  
Para primos y cuñados,  
Que en vez de quererse bien  
Se quisieron demasiado;  
Para que don Agapito  
Diga una misa volando,  
Y supla por veinte mil  
Que en dinero le pagaron.  
Para que sor Dorotea

Se vaya á tomar los baños,  
Y fray Serapión no rece  
Mientras le duren los flatos;  
Para que vuelvan al siglo  
Los que al siglo renunciaron...  
Entonces una irrupción  
Viene de godos y alanos,  
Espesa nube de frailes  
Sobre mi casa tronando,  
Blancos, cenicientos, musgos,  
Negros, azules y pardos;  
Mallorquines, andaluces,  
Extremeños y canarios,  
Habaneros á docenas,  
Y á cientos los peruanos,  
Impacientes de soltar  
Capuchas y escapularios;  
Me llenan de maldiciones  
Cada momento que tardo:  
Todos con su papelón,  
Unos en otros brincando,  
Que sin mi firma no puede  
Cargar con ellos el diablo.  
Todos en su tierna edad  
Por un padre endemoniado  
Y á fuerza de mojicones  
Y palizas, profesaron;  
Todos han sufrido injurias  
Atroces de sus hermanos,  
Y el convento los persigue  
Porque son buenos y santos;  
Todos tienen una hermana  
Viuda y pobre y sin amparo,  
Y dos sobrinas doncellas  
Recatadas por el cabo,

Cuya doncellez esta  
Por instantes peligrando,  
Y si no las guarda el fraile,  
Van á suceder estragos.  
Esta es mi vida, estas son  
Las amarguras que paso,  
Los combates que me dan,  
Las escaladas que aguanto.  
No os admire, pues, que sean  
Mis versos pocos y malos;  
Hágalos mejores quien  
Esté menos ocupado;  
Que para alegrarme yo  
De veros contento y sano  
Y que el cielo en largas dichas  
Os guarde felices años,  
No necesito de Apolo,  
De las Musas y el Parnaso,  
Y en prosa humilde diré  
Que os venero siempre y amo  
Y os digo verdad, así  
Vos me queráis otro tanto:  
Es mucho; con la mitad  
Me doy por afortunado.

IV

Á UNA DAMA QUE LE PIDIÓ VERSOS

(No recopilado.)

¿Versos le pedís á un hombre  
Tan cerrado de mollera?  
¿Sabéis qué malos los hago,  
Y el trabajo que me cuestan?

¿Sabéis que para hacer uno  
Suelo emporcar una resma,  
Y en escribirle y borrarle  
Gasto semanas enteras?  
Si fuera un vecino mío  
Que hace coplas á docenas,  
Y con ellas se extasia,  
Se enloquece y se embelesa,  
Y baja al portal, y á cuantos  
Pasar, por ruego ó por fuerza,  
Sin respirar les recita  
Dos cuadernillos de endechas,  
Diez sonetos, veinte y cuatro  
Redondillas, tres comedias,  
Cien epigramas, y nueve  
Planes de nueve poemas;  
Ese sí pudiera daros  
Cuantos versos le pidierais,  
Ya que la suerte enemiga  
Le condenó á ser poeta.  
Yo no lo soy, ni lo quiero  
Ser, ni nadie lo sospecha,  
Ni Dios permita que nunca  
A tal tentación consienta.  
Eso no, que esto que llaman  
Inspiración, influencia,  
Numen, furor, los que envían  
A Salanova cuartetos,  
No es otra cosa que el diablo  
Que los hurga y que los ciega:  
Él los inspira, y así  
Son tan diabólicas ellas.  
Y como hay uno encargado  
De los cuñados y suegras,  
Alborotador de casas,

Y amigo de peloterías;  
Otro diablo comilón  
Que corre de mesa en mesa;  
Otro vanidoso y tonto  
Con bordados y veneras;  
Y otro, en fin, que es el que temo,  
Jugueton, mala cabeza,  
Que se esconde muchas veces  
Entre dos pestañas negras,  
Y hace con una mirada,  
Con una risa balagüena,  
Con dos lágrimas traidoras,  
Que todo un hombre se pierda,  
Así también, además  
De estos diablos que nos cercan,  
Hay otro más enfadoso,  
Más insolente y perrera.  
Este es el que inspira tantos  
Versillos de cadeneta,  
Y el que regala al teatro  
Monstruos en vez de comedias.  
Este, el que ahorra los postes  
Con cartelones de á tercia,  
Embadurna los diarios,  
Y hace cola en las gacetas.  
Este el que enseña á hacer libros  
En donde todo se enseña,  
Padre adoptivo de tantos  
Sócrates á la violeta.  
El apuntó á Valladares  
Sus misiones de cuaresma,  
Y al miserable Moncín  
Sus nefandas Roncalesas,  
A don Bruno sus tramoyas,  
A Luciano sus endechas,

Y á nuestro Plauto moderno  
Sus farsas tripicalleras.  
Por él en ambos corrales  
La ruda plebe merienda  
Del gótico don Fermín  
Las mal cocidas menestras.  
Por él Zavala, execrable  
Autor, fatiga las prensas,  
Y el rechinante Trigueros  
Aborta sus epopeyas.  
Nifo, ¡oh pestilente Nifo!  
Gran predicador de tiendas,  
Que desde el año de seis  
Disparatando voceas;  
Sólo este diablo te pudo  
Turbar así la cabeza,  
Y por divertirse hacerte  
Escritor de callejuela.  
El solo dicta sus coplas,  
Maldecidas de Minerva,  
A don Álvaro Guerrero,  
A don Lucas, á Cacea,  
Y á tanto varón famoso  
Con quien Guarinos espera  
Rebutir el suplemento  
De su infausta biblioteca.  
Y tú, que desde tu silla  
Presides á sus tareas,  
Y en pérdidas impresiones  
Su celebridad aumentas,  
Gran Salanova, que en todo  
Te metes, y en todo yerras,  
¿Qué cura te sacará  
El diablo que te atormenta?  
Si nuestra piadosa madre

Algún conjuro tuviera,  
Como para las langostas,  
Para los malos poetas,  
Yo te aseguro, infeliz  
Mitólogo de la lengua,  
Que á chorros de agua bendita  
Y antífonas y coletas  
Bien presto libertaría  
De la pícara caterva  
De dioses y semidioses,  
Y espectros y ninfas necias  
Esa pobre criatura,  
Que sin cesar aporrea  
El enemigo, y á eterno  
Disparatar la condena.  
Pero es en vano: los cielos,  
Quizá ofendidos, ordenan  
En pago de nuestras culpas  
Tanto castigo á la tierra.  
Y como suele tal vez  
Ocupar una floresta  
Importuna multitud  
De cigarras vocingleras  
Que aquí y allá chirriando  
El ronco estrépito alternan,  
Cantan que rabian, y nunca  
Hasta reventar lo dejan,  
En tanto que al son tremendo  
Huyen con alas ligeras  
Las avecillas canoras,  
Dulce hechizo de la selva,  
Vuela de una rama en otra  
Asustada Filomena,  
Ni el aire su voz despidе,  
Ni al caro nido se acerca;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De esta suerte el numeroso  
Enjambre que nos apesta,  
De copleros chabacanos  
Ridícula turba y necia,  
Fastidiosamente aulla,  
Y al ronrún de sus cencerros  
Las musas desaparecen,  
Febo y las gracias con ellas.  
Todo es ignorancia, y todo  
Fruvolidad é insolencia,  
Y el Parnaso castellano  
Yace morada desierta.  
Ni ¿quién osará acallar  
La desapacible orquesta,  
Ni alternar en el solfeo  
Que Salai ova gobierna?  
¿Y vos, señora, pedís  
(Supongo que fué por fiesta)  
Versos á quien de los suyos,  
Si algunos hace, reniega?  
Yo, que no soy embrollón,  
Ni pongo mi ingenio en venta,  
Ni predico en el café  
Donde retumbaba Huerta,  
Yo, cuando en tal ignominia  
Está de Apolo la ciencia,  
¿He de escribir, mientras Nifo  
Escribe que se las pela;  
Mientras Concha, haciendo ajustes  
Con Martínez y Ribera,  
Ofrece dar el surtido  
Necesario de comedias;  
Y Moncía, para quitarle  
El aplauso y las pesetas,  
Hace rebajas, y el pobre

Don Bruno rabia y patea?  
Mientras el doctor Guarinos  
Tanto mamarracho incienso,  
Y á Trigueros le despacha  
El título de poeta,  
¿Yo he escribir? No. Primero  
Que tal precepto obedezca,  
Guerrero y Casal me alaben,  
Y á malos sonetos muera.  
Tiempo vendrá, si en los hados  
No existe cólera eterna,  
Que el rayo puro del sol  
Disipe obscuras tinieblas,  
Y del olvido en que yacen,  
Resucitadas las letras,  
De su perdido esplendor  
La edad venturosa vuelva.  
Yo, entonces, si amor permite  
Mi voz á mayor empresa,  
O han muerto ya de su incendio  
Las no apagadas centellas,  
Tal vez de la corva lira  
Pulsaré doradas cuerdas,  
Entre los doctos alumnos  
Que Apolo inspira y alienta;  
Y cuando mi patria logre  
La felicidad que espera,  
Su nuevo Augusto hallará  
Marones que le celebran.

AGUINALDO POÉTICO

Ya, señor, el tiempo llega  
De presentes y regalos:  
Para el que ha de recibir,  
El más alegre del año;  
Para el que da, tiempo triste,  
Mes azaroso é infausto,  
Tanto, que muchos quisieran  
Echarle del calendario.  
Yo, en este mes, como soy  
Tan cumplido y tan exacto,  
He dispuesto remitiros  
Las pascuas y el aguinaldo.  
Ello es verdad que parece  
Muy extravagante y raro  
Que el pobre regale al rico,  
Y al provincial el dorado;  
Pero al fin, si yo nací  
De humor generoso y franco,  
¿Quién me ha de quitar que tenga  
El alma de un Alejandro?  
Y no hay remedio, os prometo  
Que me he portar con garbo;  
Que cuando dan los poetas,  
Dios nos tenga de su mano.  
Tal vez para su traer  
No suelen tener un cuarto;  
Pero para regalar  
El mundo les viene escaso.  
Y no esperéis que os envíe  
Rico café veneciano,

Salchichones boloñeses,  
Ni vino de Chipre en frascos,  
Miel de Calabria exquisita,  
De Génova dulces varios,  
Lenguas de Lodi excelentes,  
Bien que no las he probado,  
Enormes quesos de Parma,  
Que dicen que son muy caros,  
Macarrones, tallarines,  
Pasteles napolitanos;  
No, señor, porque esto al fin  
En las tiendas lo encontramos,  
Y si tuviese dinero,  
Fácil me fuera comprarlo.  
La gracia está en invocar  
A Apolo, mi primo hermano,  
Y hacerle venir de un brinco  
Desde el Olimpo á mi cuarto;  
Y en vez de tanta morcilla,  
Y de tanta grasa y tantos  
Dulces, que sólo producen  
Indigestiones y hartazgos;  
Si queréis cosas gustosas  
Que no os pueden hacer daño,  
Y en su vida las han visto  
Los arrieros maragatos;  
Ahí está el fénix de Arabia,  
Que es un manjar delicioso,  
Y los pavones soberbios  
Que tiran de Juno el carro;  
Las palomitas de Venus,  
Piscis, Capricornio y Tauro,  
Que paca estrellas, según  
Dice un autor castellano:  
Las sirenas las pondremos

En escabeche con caldo,  
Que en quitándolas las colas  
Son estupendo regalo;  
Los tritones, las harpias,  
Hipogrifos y centauros,  
Unos en jigote, y otros  
Fritos, y otros empanados;  
Y en cuanto á vinos... El vino  
Primeramente es muy malo,  
Da cólera y convulsiones,  
Y hace en la cabeza estragos:  
El agua es mejor, y el agua  
Que se baja despeñando  
De la fuente Cabalina  
Por las faldas del Parnaso,  
Vale más que los licores  
De Marsella celebrados,  
Rescoldo líquido ardiente,  
Veneno sabroso y caro.  
Pero si á fin de comida  
Gustáis de beber un trago,  
Yo os daré el néctar que sirve  
A Jove el garzón troyano.  
Este presente, capaz  
De templar el coño airado  
De un vista, de un relator,  
De un virrey americano,  
Sólo para vos le tengo  
Prevenido y arreglado:  
Buen apetito, y picar  
De todo, y muérase el diablo,  
Si ha de ir por tierra, Plutón,  
Cibeles, Ceres y Baco  
Me prestarán á porfía,  
Cuando los quiera, sus carros.

Si ha de ir por el mar, Neptuno,  
Tetis, Anfitrite y Glauco  
De Génova á Barcelona  
Llegan en dos latigazos.  
Y si queréis que se lleve  
Por el aire, y evitamos  
Registro de los ingleses,  
Que en todo meten el gancho,  
Júpiter, Apolo y Venus  
Os le llevarán volando;  
Y á fe que en las aduanas  
No visitarán el cargo.  
Este, en lugar de cubrirle  
De pañuelos valencianos,  
O de conclusiones llenas  
De ineptias y mamarrachos,  
Le cubriremos de versos,  
Puesto que siendo el regalo  
Fruta del Pindo, ¿quién pone  
El envoltorio prosaico?  
Versos irán, que las musas,  
Siendo para vos el canto,  
Con su inspiración divina  
Agitan mi numen tardo.  
Y veis aquí como quedo  
Lucido y desempeñado,  
Y el mucho favor que os dabo  
A costa de Ovidio os pago.

VI

MÁS VALE CALLAR

¿Qué será que habiendo sido  
La musa que tanto honráis,

En obedeceros pronta  
Con sumisa voluntad,  
Hoy tan perezosasa esté,  
Que no me quiere inspirar  
Los versos que me pedís,  
Si cuando pedís, mandáis?  
¿Acaso pudo el deseo  
De complaceros saltar,  
O acabaron los calores,  
Con su vena perenal?  
¿O fatigada tal vez  
De traducir y firmar,  
Tiempo la falta y humor  
Para ser original?  
Y en tanto, á mi se me acusa  
De indolente y holgazán,  
Ella se abanica y ríe,  
Yo me apuro, y vos iastáis,  
¿Qué la cuesta en libres versos  
Maldecir y murmurar,  
Sátiras dictando alegres,  
Llenas de pimienta y sal?  
¿Acaso la edad presente  
Tan corta materia da?  
¿Tan leves son nuestros vicios?  
¿Tan pocas locuras hay?  
Si la mandaran fingir,  
Y con astucia falaz  
Aplaudir los desaciertos,  
Los delitos adorar,  
Yo el primero disculpara  
Su silencio pertinaz:  
Que es mejor, cuando el asunto  
Obliga á mentir, callar,  
Pero si queréis que sólo

Dicte sátira mordaz,  
¿No es decirla claramente,  
Musa, dinos la verdad?  
Pues ¿por qué de la ocasión  
No se debe aprovechar,  
Y dar una telpa á tanto  
Literato charlatán,  
Tantos eruditos hueros,  
Cuyo talento venal  
Nos da en menudos las ciencias,  
Que no supieron jamás;  
Tanto insípido hablador,  
Tanto traductor audaz,  
Novelistas indecentes,  
Políticos de desván,  
Disertadores eternos  
De virtud y de moral,  
Que por no tenerla en casa  
La venden á los demás?  
¿Y por qué tantos copleros,  
Que en su discorde cantar  
Ranas parecen que habitan  
Cenagoso charquetal,  
Ha de tolerar mi Musa  
Que metrifiquen en paz,  
Y se metan á eseribir  
Por no querer estudiar?  
¿Ella no fué la que un día  
Dió lección tan magistral  
(Haciendo el ancho teatro  
Púlpito de la verdad),  
Que á todo autorcillo astroso  
Llenó de terrible afán,  
Creyendo cercano el punto  
De su exterminio final?

¡Oh estúpidos! escribid,  
Imprimid, representad;  
Que el siglo de la ignorancia  
Largos años durará.  
Y mientras al rudo vulgo  
Embobéis y corrompáis  
Con farsas, que Apolo al verlas  
Padece gota coral,  
Ni faltará quien es dé  
Para vestir y mascar,  
Ni habrá un cristiano que os diga:  
Vencejos, no chilléis más.  
Seguid, y lluevan abates,  
Moros, pillos de arrabal,  
Arrieros, tringas y diablos  
Con su rabillo detrás.  
Y si el público se hastia  
De ver tanta necedad,  
Váyase á dormir tres horas  
A los Caños del Peral.  
Pero, señor, si la Musa  
Se llega á determinar,  
Se anima y os obedece,  
Y tras todos ellos da,  
Y en justa sátira y docta  
Los tonos quiere imitar.  
Del siempre festivo Horacio  
O el cáustico Juvenal,  
¿No será de tanto monstruo  
Las cóleras provocar,  
Y exponer á mil estragos  
Su decoro virginal?  
¿No veis que yace el Parnaso  
En triste cautividad,  
Y en él bárbaras catervas

Atrincherasdas están?  
No, señor, pues siempre ha sido  
Para vos fina y leal  
Mi pobre Musa, y os debe  
Lo que no os puede pagar,  
No la mandéis que de tanto  
Necio se burle jamás,  
Ni les riña en castellano,  
Porque no la entenderán.  
Sátiras no, que producen  
Odio y encono mortal;  
Y entre los tontos padece  
Martiirio la ingenuidad.

VII

Á GERONCIO

Cosas pretenden de mí,  
Bien opuestas en verdad,  
Mi médico, mis amigos,  
Y los que me quieren mal.  
Dice el doctor: «Señor mío,  
Si usted ha de pelear,  
Conviene mudar de vida,  
Que la que lleva es fatal:  
Débiles los nervios, débil  
Estómago y vientre está:  
Pues ¿qué piensa que resulte  
De tanta debilidad?  
Si come, no hay digestión;  
Si ayuna, crece su mal;  
A la obstrucción sigue el flato,  
Y al tiritón el sudar,

Vida nueva, que si en ésta  
Dura dos meses no más,  
Las tres facultades juntas  
No le han de saber curar.  
No traduzca, no interprete,  
No escriba versos jamás.  
Miedos y musas le tienen  
Hecho un trasgo de hospital;  
Y esos papeles y libros,  
Que tan mal humor le dan,  
Tírelos al pozo, y vayan  
Plauto y Morato detrás.  
Salga de Madrid, no esté  
Metido en su mechinal,  
Ni espere á que le derrita  
El ardor canicular.  
La distracción, la alegría  
Rústica le curarán:  
Mucho burro, muchos baños  
Y mucho no trabajar.  
En tanto que esta sentencia  
Fulmina la facultad,  
Mis amigos me las mullen  
En junta particular,  
Dicen: «¡Oh, si Moratín  
No fuese tan haragán;  
Si de su modorra eterna  
Quisiera resucitar!  
El ha sabido adquirir  
La estimación general;  
Aplauso y envidia excita  
Cuanto llega á publicar:  
Le murmuran, pero nadie  
Camina por donde él va;  
Nadie scierta con aquella

Difícil facilidad;  
Y si él quisiera escribir  
Tres cuadernillos no más,  
¿La caterva de pedantes  
Adónde fuera á parar?  
¿Qué se hiciera tanto insulso  
Compilador ganapán,  
Que de francés en gabacho  
Traducen el pliego á real?  
¿Tanto hablador, que á su arbitrio  
Méritos rebaja y da,  
Tiranizando las tiendas  
De Perez y Mayoral?  
No, señor, quien ha tenido  
La culpa de este desmán,  
Si escuchara un buen consejo,  
Lo pudiera remediar.  
Tomasen la providencia  
De meterle en un zaguán,  
Con su candil, su tintero,  
Pluma y papel, y cerrar;  
Y allí, con ración escasa  
De queso, agua fresca y pan,  
Escribiese cada día  
Lo que fuera regular.  
¿Emporcaste un pliego? Lindo;  
Almuerza y vuelve al telar;  
Come si llenaste cuatro;  
Cena si acabaste ya.  
¿Quieres tocino? Veamos  
Si está corregido el plan.  
¿Quieres pesetas? Pues daca  
El *Drama sentimental*.  
Por cada escena, dos duros  
Y un panecillo le dan,

Por cada *Pequeña pieza*  
Un *Vale dinero*, y más.  
Y de este modo, en un año  
Pudiéramos aumentar  
De los cómicos hambrientos  
El exprimido caudal.  
Esto dicen mis amigos  
(Reniego de su amistad);  
Mi suegro, si le tuviera,  
No dijera cosa igual.  
Esto dicen, y en un corro  
Siete varas más allá,  
Don Mauricio, don Sanén,  
Don Cristóbal, don Beltrán  
Y otros quince literatos  
Que infestan la capital,  
Presumidos, ya se entiende,  
Doctos á no poder más,  
Dicen: «Moratín cayó,  
Bien le pueden olear,  
No chista ni se rebulle,  
Ya nos ha dejado en paz.  
Su *Barón* no vale nada;  
No hay enredo allí ni sal,  
Ni caracteres ni versos,  
Ni lenguaje, ni... — Es verdad,  
Dice don Tiburcio; ayer  
Me aseguró don Cleofás,  
En casa de la condesa  
Viuda de Madagascar,  
Que es traducción muy mal hecha  
De un drama antiguo alemán...  
— Sí, traducción, traducción,  
Chillan todos á la par,  
Traducción... Pues él ¿por dónde

Ha de saber inventar?  
No, señor, es traducción;  
Si él no tiene habilidad,  
Si él no sabe, si él no ha sido  
De nuestro corro jamás,  
Si nunca nos ha traído  
Sos piezas á examinar;  
¿Qué ha de saber? — ¡Pobre diablo!  
Exclama don Bonifaz:  
Si yo quisiera decir  
Lo que... pero bueno está.  
— ¡Oiga! ¿pues qué ha sido? Vaya.  
Diganos usted. — No tal,  
No. Yo le estimo, y no quiero  
Que por mí le falte el pan.  
Yo soy muy sensible; soy  
Filósofo, y tengo ya  
Escritos catorce tomos  
Que tratan de humanidad,  
Beneficencia, suaves  
Vínculos de afecto y paz;  
Todo almihares, y todo  
Delirios de amor social;  
Pero es cierto que... Si ustedes  
Me prometieran callar,  
Yo les contara... — Sí, diga  
Usted, nadie lo sabrá:  
Diga usted. — Pues bien: el caso  
Es que ese cisne inmortal,  
Ese dramático insigne,  
Ni es autor ni lo será.  
No sabe escribir, no sabe  
Siquiera deletrear:  
Imprime lo que no es suyo,  
Todo es hartado, y... ¿qué más?

Sus comedias celebradas  
Que tanta guerra nos dan,  
Son obra de un religioso  
De aquí de la Soledad.  
Dióselas para leerlas  
(Nunca el fraile hiciera tal),  
No se las quiso volver,  
Murióse el fraile, y andar...  
Digo, ¿me explico? — En efecto,  
Gusta la turba mordaz,  
Son del fraile, Ratería,  
Hurto, robo, claro está.  
Geroncio, mira si puede  
Haber confusión igual  
Ni sé qué hacer ni confío  
En lo que hiciere acertar.  
Si he de seguir los consejos  
Que mi curador me da;  
Si he de vivir, no conviene  
Que pida á mis nervios más.  
Confundir á tanto necio  
Vocinglero pertinaz,  
Que en la cartilla del gusto  
No pasó del *crístus, a*;  
Componer obras que piden  
Estudio, tranquilidad,  
Robustez, y el corazón  
Libre de todo pesar,  
No es empresa para mí;  
Tú, Geroncio, tú me da  
Consejo; ¿Cómo supiste  
Imponer, aturullar,  
Y adquirir fama de docto  
Sin hacer nada jamás?  
Tú, maldito de las Musas,

Que lleno de gravedad,  
De todo lo que no entiendes  
Te pones á disertar,  
¿Cómo sin abrir un libro,  
Por esas calles te vas,  
Haciéndote el corifeo  
De los grajos del lugar,  
Y con ellos tragas, brindas  
Y engordas como un baja,  
Y duermes tranquilo, y nadie  
Sospecha tu necedad?  
Dime si podré adquirir  
Ese don particular;  
Dame una lección siquiera  
De impostor y charlatán,  
Y verás cómo al instante  
Hago con todos la paz,  
Y olvido lo que aprendí  
Para lucir y medrar.

VIII

JUICIO DEL AÑO DE 1815

(Inédito.)

Ya llegó el año de trece  
Por su paso natural;  
Y el de doce, Dios lo guíe,  
Hacia la historia se va.  
Costumbre ha sido poner  
Por cabeza de almanak  
Lo que muchos llaman juicio  
Y yo llamo necedad,  
Prólogo de lo futuro,

Juego de pronosticar,  
Anticipada gaceta  
De lo que sucedera.  
Y ¿qué sucede? Lo mismo,  
Poco menos, poco más,  
Que ya se ha visto en el mundo  
Desde los años de Adán.

Dócil la naturaleza  
En su movimiento igual,  
Cumple del Numen eterno  
La constante voluntad.  
Nada es nuevo á quien medita  
Lo que va quedando atrás;  
Lo que ha pasado es imagen  
De lo que debe pasar.

Pero es tan desatinada  
La humana curiosidad,  
Que olvidando lo que fué,  
Pregunta lo que será.

Y zen qué libro encontraremos  
El método singular  
De conocer los sucesos  
Que tan callados están?

El sumario de Cortés  
Poquísima luz nos da,  
En Salamanca se ignora,  
En Londres no saben más.

¡Oh tiempo feliz aquel  
De inepta credulidad,  
Tan fecundo en maravillas  
Que no conocemos ya!

Uno buscaba entre chispas  
La piedra filosofal,  
Suplemento de las minas  
De Golconda y del Catay.

Otro, rebotando azumbres,  
Daba salud á un lugar;  
Y á repiques apagaba  
Centellas un sacristán.

Las viejas entre tinieblas  
Con untura general  
Embrujaban el ambiente  
De Rusafa y Campanar.

Este, atisbaba tesoros  
La víspera de San Juan;  
Y aquél, á puro exorcismo,  
No dejaba diablo en paz.

Los difuntos empleaban  
Las noches en pasear  
Con llamas y cadenas  
Y estribillo de ¡ay! ¡ay! ¡ay!

Los magos quemando azufre  
Llamaban á Satanás  
Y el obediente acudía  
Como un donado á un guardián.

Los duendes en la cocina,  
En la alcoba, en el portal,  
En el terrado, en la cueva,  
En lo obscuro del desván,

No dejaban escribir,  
Barrer, coser ni guisar,  
Ni quedaba trasto á vida  
En toda la vecindad.

Pasó aquel tiempo, y con él  
La ciencia de adivinar;  
Los profetas se acabaron  
Para no volver jamás.

Pérdida que solamente  
La pudiera reparar  
Nuestro juicio, porque el año

Sin juicio se quedará.  
Dejemos los otros mundos  
En el espacio en que están;  
Giren como Dios lo quiso,  
Brillen, si deben brillar.  
Y en esta pequeña bola  
Llena de ignorancia y mal,  
Posada incómoda y triste  
Que debemos habitar,  
Tratemos de ser felices,  
Pues la prudencia nos da  
El secreto de sufrir  
Y los medios de gozar.

IX

EL COCHE EN VENTA

Quiero contarte  
Que don Miguel,  
Aquel pesado  
Que viste ayer,  
Me está moliendo  
Mas ha de un mes,  
Sin ser posible  
Zafarme de él,  
Para que compre  
(Mal haya: amén)  
Sus dos candongas  
Y su cupé.  
Esta mañana  
Salí á las diez  
A ver á Clori  
(No lo acerté);

Horas menguadas  
Debe de haber.  
Íbame á prisa  
Hacia la Red,  
Y en una esquina  
Me le encontré.  
Fueron sin duda  
Cosa de ver  
Las artimañas,  
La pesadez,  
Los argumentos  
Que toleré,  
El martilleo  
De somatén,  
Y las mentiras  
De tres en tres.  
«Y no hay remedio,  
Ello ha de ser,  
Porque, amiguito,  
Mirado bien,  
Sale de balde,  
Parece inglés;  
La caja es cosa  
Digna de un rey.  
¡Qué bien colgada!  
¡Qué solidez!  
Otra más cuca  
No la veréis.  
Pues ¿y las mulas?  
Yo las compré  
Muy bien pagadas  
En Aranjuez,  
Y á los dos meses  
Llegó á ofrecer  
El marquesito

De Mirabel  
(Sobre la suma  
Que yo solté)  
Catorce duros  
Para beber  
A un chalán cojo  
Aragonés,  
Que vive al lado  
De la Merced.  
Son dos alhajas;  
No hay que temer,  
Fuertes, seguras,  
De buena ley.  
Conque Domingo  
Puede á las seis  
Ir á mi casa;  
Yo os dejaré  
Las señas... Pero...  
¿Tenéis papel?  
— No tengo nada,  
Ni es menester;  
Dejadme vivo,  
Sayón cruel.  
Si ya os he dicho  
Que no gastéis  
Saliva y tiempo;  
Si no ha de ser,  
Si por no hallaros  
Segunda vez,  
Solo, sin capa,  
Me fuera á pie  
Hasta la turca  
Jerusalén.  
¿Y te parece  
Que le ahuyenté?

Nunca un pelmazo  
Llega á entender  
Lo que no cuadra  
Con su interés.  
Quise cansarle,  
Me equivoqué;  
Sigo mi trote,  
Sigue también,  
Suelto de lengua;  
Agil de pies,  
Siempre á la oreja  
Como un lebrel.  
Lloviendo estaba  
Y á buen llover;  
Calles y plazas  
Atravesé,  
Charcos, arroyos...  
Voy á torcer  
Por la bajada  
De San Ginés,  
Hallo un entierro  
De mucho tren;  
Muerto y parientes  
Atropellé.  
El, por seguirme,  
Dió tal vaivén  
A un monaguillo,  
Que sin poder  
Valerse, al suelo  
Cayó con él.  
Tal del pobrete  
La rabia fué,  
Tal cachetina  
Siguió después,  
Que malferido,

Zurrado bien,  
Allí entre el todo  
Me le dejé.

EPIGRAMAS

I

PARA UNA ESTATUA DE LA FARMACIA

A la ciencia de Hipócrates unida,  
Dilata los instantes de la vida.

II

PARA EL SEPULCRO DE ALMANZOR

No existe ya, pero dejó en el orbe  
Tanta memoria de sus altos hechos,  
Que podrás admirado conocerle,  
Cual si le vieras hoy y presente y vivo.  
Tal fué, que nunca en sucesión eterna  
Darán los siglos adalid segundo,  
Que así, yenciendo en lides, el temido  
Imperio de Ismael acrezca y guarde.

III

PARA LA CORTINA DE UN TEATRO

Vicios corrige la vivaz Talía  
Con risa y canto y máscara engañoso,

Y el nacional adorno que se viste.  
Meipómene, la faz majestuosa  
Bañada en lloro, al corazón envía  
Piedad, terror cuando declama triste.

IV

PARA EL SEPULCRO

de don Francisco Gregorio de Sales.

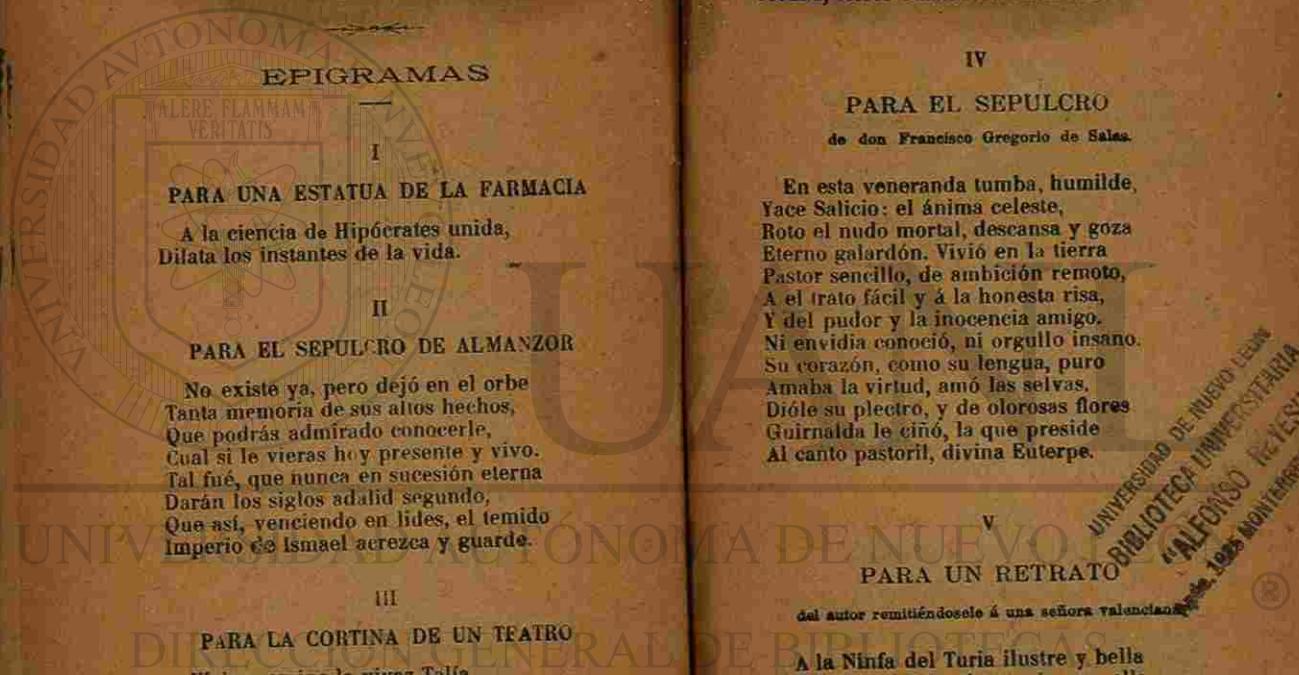
En esta veneranda tumba, humilde,  
Yace Salicio: el ánima celeste,  
Roto el nudo mortal, descansa y goza  
Eterno galardón. Vivió en la tierra  
Pastor sencillo, de ambición remoto,  
A el trato fácil y á la honesta risa,  
Y del pudor y la inocencia amigo.  
Ni envidia conoció, ni orgullo insano.  
Su corazón, como su lengua, puro  
Amaba la virtud, amó las selvas,  
Dióle su plectro, y de olorosas flores  
Guirnalda le ciñó, la que preside  
Al canto pastoril, divina Euterpe.

V

PARA UN RETRATO

del autor remitiéndosele á una señora valenciana

A la Ninfa del Turia ilustre y bella  
Mi imagen doy, y el corazón con ella.



VI

Á UN NIÑO

llorando en los brazos de su madre.

(Traducción del inglés.)

Tú, que gimes doliente,  
Bañando en lloro de tu madre el seno,  
Mientras que todo en torno es alegrías;  
¡Oh! vive á la virtud, niño inocente;  
Porque al venir la noche eterna, lleno  
Lo dejes todo de dolor vehemente,  
Y tú contento rías.

VII

Á UN ESCRITOR DESVENTURADO

cuyo libro nadie quiso comprar

En un cartelón leí,  
Que tu obrilla baladí  
La vende Navamorcuende...  
No ha de decir que la vende,  
Sino que la tiene allí.

VIII

IRREVOCABLE DESTINO

de un autor silbado.

«Cayó á silbidos mi *Filomena*.  
— Solemne tunda llevaste ayer.  
— Cuando se imprima, verán que es buena.  
— ¡Y qué cristiano la ha de leer?»

IX

Á LESBIA, MODISTA

Lesbia, tú que á las bonitas  
Añadir adornos puedes,  
Como á todas las excedes,  
De ninguno necesitas.

X

Á LA MISMA, DE OTRO MODO

En la gala y compostura  
Que á nuestras jóvenes das,  
Lesbia, tu invención se apura;  
Si las dieras tu hermosura,  
Nunca te pidieran más.

XI

Á LA MISMA, DE OTRO MODO

Quando á nuestras damas bellas  
Adorna tu docto afán,  
Venus y el Amor te dan  
Mas que te debieron ellas.

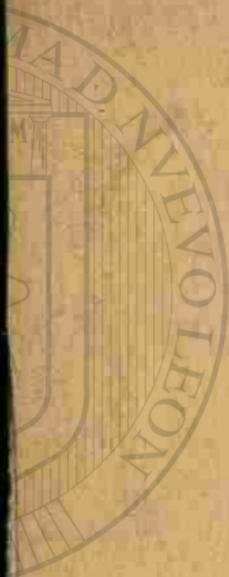


## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
La derrota de los pedantes.....	5
Leción poética.....	67
Epístolas.....	85
Traducciones de Horacio.....	114
Sonetos.....	133
Romances.....	146
Epigramas.....	188

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA